Estudios en población

(In) movilidades

en un pueblo del centro de México

Diana Mata Codesal

Universidad Nacional Autónoma de México

Dr. Enrique Graue Wiechers
Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz
Coordinador de Humanidades

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez
*Directora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (*CRIM*)*

Comité Editorial
CRIM

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez
PRESIDENTA

Lic. Mercedes Gallardo Gutiérrez
Secretaria Técnica del CRIM
SECRETARIA

Dra. Adriana Ortiz Ortega
Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Dra. Verónica Vázquez García
Profesora-investigadora del Programa de Postgrado en Desarrollo Rural, Colegio de Postgraduados

Dra. Elsa María Cross y Anzaldúa
Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Dr. Carlos Javier Echarri Cánovas
Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México

Dra. Maribel Ríos Everardo
Secretaria Académica del CRIM
INVITADA PERMANENTE

Mtra. Yuriria Sánchez Castañeda
Jefa del Departamento de Publicaciones del CRIM
INVITADA PERMANENTE

(In)
movilidades
en un pueblo
del centro de México

CRIM
Centro Regional
de Investigaciones
Multidisciplinarias

(In)
movilidades
en un pueblo del centro de México

Diana Mata Codesal

UNAM

Cuernavaca, 2016

Mata Codesal, Diana, autor.
(In) movilidades en un pueblo del centro de México / Diana Mata Codesal. -- Primera edición. –Cuernavaca, Morelos : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 2016.
219 páginas.
ISBN:978-607-02-8328-4
1. Zacualpan (Morelos : Municipio) -- Emigración e inmigración. 2. Migración rural-urbana – México. 3. Migración interna – México. I. Título
JV7409.Z6.Z335 2016
LIBRUNAM 1911806

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por pares académicos externos al CRIM, de acuerdo con las normas establecidas en los Lineamientos Generales de la Política Editorial del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México

Diseño de forros: Daniel Domínguez Michael

Primera edición: 29 de agosto de 2016

D.R. © 2016 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Av. Universidad s/n, Circuito 2, colonia Chamilpa
62210, Cuernavaca, Morelos
www.crim.unam.mx

ISBN: 978-607-02-8328-4

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

Para mis abuelos,
que se fueron para poder quedarse,
y aunque nunca lo pusieron en palabras
siempre supieron que el lugar era la familia,
dondequiera que estuviésemos.

Agradecimientos

La investigación que recoge este texto fue financiada por una ayuda de perfeccionamiento postdoctoral del Gobierno Vasco con referencia DKR-2012-3. Así mismo parte de la edición final del libro tuyo lugar durante el disfrute de una ayuda Beatriu de Pinós con número de expediente 2014 BP-B 00262. Son muchas las personas que de una manera u otra han ayudado a que este texto exista. Aunque no aparezcan mencionadas aquí, espero haber sabido mostrarles mi gratitud en persona. En primer lugar, gracias muy especiales para Fernando Lozano Ascencio, sin cuyo apoyo ni mi vinculación con el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias ni este libro hubieran sido posibles. Para María Eugenia Negrete, por aquel chocolate caliente en el Gótico de Barcelona. Gracias a la Asociación Arte Sustentable, no sólo por facilitarme el acceso, sino por todo el magnífico trabajo artístico que llevan a cabo en distintas partes de Morelos. A las personas del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad de Deusto, donde llevé a cabo parte de la redacción de este texto, y de manera muy especial, a Maite Sagasti. Gracias, como siempre, a Arnau, que no deja de ser las raíces de mis alas y también el fotógrafo de las imágenes que aparecen en el libro. A Judith, además, pero no sólo, por prestarme sus increíbles capacidades artísticas. Y por supuesto, gracias de todo corazón a las personas en Zacualpan que accedieron a hablar conmigo y a compartir sus estrategias de vida.

Contenido

Quedarse en el centro de México 15

¿Por qué quedarse? 15
Entre el Bravo y el Suchiate 18
Bienvenida a Zacualpan 29
Nota metodológica 32
Causando casualidades 33
Conversaciones: voces y posicionalidades 35
¿Y esto para qué dice que vale? Implicaciones político-prácticas de la investigación 38
Estilo y estructura del libro 40

(In)movilidades 45

Sedentarismo y nomadismo 45
El problema de las dualidades 49
Fronteras significativas 52
Poder y régimen global de (in)movilidad 58
Los que se quedan 64

Zacualpan: mosaico de líneas de corte y fuga 71

Retazo etnográfico 1: tarde de jaripeo 73
Mosaico escondido 76
Vivir (en) Zacualpan 80
Líneas de corte 82

Líneas de fuga 88
Patrones significativos de (in)movilidad 96
Yo soy producto de México 98
Nosotros somos campesinos 103
Rizoma hecho de líneas de corte y fuga 107

Marañas familiares 113

Retazo etnográfico II: taller de alebrijes 114
Articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad en la familia 119
Inmovilidad facilitadora 122
Inmovilidad obstaculizadora 126
El apoyo que nos dimos como hermanos 127
Mujeres enraizadas y penélopes que esperan 130
Procesos de asignación de significado al movimiento 135
Cuerpos en edad de trabajar 139
Nuestros muertos 143
Siempre llevé mi raíz 147

Maneras de permanecer 151

Retazo etnográfico III: tianguis dominical 152
¿Es más fácil irse o quedarse? 155
Maneras de permanecer 164
La experiencia vivida de la inmovilidad 169
¿Inmovilidad por defecto? 173

Raíces-ramas 179

A vista de pájaro 180

Sedentarismos que (des)enfocan nuestra visión: el reto de desterritorializar la pertenencia social 186

Sistemas de clasificación y su relación con la (in)movilidad 191

Referencias 197

Anexos 215

I. Listado de entrevistas 215

II. Resumen de variables sociodemográficas de las personas entrevistadas 216

III. Guía de entrevista 218

Quedarse en el centro de México

El emigrante
cómo debe de sufrir
y quisiera ser el árbol
que no cruza las fronteras,
que se muere en su tierra
apoyado en su raíz
El emigrante, Los tigres del norte

¿Por qué quedarse?

La investigación que recoge este libro tiene su origen en dos hechos separados entre sí por más de veinte años y un océano. El primero tuvo lugar en un pequeño pueblo montañoso del norte de España cuando yo apenas entraba en la adolescencia. Cuando tras una de las múltiples mudanzas de mi infancia, me preguntaron por qué me había ido de donde vivía antes, a mí se me despertó la necesidad de que me explicaran por qué los otros niños y niñas no se habían ido de donde vivían. En cierta manera, siempre he pensado que lo que había que explicar no era quien migraba, para mí eso era lo natural, el por defecto. De una manera no racionalizada, entonces me parecía obvio que la curiosidad humana nos empuja a conocer otros lugares, otras personas, otras maneras. Lo que yo sentía que había que explicar era a esas personas que nacían, vivían y probablemente esperaban morir en el mismo entorno físico y social.

Esa primera reacción de mi infancia, aunque se complejizó veinte años y un doctorado en Estudios sobre Migraciones después, en esencia no deja de ser la misma. ¿Por qué quedarse? Esa era la pregunta que me surgió entonces y la que buscaba responder cuando empecé este estudio. A nivel académico, era mi reacción a la pregunta estándar ¿Por qué

hay migraciones? La necesidad de explicar por qué, cómo, o para qué las personas se mueven, sobre todo cuando este movimiento implica un cambio de residencia, hay largas distancias involucradas o se cruza una frontera internacional —es decir, el límite entre un Estado y otro— se encuentra en la base de muchas y muy variadas investigaciones sociales; sin embargo, por qué, cómo o para qué permanecer no han sido preguntas que hayan atraído apenas atención académica, por cuanto implícitamente permanecer aparece como una opción por defecto que no necesita explicación. Como sospechaba, y confirmé tras el trabajo de campo de esta investigación, no hay nada más lejos de la realidad, ya que permanecer es en muchas ocasiones consecuencia de elecciones conscientes que derivan de complejas estrategias de vida.

El segundo hecho tiene una naturaleza más académica, aunque también tuvo lugar entre montañas. Ocurrió a más de dos mil metros de altitud, en los Andes del sur de Ecuador, cuando llevaba a cabo mi investigación doctoral. Gracias a ese trabajo sobre los envíos que tenían lugar entre zonas rurales ecuatorianas y los lugares de residencia en otros países de personas migrantes provenientes de esas mismas áreas (Mata-Codesal, 2012), se hizo evidente que para que existan remesas hace falta quien las genere y las envíe, pero es igualmente necesaria la presencia de quien las reciba. Vi, pues, ineludible la necesidad de incorporar a las personas no migrantes en la explicación de los procesos migratorios. Esa idea vino a modelar fuertemente mi pregunta inicial, ya que implicaba que mirar a las personas que migran de manera independiente de quienes no lo hacen es una manera tan fragmentaria de hacerlo como observar a las personas que permanecen independientemente de las que migran.

Me daría por plenamente satisfecha si al final de este libro he conseguido que quede claro que la pregunta no es: ¿por qué migrar?, como tampoco lo es: ¿por qué quedarse? Y no es ninguna de las dos porque ambas derivan de enfoques subyacentes que son mutuamente excluyentes. Si pregunto por las motivaciones para migrar es porque entiendo que lo natural es quedarse, que los seres humanos somos sedentarios por naturaleza. Por el contrario, al preguntar por los motivos para quedarse entiendo que esa anomalía —la de quedarse pudiendo irse— necesita

explicación porque es una excepción a la lógica nómada del *Homo sapiens* que salió de África y recorrió todo el planeta. En realidad salimos, pero también nos quedamos, como evidencia la población actual en África y en todos aquellos lugares por los que pasamos hasta llegar al continente americano. Ni del todo *Homo migrans*, ni del todo *Homo sedentarius*.

Finalmente, en lugar de intentar responder a la pregunta de por qué permanecer, me dispuse a hacer trabajo etnográfico con el fin de mirar distintas maneras de permanecer en contextos de alta movilidad y entender cómo la migración y la permanencia son fenómenos que se encuentran indisolublemente trabados. Así, esa inquietud inicial sobre los motivos para permanecer tomó cuerpo y se convirtió, veinte años después, en esta investigación sobre (in)movilidades en el centro de México.

Siendo una persona formada en los Estudios sobre Migraciones, México, lugar paradigmático para las investigaciones sobre movilidad humana, ejerce de manera casi inevitable una gran fascinación sobre mí. Los estados que rodean a la Ciudad de México son un hervidero de idas y venidas, de viajes diarios o semanales para comprar, por trabajo, estudios u ocio, de migraciones desde zonas rurales a las ciudades y al revés, de jornaleros y jornaleras temporeros, de salidas y regresos —más o menos voluntarios— hacia y desde Estados Unidos… Pero también, aunque sean menos visibles, es una zona de permanencias y quedadas, de familias enteras que viven en el mismo lugar en el que vivieron sus padres y abuelos, de personas que trabajan duro con el fin de no tener que marcharse, de familias con miembros presentes y ausentes… Como me decía Víctor, una de las personas entrevistadas: "Como los elefantes, no podremos ir al cementerio de todos los huesos de todos los abuelitos y tatarabuelitos y estamos aquí todos, todos metidos".

En una zona conocida como el oriente del estado de Morelos, junto a la frontera con el estado de Puebla, y relativamente cerca del Estado de México y la Ciudad de México, se encuentra el pequeño municipio de Zacualpan. A este lugar, a los pies del humeante volcán Popocatépetl, donde se reproducen a pequeña escala algunas de esas movilidades y permanencias, llegué a principios de 2014 para llevar a cabo la parte empírica de esta investigación.

Como ya han demostrado un gran número de estudios antropológicos —muchos de los cuales toman a México y las migraciones como objeto de estudio—, las técnicas y enfoques de la antropología permiten obtener análisis de una riqueza y minuciosidad única al captar las diversas capas de la experiencia humana. Con el convencimiento de que sólo se puede aprehender la experiencia humana en toda su complejidad a través de las expresiones particulares de vivir, he basado la parte empírica de este trabajo en cincuenta entrevistas con zacualpenses. Sin ellas, ni el análisis ni este texto tendrían el mismo sentido, por lo que espero haber sido capaz de conseguir que sus voces transpiren a lo largo de todo el libro.

A continuación, y antes de pasear por las calles empedradas de Zacualpan, recojo un sucinto panorama de las movilidades e inmovilidades en el contexto general de México. También me gustaría presentar en este capítulo la gestación metodológica que generó este texto, para terminar con algunas consideraciones sobre las aplicaciones prácticas de la investigación.

Entre el Bravo y el Suchiate

Quien lea estas líneas podría preguntarse si no es un sinsentido comenzar un libro sobre quienes se quedan, exponiendo el panorama migratorio de México; sin embargo, no hay tal paradoja por cuanto una de las hipótesis que rige esta investigación es que las inmovilidades no se pueden concebir de manera autónoma de las movilidades. Descontextualizamos la movilidad humana si en nuestros análisis no tomamos en cuenta los procesos de permanencia asociados. Conseguimos sólo visiones parciales si junto a las personas migrantes no incorporamos, vis a vis, a las personas que permanecen para así poder mirar de qué maneras ambos procesos están relacionados.

Cuando llegué a México, en 2013, la expresión de moda en el entorno académico y político era "migración cero". En un país cuya idiosincrasia hacía mucho tiempo que pasaba por la emigración —hasta el punto en

que el entonces presidente Vicente Fox llegó a denominar a los compatriotas en el exterior héroes nacionales cuando se percató del volumen de remesas enviado por éstos— en la segunda década del siglo xxi México enfrentaba una situación de migración cero. ¿Habían dejado los y las mexicanas de moverse? En realidad no, era sólo una falacia estadística. Lo que en realidad había sucedido es que la menor salida de migrantes mexicanos hacia Estados Unidos había sido estadísticamente equilibrada con el aumento de las entradas a México. La tal migración cero no es, por tanto, el final de los movimientos migratorios internacionales, sino cambios en las intensidades de entrada y salida. La migración cero permite transmitir una idea de equilibrio, balance e inmutabilidad. El énfasis celebratorio en la utilización de la expresión nos permite vislumbrar procesos de asignación de significados que derivan de pensar con base en lógicas estatales para las cuales la movilidad, sobre todo la que cruza fronteras internacionales, se construye como un problema. Y frente a este "nadie se mueve", ansiado fin en las lógicas estatales, los cruces del río Bravo, al norte, y el Suchiate, al sur, continúan siendo importantes en el siglo xxi.

En el caso de México, hablar de migraciones internacionales implica hablar en gran medida de su vecino del norte. Estados Unidos ha figurado por un largo tiempo como elemento preponderante en las cuestiones de migración internacional de México. No por nada se calcula que en 2010 había en Estados Unidos más de once millones de personas nacidas en México, y casi treinta y dos millones reportaban tener ascendencia mexicana, lo que representa una décima parte de la población total de Estados Unidos (US Census Bureau, 2010). Algunas de esas treinta y dos millones de personas recogidas en el censo del 2010 con ascendencia mexicana en realidad nunca se movieron, ni ellas ni sus ancestros, sino que fue la frontera la que les pasó por encima tras la guerra entre México y Estados Unidos en 1848, cuando México tuvo que ceder una parte considerable de su territorio.

La relación migratoria entre México y Estados Unidos durante el siglo xx estuvo marcada en gran medida por el llamado Programa Bracero. La Segunda Guerra Mundial generó una escasez de mano de obra en Estados Unidos en un contexto de fuerte aumento de la demanda de

productos agrícolas. Para dar respuesta a esa situación, el gobierno estadounidense estableció en 1942 un acuerdo de contratación temporal de jornaleros agrícolas con México: el Programa Bracero. El programa duró hasta 1964 y modeló, con una intensidad que no había sido anticipada, los posteriores procesos migratorios entre ambos países. Muchas redes y cadenas migratorias que facilitaron la entrada irregular de personas mexicanas tras el fin del programa fueron establecidas gracias a éste. Es decir, el conocimiento de las rutas, las redes sociales de soporte en destino, contactos y saberes específicos necesarios para migrar de manera irregular fueron generados primeramente en esa migración asistida.

El año 1986 marca un nuevo hito en la relación migratoria entre Estados Unidos y México. Gracias a la *Immigration Reform and Control Act*, más conocida por sus siglas IRCA, casi tres millones de personas que se encontraban en Estados Unidos sin autorización para hacerlo —de las que el setenta por ciento procedía de México— vieron regularizada su situación en el país. La ley IRCA también implicaba un refuerzo del control en la frontera. Ese control fronterizo no ha dejado de incrementarse, especialmente tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la adopción por parte de Estados Unidos de una política que vincula la inmigración irregular con la seguridad nacional, y que se traduce en acciones dirigidas a blindar sus fronteras exteriores, lo que ha llevado a la ruptura definitiva de la circularidad que había sido típica de las migraciones entre México y Estados Unidos.

A pesar de ello, y a diferencia de las imágenes tradicionales, entre México y Estados Unidos no sólo se viaja de mojado. En México cada vez se es más consciente de una migración cualificada de personas mexicanas con alta preparación que se marchan por motivos laborales a Estados Unidos (Lozano y Gandini, 2010). Ante la imposibilidad de la estructura económica en México de absorber esa mano de obra altamente cualificada, científicos, técnicos de alto nivel, y personas con formación universitaria dejan cada año México para trabajar en Estados Unidos. Tampoco es únicamente unidireccional la relación migratoria entre México y Estados Unidos. En sentido contrario, destacan los números aún pequeños pero crecientes de personas estadounidenses jubiladas que se asientan o pasan

largas temporadas en México, donde sus pensiones o ahorros les permiten un mayor poder adquisitivo (Lizárraga, 2013; Papademetriou, 2006). Esa misma dirección son forzadas a tomar las personas mexicanas deportadas por las autoridades estadounidenses, cuyo número, y sobre todo la gravedad de sus historias, ha aumentado considerablemente (Alarcón y Becerra, 2012; Márquez Covarrubias, 2013).

En el siglo XXI, cada vez se adquiere más consciencia de que México no sólo está al sur del río Bravo, también está al norte de otro río, el Suchiate. El río Suchiate, junto al río Usumacinta, forma parte de la frontera sur de México. Esta frontera sur entre México y Guatemala recibe creciente atención mediática y académica. A las tradicionales migraciones temporales transfronterizas de jornaleros mayas guatemaltecos para trabajar en las haciendas cafetaleras del estado mexicano de Chiapas, se han añadido migraciones de personas centroamericanas y sudamericanas en su camino a Estados Unidos. Este movimiento migratorio de personas centro y sudamericanas en su paso por México hacia —supuestamente— su destino final en Estados Unidos es en la actualidad un importante tema de debate político en parte porque el nivel de abuso y ataque a los derechos humanos de estas personas ha alcanzado límites estratosféricos. A los más de 3 300 kilómetros de la frontera norte se ha venido a unir el obstáculo de los 1 100 de la frontera sur, y de esta manera México actúa como primera barrera de contención en la política de cierre de fronteras de Estados Unidos. La securitización de la frontera norte no sólo ha roto la circularidad de las migraciones de mexicanos a Estados Unidos, sino que ha contribuido a desplazar el territorio movedizo de frontera para sus vecinos meridionales más de tres mil kilómetros hacia el sur. No se conoce el número de personas inmovilizadas o en tránsito en suelo mexicano en su supuesto camino hacia Estados Unidos; sin embargo, es necesario que como académicos utilicemos la etiqueta migración de tránsito con cuidado, ya que, como algunos autores han apuntado, ésta puede ser una manera para que los denominados países de tránsito eludan el debate de la integración de estas personas al concebirlas simplemente de paso (Düvell, 2012; Collyer y De Haas, 2012). En tanto México no aparezca como posible lugar de destino final de estas personas migrantes,

no se verá la necesidad de abrir el debate de posibles vías de integración y participación de estas personas centro y sudamericanas en la sociedad mexicana.

Como ha sido ampliamente puesto de manifiesto, en el caso mexicano muchas de las personas que migran internacionalmente siguen formando parte de familias en las que una parte de sus miembros continúa en México. El volumen de remesas y el número de hogares que las reciben hace tiempo que se considera un indicador claro del mantenimiento de la relación entre familiares que viven en países distintos (Canales, 2008; Rivera, 2004). Además los hogares mexicanos no son únicamente receptores de remesas, sino que, como muestran tanto los datos estadísticos (los egresos por remesas familiares recogidas en la balanza de pagos, Banxico, 2016) como algunos estudios etnográficos (ver, por ejemplo, el trabajo de Besserer, 2004, en localidades de la Mixteca), también existen remesas familiares que salen de México. Centrándonos en la recepción de remesas a nivel nacional, sabemos que en 2014 se enviaron a México 23 607 millones de dólares por concepto de remesas (Banxico, 2015) que llegaban a 1 291 000 hogares mexicanos (Conapo y Fundación BBVA, 2014). Estos envíos de dinero existen porque alguien migró al Norte, consiguió trabajo y lleva a cabo el envío de dinero, pero éste no se produciría si a la vez alguien no hubiera permanecido en México para recibir la remesa. La multitud de estudios que no se limitan a cuantificar este rubro sino que se centran en las dinámicas familiares que originan, mantienen y dan forma a los envíos (ver por ejemplo Léonard, Quesnel y Del Rey, 2004) hace tiempo que pusieron de manifiesto el necesario engarce entre situaciones de movilidad e inmovilidad para el caso concreto de las remesas internacionales.

Como es evidente, el panorama migratorio de México no sólo se compone de migraciones internacionales, las migraciones entre distintos estados del país son de una magnitud considerable. La separación analítica entre migraciones internas e internacionales se encuentra bien asentada en las ciencias sociales, aunque diferenciar entre los movimientos de población que ocurren dentro de las fronteras de un país y los que cruzan fronteras internacionales es en cierta manera arbitrario. Y digo arbitrario

porque moverse siendo indígena hablante de tzotzil desde un municipio de Chiapas a alguna de las colonias marginales de la Ciudad de México para trabajar en la construcción es un viaje más largo en términos de kilómetros y de husos sociales, que hacerlo siendo migrante cualificado desde la ciudad de Guadalajara a Nueva York. Sin embargo, hay algo fundamentalmente distinto entre las migraciones dentro de un país y entre países: al cruzar una frontera internacional se entra en una entidad política distinta con su propio sistema legal, lo que tiene consecuencias importantes en el acceso a los derechos por parte de las personas migrantes —incluyendo, en primer lugar, el derecho a entrar, trabajar o residir en esa entidad política—. A pesar de este hecho diferenciador, la separación estricta entre migraciones internas e internacionales es, como Russell King y Ronald Skeldon (2010) han demostrado, criticable, ya que muchos movimientos dentro y fuera del país se encuentran *de facto* vinculados.

En el caso específico de México existe una literatura que, ya desde la década de 1980, piensa de manera conjunta ambos movimientos. Un ejemplo es el trabajo pionero de Lourdes Arizpe (1983) sobre el éxodo rural, donde desgrana las diferentes trayectorias migratorias que aparecían en el campo mexicano desde la década de 1940 y que incluían migraciones estacionales, temporales y permanentes a las ciudades por diferentes motivos, y, por supuesto, la migración hacia Estados Unidos a través del Programa Bracero. Con posterioridad, en un contexto en el que la migración interurbana sobrepasa a la rural-urbana, y la migración internacional asistida ha terminado, Fernando Lozano (2002, p. 99) explora las vinculaciones entre la migración interna y la internacional también para el caso mexicano, sugiriendo la existencia de dos patrones de vinculación diferentes entre ambos tipos de migración. De manera similar, Alberto del Rey y André Quesnel (2005) analizan la relación entre las migraciones internas e internacionales para el caso de Veracruz en la década de 1990. Este interés académico temprano ha dado lugar a relevantes desarrollos conceptuales que permiten analizar relaciones entre las migraciones dentro y fuera del país. Destaca el concepto de "circuito migratorio", desarrollado por Jorge Durand (1988); los "contextos

de salida", de Liliana Rivera y Fernando Lozano (2006), así como el concepto de "encadenamientos migratorios", de Sara Lara (2010). Todos esos trabajos recogen el hecho extendido de que en muchos casos, por un lado, la migración interna precede a la internacional y, por otro lado, que tras situaciones de migración internacional se dan situaciones de migración interna en el país. Las fuentes cuantitativas disponibles no nos permiten tener datos sólidos sobre esos engarces entre migraciones internas e internacionales.

En el siglo XXI el panorama migratorio dentro de México es tan complejo y fascinante como lo es hacia afuera, y los números implicados son, como en la mayoría de los países del mundo, muy superiores a los de las migraciones internacionales (PNUD, 2009). Las migraciones campo-ciudad son importantes en toda América Latina, y México no es una excepción. En 1950, poco menos de 43% de la población de México vivía en localidades urbanas; en 2010 esta cifra casi se duplicó, ya que la población urbana constituye 78% (Inegi, 2010). En la segunda mitad del siglo XX, en una etapa de fuerte concentración en pocos núcleos urbanos, la falta de planificación y la rapidez del fenómeno generó procesos de urbanización desordenada dando lugar a la aparición de barrios y colonias marginales en las periferias de las grandes ciudades, sobre todo en la Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara (Anzaldo, Hernández y Rivera, 2008). La Ciudad de México ha sido un importante foco de atracción de población. En la actualidad, los últimos datos disponibles indican que su población desborda hacia los estados vecinos, con altas tasas de emigración hacia las ciudades del vecino Estado de México, por lo que la migración urbana-urbana ha venido adquiriendo cada vez mayor importancia (Anzaldo, Hernández y Rivera, 2008).

Según el censo de 2010, los cuatro estados que acumulan mayor población nacida en otra entidad federativa son Quintana Roo, Baja California, Baja California Sur y el Estado de México (Serrano, 2014, p. 112). En términos absolutos, tanto Quintana Roo como Baja California se perfilan como entidades netamente receptoras. El *boom* turístico iniciado en torno a la ciudad de Cancún y a la Riviera Maya en la península de Yucatán hacia 1970 y las oportunidades de trabajo en el sector de la construc-

ción y el sector servicios vinculadas al turismo, explican que en el siglo XXI Quintana Roo sea tanto el principal estado de destino de los migrantes internos como la entidad con mayor población nacida en otro estado (Aguilar, 1995). Por su parte, en el extremo geográficamente opuesto del país, Baja California atrae migrantes internos por las posibilidades de trabajo en las maquilas, las plantaciones de agricultura de exportación —este estado ocupa el segundo lugar en la explotación de tomate, además de otras hortalizas (Barrón, 2007, p. 132)— y en su camino al Norte. Existe además una gran movilidad tanto hacia como desde el Estado de México, la Ciudad de México, Veracruz y Jalisco, puesto que todos ellos aparecen en los primeros lugares tanto de entidades de origen como de destino de migrantes internos para el periodo 2005-2010 (Serrano, 2014, pp. 114-115).

El estado de Morelos, donde se encuentra el municipio de Zacualpan, presenta un panorama de movilidades múltiples al combinar la atracción de población, principalmente desde entidades vecinas, con altas tasas de emigración internacional (Rivera y Lozano, 2006, p. 47). El caso de Morelos ilustra los riesgos de asumir homogeneidad intraestatal, ya que este estado:

> […] no obstante estar inserto en lo que se ha clasificado como región emergente de la migración internacional (Massey, Durand y Malone, 2002), muestra, en algunos pueblos y subregiones, una historicidad y complejidad equiparable a la zona intermedia de la migración y, en algunos momentos, ciertos procesos de organización de la migración morelense parecen más cercanos a los que caracterizan a la llamada zona tradicional de migración internacional (Rivera y Lozano, 2006, p. 50).

Por ejemplo, los estudios dirigidos por Cecilia Bobes (2011) en el municipio de Axochiapan, al sur del estado, dan cuenta de una larga tradición migratoria a Estados Unidos similar a las presentes en la zona tradicional de migración internacional. La situación en este municipio contrasta con las tasas mucho más bajas de migración internacional que tienen lugar en municipios del norte de la entidad (Conapo, 2012).

De la misma manera en que ocurre con las migraciones internacionales, también existen importantes articulaciones entre las migraciones internas y situaciones de permanencia a nivel nacional. El censo de 2010 establece que más de medio millón de hogares en todo México —558 000 para ser exactos— tenían migrantes internos (Inegi, 2010). Estamos hablando, pues, de que más de medio millón de hogares mexicanos reportaron tener miembros migrantes y no migrantes simultáneamente. Personas que pese a la distancia física siguen considerándose parte de un mismo hogar, formando parte de un espacio social que no se ha movido geográficamente.

La movilidad humana no acaba con las migraciones internas e internacionales. A todos esos movimientos sobre fronteras estatales y nacionales que implican mudanzas y cambios de residencia, se une además un tipo de movilidad que no implica cambio de domicilio. Se considera que este movimiento, llamado simplemente así, movilidad, tiene consecuencias menos importantes en la vida de las personas al continuar éstas asociadas a un mismo espacio geográfico. Una visión etimológica de las palabras de las cuales derivan ambos conceptos, migración y movilidad, muestra claramente el mayor alcance que se otorga a las consecuencias de la migración. Aunque las dos palabras llegan al castellano del latín; si nos remontamos un poco más, encontramos que las raíces indoeuropeas de ambas palabras, aunque gráficamente similares, aportan connotaciones diferentes y muy significativas para este estudio. *Migrare*, en latín, viene de la raíz *mei-* que conlleva la idea de movimiento pero también mutación (el verbo mutar proviene de la misma raíz). Así pues, migrar es moverse, pero un movimiento con consecuencias. Implica mutación, cambio en, por o a través del movimiento. La raíz de *mobilis*, *meure-*, carece de esa connotación de cambio y alude únicamente al movimiento. En la actualidad se abre paso una concepción que aboga por considerar conjuntamente todos los tipos de movilidades, sean estas migraciones o no, bajo la etiqueta amplia de movilidades (Hannam, Sheller y Urry, 2006). Éste nuevo Paradigma de la Movilidad ha abierto la puerta al análisis de distintas formas de movilidad, pero queda aún mucho trabajo por hacer en la consideración conjunta de todas

esas movilidades, se crucen o no fronteras administrativas, impliquen o no cambio de residencia.

Para el caso de México, el último censo permitió una aproximación a la magnitud de la movilidad sin cambio de residencia por motivos laborales. Se calcula que veintiún millones y medio de mexicanos trabajan fuera de su municipio de residencia (Inegi, 2010), lo que implica que diaria, semanal o mensualmente estas personas se trasladan a otro municipio para trabajar. Esta asombrosa cifra da cuenta del enjambre de trayectorias que van y vienen, que se cruzan y articulan con puntos fijos físicos y, sobre todo, sociales. A esa cifra habría además que sumar las movilidades por motivos de estudio, sobre las que en la actualidad aún no existen datos agregados.

Esta movilidad diaria, semanal o temporal por diversos motivos, entre los que destaca el laboral y en menor medida el educativo, genera una población flotante que ha atraído la atención de planificadores urbanos. Como la define Carlos Garrocho, la población flotante es "la población que utiliza un territorio pero cuyo lugar de residencia habitual es otro" (2011, p. 9), y que por tanto se superpone en un mismo territorio a la población residente. Esta visión territorial tiene a la vez una lectura social. Estas dos poblaciones, más allá de compartir por momentos un mismo espacio físico, están socialmente imbricadas. Superando el uso que los planificadores urbanos hacen del concepto de población flotante, esta noción nos permite también una visualización conjunta de situaciones de movilidad e inmovilidad. Por un lado, la población flotante permite, en muchos casos, el día a día a poblaciones residentes en otros lugares. Y lo mismo es cierto al contrario, la población residente permite la creación y mantenimiento de una población flotante. Pensemos, por ejemplo, en un tipo de población flotante: el estudiante universitario que durante la semana deja la casa familiar para trasladarse a la población en la que estudia, cuyos padres son parte de la población residente en otro espacio y le envían los recursos que necesita para su subsistencia. O el caso de la madre que trabaja de lunes a viernes en la ciudad y cuyos ingresos permiten el mantenimiento de sus hijos residentes en otro espacio físico. Población flotante o móvil y población residente o inmóvil,

ambas indisolublemente ligadas en una gran variedad de maneras: una fascinante miríada de articulaciones para desentrañar.

Pese al fabuloso panorama migratorio esbozado hasta aquí, en 2010 el ochenta por ciento de la población de México vivía en su estado de nacimiento (Inegi, 2010). En un país con un panorama migratorio tan rico y complejo, en realidad sólo dos de cada diez personas habían cambiado su residencia a otro estado; las ocho restantes vivían en su estado natal. Podemos, por tanto, por un lado, establecer la importancia numérica de las personas no migrantes, y por otro, y más importante aún, establecer (como ya otros autores han hecho) la presencia de articulaciones entre situaciones de movilidad y permanencia tanto para el caso de la migración internacional, la migración interna y la movilidad. Sin embargo, en parte de la literatura (sobre todo la anglosajona, no tanto en la literatura mexicana) quienes no migran han recibido mucha menos atención que las personas migrantes. *Left behind* es la expresión inglesa que generalmente se utiliza para denominar a las personas que están relacionadas con personas migrantes, bien por lazos familiares, sociales o geográficos, pero que no migran. La expresión da cuenta de las ideas subyacentes asociadas con estas personas: los que son dejados atrás, pero la presencia de los *left behind* se convierte en el detonante de muchas movilidades y, en ocasiones, incluso es completamente necesaria para el proyecto migratorio.

Los datos censales presentados hasta aquí no pueden ayudarnos a responder preguntas del tipo: y de ese veinte por ciento de personas que residían en una entidad distinta de la de su nacimiento, ¿qué porcentaje ha podido llevar a cabo tal cambio de residencia gracias a la inmovilidad de otras personas?, ¿qué porcentaje, por el contrario, ha tenido que moverse para facilitar la permanencia de otros miembros de su familia o entorno social?, ¿cuántas de esas personas móviles se consideran aún parte de hogares que no se habían movido? Esos datos, menos aún nos permiten empezar a perfilar cómo se vive la inmovilidad en cada situación, ni las distintas maneras de permanecer asociadas a situaciones de movilidad. El panorama amplio esbozado por los datos estadísticos no puede capturar el día a día de esas personas que se mueven y las que se quedan, de las que se van para quedarse después y las que se quedan para que otras se vayan.

Para eso es necesario concretar nuestras investigaciones y hablar con esas personas, en un tiempo y un espacio social concreto: inicios del año 2014 en el pequeño pueblo de Zacualpan.

Bienvenida a Zacualpan

Aunque existe un arco enrejado sobre la carretera que da la bienvenida, es el inmenso árbol al que los zacualpenses llaman cariñosamente el Arbolito el que marca que sin lugar a dudas se ha llegado a Zacualpan. Eso y la humeante cima del volcán Popocatépetl en la distancia. Zacualpan es un pueblo del centro de México, en el estado de Morelos, pequeño tanto en habitantes —unos nueve mil, según el censo más reciente de 2010 (Inegi, 2010)— como en terreno —53 km^2—. Es atípico para los estándares morelenses porque solo está compuesto por dos núcleos poblados muy concentrados y ninguna ranchería: el centro municipal propiamente dicho, de unos 3 500 habitantes, conocido simplemente como Zacualpan (espacio al que se circunscribe esta investigación), y un segundo núcleo poblado que ha experimentado un mayor crecimiento demográfico y sobrepasa en la actualidad a la población del centro.

Zacualpan pueblo se extiende a ambos lados de la carretera. Al lado del Arbolito se encuentran los edificios más antiguos e importantes en tres barrios consecutivos a los que las personas de Zacualpan se refieren simplemente como el centro. En esta parte las calles se encuentran adoquinadas, y la sombra que proyectan los árboles que sobresalen desde las huertas de café rodeadas por tecorrales, aunque mucho menor que en antaño, como todo el mundo coincide en acordar, sigue haciendo muy agradable el pasear por estas estrechas calles. Dado este paisaje casi bucólico —en parte consecuencia de la disponibilidad de agua del cercano río Amatzinac, que se encuentra, sin embargo, en claro retroceso— y su cercanía con la Ciudad de México, no es sorprendente que Zacualpan haya sido elegido por personas de clase media y media-alta de la capital para tener residencias vacacionales. En marcado contraste con esta apariencia de pueblo mágico, al otro lado de la carretera se extienden las colonias de

Figura 1
Mapa de localización de Zacualpan

Fuente: © Colaboradores de OpenStreetMaps

más reciente creación en lo que eran terrenos de una antigua hacienda que alberga en la actualidad una escuela de educación secundaria. Las calles en esta zona son de cemento, y las bonitas casas tradicionales de piedra del centro con sus ventanas abalconadas dan paso en las colonias a casas rectangulares de bloque. Estas diferencias urbanísticas traducen, de hecho, marcadas diferencias socioeconómicas entre los pobladores del centro y los de las colonias, que además modelan diferentes articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad para cada grupo.

Muchos de los patrones de movilidad interna que conforman el panorama migratorio de México están presentes a pequeña escala en Zacualpan: inmigrantes de los estados de Guerrero y Oaxaca, migraciones temporales a estados fronterizos del norte del país, movilidades de distintos tipos (permanente, temporal, diaria o semanal) y por distintos motivos (trabajo, estudio, ocio) entre Zacualpan y la Ciudad de México, interacciones con la capital del estado, Cuernavaca, con la ciudad de Puebla —a menos de cien kilómetros— o con Cuautla —a unos escasos treinta kilómetros—, etc. La emigración internacional a Estados Unidos también está muy presente. El índice de intensidad migratoria

México-Estados Unidos es una medida resumen que permite clasificar los municipios y las entidades federativas según la intensidad que tienen las distintas modalidades de la migración al país vecino —emigrantes a Estados Unidos, migrantes circulares y migrantes de retorno—, así como la recepción de remesas. Zacualpan tiene un grado de intensidad migratoria México-Estados Unidos alto: es el segundo municipio de Morelos en cuanto a intensidad migratoria, y el 304 a nivel de toda la República Mexicana (Conapo, 2012). Según este cálculo basado en datos censales del 2010, 6.88% de las 2 732 viviendas del municipio recibían remesas de Estados Unidos (Conapo, 2012). Este dato sobre viviendas receptoras de remesas es especialmente significativo no sólo porque muestra la importancia de Estados Unidos como lugar de destino de la migración desde el municipio de Zacualpan, sino que también pone de manifiesto una importante interacción entre movilidad e inmovilidad: el hecho de que estos hogares con miembros migrantes en Estados Unidos reciban remesas implica que hay miembros que permanecen físicamente en Zacualpan. La imbricación entre Zacualpan y Estados Unidos es menor para el caso de Zacualpan pueblo que para el municipio en su conjunto, ya que un elevado porcentaje de salidas tiene lugar desde el segundo núcleo poblado del municipio. Aunque esta investigación se centra únicamente en Zacualpan pueblo, las colonias pueden considerarse, en cuanto a sus perfiles socioeconómicos y migratorios, una extensión de los perfiles mayoritarios presentes en ese segundo núcleo de población.

Zacualpan tuvo su momento de interés antropológico en la década de 1970 gracias al trabajo de campo del antropólogo Arturo Warman y sus estudiantes en el oriente de Morelos, el cual dio lugar a la trilogía sobre el campesinado *Los campesinos de la tierra de Zapata* (1974a, 1974b, 1976). Para la actual investigación esas publicaciones son importantes por cuanto permiten vislumbrar los orígenes y sobre todo la continuidad de algunos patrones de movilidad presentes hoy en el lugar. La más útil es, sin lugar a dudas, la encuesta sobre migración levantada en 1978 por María Eugenia Negrete (1980). Al comenzar la sección sobre los tipos de migración en la localidad, Negrete escribe una frase que, con matices, sigue vigente:

> Zacualpan es un pueblo donde la gente va y viene constantemente; con frecuencia se oye hablar de lo que pasa en los pueblos vecinos, en Cuernavaca, en México o en otras ciudades del país o de fuera de éste. A pesar del intenso contacto con el exterior es un pueblo que mantiene sus costumbres, sus tradiciones y en general su modo de vida campesino (Negrete, 1980, p. 75).

Casi cuarenta años después, Emiliano, un zacualpense orgulloso de haber conseguido permanecer, reformulaba de un modo aún más poético esa idea de irse y quedarse, cuando al hablarme acerca del tipo de personas que, según él, se quedaban en Zacualpan, me decía "[…] pero lo que sí sé es que caminamos pero nuestros pasos llevan raíces, no llevan alas". Así, pues, el pueblo Zacualpan se perfila como un lugar idóneo para mirar las diferentes maneras de permanecer en un contexto cruzado y en gran medida constituido por múltiples trayectorias de (in)movilidad.

Nota metodológica

Durante el mes que viví en el municipio morelense de Zacualpan a inicios de 2014, mi hogar fue el taller de un colectivo artístico local. Durante ese tiempo realicé cincuenta entrevistas con personas que vivían en el pueblo. Éstas fueron casi paritarias en función de género: veinticuatro hombres y veintiséis mujeres. La persona más joven entrevistada tenía 18 años y la mayor, 80, con una distribución equilibrada de los grupos de edad. La gran mayoría de las entrevistas fueron grabadas en audio, y en las que esto no fue posible se tomaron notas que inmediatamente después fueron transcritas. En términos de profesiones, se adaptó la muestra al perfil laboral del pueblo, con trabajadores del sector primario (jornaleros, ganaderos y agricultores) y de servicios —incluyendo el sector público—. Debido a la importancia de las personas vinculadas al magisterio —ser maestro o maestra ha sido tradicionalmente en México una ruta laboral altamente transitada, más alta de lo habitual para el caso de Zacualpan—, un alto número de la muestra está vinculado de una manera u otra al sector de la educación. Como se verá, la variable educación es muy importante como

factor de segmentación social, en las representaciones mutuas de los miembros de los barrios y las colonias, y como estrategia de movilidad e inmovilidad. El criterio de selección que se utilizó para seleccionar a las personas para entrevistar fue que se autodefinieran como de Zacualpan. Todos los datos sociodemográficos de las entrevistas, así como la guía de entrevista, se encuentran en anexos al final del libro.

Causando casualidades

Cuando escribí un correo electrónico a finales de 2013 a una investigadora de El Colegio de México, no tenía esperanza alguna de recibir contestación; sin embargo, recibí respuesta y de aquel mensaje surgieron muchas cosas. Llevaba ya casi un año enfrascada en la tarea de elegir lugar para llevar a cabo el estudio de campo. Lo que en mis experiencias anteriores había sido algo relativamente sencillo, esta vez en México estaba resultando una tarea ardua y muy lenta, principalmente por el entorno de inseguridad creciente que se vivía en el país. Había mirado y analizado datos censales y tasas de emigración e inmigración interna e internacional de municipios en los estados de México, Morelos y Puebla. En dos ocasiones fue necesario descartar los lugares preseleccionados por problemas de acceso relacionados con la violencia del narcotráfico. Más importante aún, yo no acababa de sentirme lo suficientemente segura como para intentar acceder al campo. ¿Cómo iba a generar confianza, algo clave en el trabajo de campo etnográfico, si yo misma estaba cargada de miedos que me generaban una gran desconfianza? Tras descartar el Estado de México y las partes con mayores tasas de crímenes violentos en Morelos, me centré en el oriente del estado, donde parecía haber menores índices de violencia. En abril de 2013, junto con Ariel Ramírez, un antropólogo local, llevamos a cabo una visita piloto a la zona. De todos los lugares que visitamos, Zacualpan era con diferencia el más bonito. Su enorme árbol a la entrada, sus calles empedradas, los arcos frente a la presidencia municipal y, sobre todo, su majestuoso convento pintado de blanco luminoso con frescos en rojo intenso. "Demasiado bonito para llevar a cabo

trabajo de campo", pensé en ese momento. Tenía además unos patrones de movilidad algo diferentes a los de los municipios de la zona y conexiones tempranas con la Ciudad de México. Así, pues, inicialmente lo descarté. En ese punto yo aún no era consciente de que, en la mayor parte de las ocasiones, en la práctica etnográfica son los lugares los que la eligen a una, y no al revés.

No consigo recordar cómo llegó a mis manos la referencia de la tesis de maestría escrita por María Eugenia Negrete sobre el pequeño municipio de Zacualpan en el oriente de Morelos (Negrete, 1980). Sí me recuerdo, sin embargo, sentada en una pequeña habitación de la biblioteca de El Colegio de México leyendo el microfilm de esa tesis y sintiendo cómo tenía un pequeño tesoro entre las manos: datos sobre patrones de movilidad de hacía cuarenta años. El lugar parecía prometedor en cuanto nodo de movilidades varias, tanto internas como internacionales. Ya en la década de 1970, ese lugar físico y social presentaba un panorama de movilidades e inmovilidades sumamente atractivo: vínculos con ciudades medias del estado de Morelos, como Cuautla; con capitales estatales, como Cuernavaca o Puebla; con los estados de Oaxaca y Guerrero, y por supuesto, con la Ciudad de México. Estados Unidos aparecía también en el mapa migratorio de este municipio.

Así, pues, me decidí a escribir el famoso correo electrónico. El mensaje fue escrito desde Barcelona, España, y por casualidades personales y académicas, recibido en la misma ciudad. Aquel primer contacto generó un pequeño intercambio de correos que acabó en una conversación frente a una taza de chocolate una fría tarde de diciembre en Barcelona. Salí de aquella cafetería con muchos miedos disipados, una ilusión renovada para llevar a cabo trabajo de campo —algo que en los últimos meses me había empezado a fallar— y contactos en Zacualpan. Uno de esos contactos era de un colectivo artístico local en cuyo taller acabé viviendo. Gracias a todas las actividades que llevaban a cabo en el pueblo, donde eran muy visibles y gozaban de buena reputación, mi acceso al campo fue sencillo. Otra casualidad imprevisible que se derivó de esa conexión fue la posibilidad de asistir a grupos de discusión no premeditados, gracias a los talleres artísticos que se llevaban a cabo en ese espacio. Alrededor de

grandes mesas en el patio del taller-casa y mientras las manos iban poco a poco dando forma a animales fantásticos de papel llamados alebrijes, la conversación fluía y se enriquecía con las opiniones de las personas participantes sobre si era más fácil irse o quedarse, sobre sus ideas acerca de quienes habían decidido cambiar de residencia, o sobre los motivos para vivir en Zacualpan.

En lo escrito hasta aquí me he mostrado indecisa en los meses de incertidumbre antes de elegir lugar de trabajo. No es casual, con esa sinceridad he buscado mostrar el poder de lo inesperado en la práctica antropológica. Isabelle Rioval y Noel B. Salazar (2013) han compilado una colección de artículos sobre serendipia, donde nos recuerdan que no hay que subestimar el poder de las casualidades en la práctica antropológica. Aunque durante el tiempo que duró el proceso me desesperaba por lo que sentía como una falta de avances, ahora me doy cuenta de que el hecho de tener tiempo fue determinante a la hora de causar todas las casualidades anteriores. Casualidades, en cierta manera causadas, que el trabajo previo y la reflexividad constante me permitieron aprovechar.

Conversaciones: voces y posicionalidades

Escuchar las grabaciones de las entrevistas consigue sacarme de este despacho de paredes blancas en el que hoy escribo esto para zambullirme, casi sin aviso, en lo que se cuenta. Existe una manera especial de contar historias en México, con sus preguntas, vueltas, repeticiones, pausas... que atrapan a quien cuenta y a quien escucha de una manera casi hipnótica. Como magistralmente nos muestra Ruth Behar en la historia de su comadre Esperanza, de hecho, gran parte de nuestra humanidad reside en nuestra habilidad para contar y escuchar historias (2009, p. 39). Las entrevistas en las que se basa esta investigación no son sino conversaciones en las que se cuenta la historia de quienes en un momento determinado compartían un lugar concreto. Historias de lo que son, de lo que fueron, de lo que tal vez sean. Son historias construidas de manera compartida, sobre Zacualpan, sobre ciertas familias del pueblo, sobre cada

una de las personas que accedió a hablar conmigo. En esas conversaciones mi voz está presente, como lo está en este libro, de la misma manera en que yo estaba presente en Zacualpan: en las entrevistas, las tardes de jaripeo, el taller de alebrijes o el mercado dominical; por supuesto, sin silenciar en ningún momento la voz de los y las verdaderas protagonistas. Por cuestiones de anonimato, los nombres de esta historia coral están cambiados. He optado por usar citas textuales de entrevistas, sin editar, con la manera de hablar de cada persona, en diálogo conmigo, a veces entre ellas mismas, de ida (con mis preguntas) y también de vuelta (con las suyas). En ocasiones sus preguntas rebotadas fueron esclarecedoras para mí. ¿Por qué me había ido yo? ¿Había sido más fácil irse o quedarse? Me enfrentaban a pensar exactamente lo mismo que yo les estaba planteando. Me urgían a pensar una respuesta, a condensar en unas frases meses y hasta años de dudas, indecisiones, casualidades. De la misma manera en que yo hacía en mis entrevistas.

Las posicionalidades en la antropología nos aportan información relevante sobre la investigación. El lugar desde el que se escucha en relación con quien nos habla y las relaciones de poder que enmarcan esa relación, todo ello tiene que ser escrito en nuestro trabajo. Española, mujer, blanca y joven, en ese orden, son probablemente las cuatro facetas que más moldeaban el contexto en el que se producía la relación dialógica con mis interlocutores en Zacualpan. Como se verá en los retazos etnográficos, las personas con las que interaccionaba "leían" con base en esos cuatro aspectos mis preguntas y gustos. El feminismo y las corrientes postcoloniales hace tiempo que reclaman la necesidad de incorporar en el análisis el contexto de producción del mismo, dado que el conocimiento es siempre situado (Rose, 1997). En el trabajo etnográfico el conocimiento se produce en interacción dialógica entre la etnógrafa y las personas con las que conversa. En contra de representaciones tradicionales del trabajo de campo en las que la persona que investiga pone su vida en pausa, los y las antropólogas llevamos al campo nuestras habilidades sociales y códigos de significado. "El etnógrafo, como un sujeto situado, capta ciertos fenómenos humanos mejor que otros. Él o ella ocupa una posición o ubicación estructural y observa con un ángulo particular de

visión" (Rosaldo, 2000, p. 532). Desde la primera página, creo, ha quedado patente que mi trayectoria personal y académica no está ausente en esta investigación.

Las relaciones de poder han sido un tema recurrente en mi práctica etnográfica y para el que aún no he conseguido encontrar una respuesta satisfactoria, tal vez porque no puede existir y estamos obligados a incorporar la incomodidad ética como parte de nuestro proceder metodológico. En mi contexto de trabajo habitual, investigaciones sobre migraciones de personas con limitados derechos y capacidades para la movilidad legal internacional, mi mucho más amplio conjunto de derechos a la movilidad —dado por mi pasaporte español— contrasta con el de las personas con las que trabajo, lo que da lugar a cuestiones éticas difíciles de responder. La situación se repetía en Zacualpan, sobre todo respecto a las personas que deseaban migrar de manera legal a Estados Unidos pero no podían hacerlo; sin embargo, en esta investigación había un matiz que no había ocurrido con anterioridad: interesada en los procesos de inmovilidad y permanencia, esta vez yo no tenía la capacidad de permanecer en Zacualpan, de ser de Zacualpan.

Las posicionalidades no se limitan a las interacciones en el campo, sino que también afectan a los marcos analíticos y a los modelos que hacemos servir, que derivan a su vez de nuestra formación previa y del nivel de conocimiento y valoración de distinta literatura científica. La producción académica sobre migraciones es a estas alturas considerable. Dado el volumen actual y la variedad de fuentes académicas, mi conocimiento sobre la literatura es, como el de todas las personas que nos dedicamos a la investigación académica hoy en día, fragmentario. Más aún en un tema, el de la movilidad humana, que es de interés para distintas disciplinas (para una buena panorámica véase Brettell y Hollifield, 2000). No veo, sin embargo, problema en ello, siempre que exista un conocimiento mínimo de referencias y sobre todo el mapa amplio de las principales tendencias o posicionamientos, tanto presentes como pasados, respecto al tema de la movilidad humana. Mi posicionalidad analítica deriva de que en lo que leo de literatura académica existe un sesgo. Evidentemente, por razones de trayectoria profesional existe una literatura con la que estoy

más familiarizada que otra, dentro de la cual selecciono las argumentaciones que me resultan más elegantes y lúcidas, y que utilizo como guías parciales para mis propios análisis. A pesar de este proceso de selección de entre lo que conozco, soy consciente de la inmensa laguna de literatura que existe más allá de las referencias que manejo habitualmente. Por desgracia, también en la investigación académica existen modas y términos más en boga que otros, lo que se une a cierta homogenización de la producción, debido a que ciertas referencias son más accesibles y, por lo tanto, a igual calidad, la probabilidad de que estas sean citadas es mayor, en detrimento de otras referencias igualmente buenas. La cuestión de la accesibilidad se debe en gran medida a la visibilidad de la referencia, lo que incluye el lugar y el idioma de producción de la misma. Existe una jerarquía en el mundo académico respecto a estas dos variables. Cualquier investigación tendrá mayor visibilidad si se publica en inglés que si se publica en español, e infinitamente mayor que si ha sido publicada en alguna lengua minoritaria. Esa diferenciación se inscribe en un marco que, como muestra Marisol de la Cadena, asigna calidad de manera diferente a la producción hecha en los centros —que no son necesariamente geográficos— y las periferias (2005). Existe, por lo tanto, una cuestión de jerarquía de la producción académica que debemos tener en cuenta. Para compensar tal jerarquización he hecho un esfuerzo consciente por empaparme de todo aquello que se ha escrito en México, consultando tesis de maestría y doctorado, así como publicaciones en papel cuyo acceso es limitado.

¿Y esto para qué dice que sirve? Implicaciones político-prácticas de la investigación

Las personas que nos dedicamos a la investigación social muchas veces nos encontramos confrontadas con la pregunta, ¿pero eso que tú haces, para qué vale? El tema de la aplicabilidad o las implicaciones prácticas directas de la investigación antropológica, sobre todo en temas de interés social como son las migraciones, no es fácil de gestionar. En una reciente

conferencia, Samuli Schielke (2014) puso sobre la mesa las tensiones y paradojas a las que como antropólogos tenemos que enfrentarnos. Para este antropólogo, la cuestión de la relevancia social de nuestras investigaciones, es decir, el tener algo que decir no sólo acerca de la sociedad sino *a* la sociedad, está vinculada con el hecho de que existe una enorme presión para convertir toda la investigación científica en departamentos de investigación para la economía o en material de consultoría para la elaboración de políticas (2014).

Igualmente enfrentamos —aunque esto no es algo que suframos en exclusividad, ya que, en cierta medida, la aceleración es una característica de la vida moderna— un "presentismo", una urgencia por servir a los intereses del momento, que entra en colisión con los tiempos y la manera de hacer de la práctica etnográfica. Al tratar de dar respuestas rápidas a situaciones sociales, corremos el riesgo de crear problematizaciones teóricas que, de hecho, no se encuentren vinculadas con la realidad social de la que supuestamente emanan. Frente a este presentismo y demandas de insumos para la toma inmediata de decisiones políticas, hay que oponer la necesidad de una libertad académica que permita no sólo aportar respuestas, sino explorar cuáles pueden ser las preguntas pertinentes. Preguntas que pongan en crisis las interrogantes que estamos acostumbrados a escuchar en los medios de comunicación y el mundo de la política (Schielke, 2014). Gran parte del papel de la investigación antropológica pasa, pues, por proporcionar nuevas preguntas a la sociedad.

Creo, por tanto, como Schielke, que hay que desmontar esas demandas de análisis simples, fragmentados, fácilmente digeribles y con aplicaciones prácticas directas. Como investigadores, esa no es nuestra función, lo que por supuesto no ha de implicar que nos desvinculemos de los aspectos prácticos de lo que escribimos. No es fácil mantener ese equilibrio complejo entre independencia y compromiso. Por supuesto, yo no tengo la respuesta a tal dilema, más allá de la reflexividad de plantear aquí la tensión y mantenerla presente en el curso de esta investigación. La vida humana es compleja, y complejas han de ser, por tanto, las reflexiones y análisis sobre la misma. Plantear que la pregunta tal vez no sea ¿por qué migrar?, nos permite explorar otras posibles preguntas y sus respuestas,

poniendo de manifiesto que nada es natural sino construido socialmente y, por ende, sujeto a cambio y contestación. Se abre la puerta a desmontar conceptualizaciones que pueden nutrir actitudes racistas frente a las personas migrantes, y que derivan de entender como sagrado e inmutable el vínculo entre territorio, pertenencia e identidad. Algo que en principio puede parecer tan abstracto y hasta con visos de mero pasatiempo académico, como es el hecho de preguntarnos por qué quedarse, puede ser, sin embargo, un potente mecanismo heurístico que pase por el ácido concepciones sobre la movilidad y las migraciones humanas que de tan normalizadas y sancionadas por la estructura del Estado-nación se nos presentan como inmutables.

Estilo y estructura del libro

El estilo de este libro es atípico. El mayor reto en su escritura ha sido, por un lado, que este texto fuera lo suficientemente agradable para ser leído con gusto sin dejar de ser del todo un texto académico. No quería dejarme someter demasiado por los requisitos estilísticos y de formato que impone la escritura académica. Era un corsé que ya había probado en la escritura de mi tesis doctoral y que me impedía realizar los movimientos con las palabras que yo quería. Encuentro también que, en ocasiones, el lenguaje literario, la metáfora o las imágenes poéticas tienen la capacidad de transmitir ideas complejas de una manera más potente que el lenguaje académico. En relación con las referencias, en aras de la fluidez en la lectura, he optado por no sobrecargar el texto con ellas.

A lo largo de todo el libro aparecen las voces de las personas de Zacualpan intercaladas con mis análisis y referencias académicas. Les cedo el espacio por completo en los retazos etnográficos que aparecen al inicio de los capítulos. En ese sentido, el debate en la antropología sobre la autoría de lo que escribimos viene de largo (Clifford, 1983). Sólo me gustaría apuntar aquí que, por primera vez en mi carrera investigadora, tenía la certeza de que algunas de las personas cuyas historias aparecían en lo que escribía iban a leer lo que había escrito sobre ellas. Los resultados de

mis anteriores investigaciones los había escrito en inglés y, a diferencia de esta vez, las personas con las que trabajé nunca mostraron ningún interés en leer lo que había escrito. Me llevó tiempo aceptar este hecho. Siempre es una gran responsabilidad que las personas dueñas de las palabras que nutren nuestros análisis sociales puedan leer lo que hemos escrito sobre ellas. Nunca jamás podré estar lo suficientemente agradecida por dejarme entrar en sus vidas de esa manera. Compartir no sólo sus vivencias presentes y pasadas, sino también sus reflexiones sobre esas experiencias, sus valoraciones y sus planes de futuro.

El libro está estructurado en seis capítulos. Este primer capítulo enmarca todo lo que se desgranará en el resto de páginas y expone el entorno amplio en el que se inscribe la reflexión —a nivel de México—, así como el contexto etnográfico propiamente dicho: Zacualpan. Igualmente, presenta de la manera más honesta posible el bastidor metodológico de la investigación. En el siguiente capítulo reflexiono sobre las ideas que subyacen a nuestra manera de hacernos preguntas cuando tratamos el tema de la movilidad humana, y cómo el modo en que planteamos las preguntas sesga o posiciona las posibles respuestas. Los capítulos tercero, cuarto y quinto recogen el análisis de la (in)movilidad desde tres niveles distintos. El tercer capítulo presenta al pueblo de Zacualpan en su conjunto como un mosaico conformado por distintas líneas de corte y fuga. El cuarto capítulo se centra en las familias, visualizándolas como marañas en las que sus miembros se encuentran entrelazados y sujetos a fuerzas que fomentan la movilidad, y a fuerzas que fomentan la permanencia, mientras activan estrategias para navegar a su favor tales fuerzas. El quinto capítulo explora maneras concretas de permanecer, mostrando cómo se vive la permanencia a nivel personal y encarnado. El libro cierra con el sexto capítulo, donde se recogen los elementos más destacados del análisis. Los datos sociodemográficos de las personas entrevistadas así como la guía de entrevista se encuentran en el anexo final.

Permítanme, para terminar este primer capítulo, volver a la entrada de Zacualpan, y sentarme a la sombra de las frondosas ramas verdes del Arbolito, con la espalda firmemente apoyada contra su ancho tronco, sobre las raíces ondulantes que sobresalen y difuminan la línea entre el suelo y subsuelo. Y aunque pareciera que siempre estuvo ahí, no es éste el primer Arbolito ni será con toda probabilidad el último. Mientras tanto, el viento ondea sus ramas, prolongaciones de raíces que sobrepasan la supuestamente incontestable frontera del piso.

Árboles sombreando un camino de Zacualpan
Fotografía: ©Arnau Ruiz de Villa

(In)movilidades

Estamos cansados del árbol.
No debemos seguir creyendo en los árboles, en las raíces
o en las raicillas, nos han hecho sufrir demasiado.
Gilles Deleuze y Félix Guattari
Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia

En este capítulo, a la manera clásica, se teje la urdimbre de hilos sobre la que se bordarán las experiencias y palabras de las personas de ese pequeño pueblo del centro de México, Zacualpan, respecto a irse y quedarse. Para ello parto de preguntas tan básicas, aunque no por ello menos relevantes, como: ¿qué es migrar?, ¿qué es quedarse? y, sobre todo, ¿cómo y desde dónde mirar ambas situaciones? Las siguientes páginas desglosan el esquema amplio que ha permitido guiar toda la investigación, que surge de un espacio físico y social concreto pero lo transciende. Son secciones aparentemente autónomas, que recogen el proceso analítico que me llevó a mirar como lo hago en la actualidad procesos concretos de (in)movilidad humana. Inicio con una digresión apenas balbuceante de las ideas subyacentes en los marcos hegemónicos que utilizamos para estudiar las migraciones, preguntando por sus consecuencias y posibles modos alternativos de orientar nuestro pensamiento. En la segunda parte del capítulo trato de identificar y desmenuzar las fuerzas de poder que asignan o niegan significado a nuestros movimientos, incluyendo las variables que afectan al reparto desigual de derechos a la movilidad y la inmovilidad.

Sedentarismo y nomadismo

El Museo Nacional de Antropología de México se encuentra en un imponente edificio construido ex profeso para albergarlo en la Ciudad de

México. Alrededor de un gran patio abierto se suceden las salas dedicadas a la arqueología, ordenadas de manera jerárquica en cuanto a espacio y localización en relación con lo que se denomina Mesoamérica, hasta llegar a la sala central de los mexicas de Tenochtitlán, a quienes se presenta como verdaderos antecesores de los mexicanos. La sala Mexica es la más grande, situada en la parte central del patio abierto, y la primera sala temática que se creó. En una posición mucho menos destacada, en el extremo derecho del patio, se encuentra la sala denominada Poblamiento de América; ahí, tenuemente iluminada y llena de dioramas, maquetas y restos óseos, podemos leer la siguiente cita:

> Ser cazador-recolector es un modo de vida eficiente: un individuo tiene que trabajar en promedio tres horas al día para asegurar su sustento, el resto del tiempo lo dedica a la crianza, hacer visitas o trabajar herramientas, en cambio, el agricultor trabaja en promedio ocho horas al día. La vida sedentaria hace que la gente viva entre sus desechos, por lo que aumenta la posibilidad de contraer enfermedades; la dieta se hace menos variada lo que propicia la desnutrición y las caries ("Transición del modo de vida cazadores-recolectores").

Mi sorpresa frente a esa explicación comparativa entre el modo de vida nómada y sedentario, y mi decisión de incluir la cita en esta sección se debe a que justamente lo habitual es que se presente el paso de un modo de vida nómada a uno sedentario como un gran avance: la gran Revolución neolítica. El hecho de que "la historia siempre se ha escrito desde el punto de vista de los sedentarios, en nombre de un aparato unitario de Estado" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 27) lleva a asumir por defecto que la evolución lógica es el paso de sociedades nómadas a sociedades sedentarias; sin embargo, vivir asentados implica trabajar más horas, vivir entre nuestros desechos y tener caries.

El sesgo sedentario que moldea las visiones hegemónicas sobre la evolución de las sociedades humanas no sólo permea nuestras construcciones históricas occidentales, sino que, como algunos autores han puesto de manifiesto, subyace a mucha de la producción académica sobre

migraciones y movilidad humana (Malkki, 1992). Dice Liisa Malkki que muchas de nuestras ideas sobre cultura y nación se encuentran asociadas a un sedentarismo muy poderoso que se da tan por sentado que resulta casi invisible (1992, p. 31). Esta misma autora muestra, para el caso concreto de las migraciones forzadas, las consecuencias que tiene el pensar la movilidad humana desde un punto de vista sedentario. Bajo un prisma sedentarista, la movilidad humana se construye como peligrosa y amenazante al orden y la seguridad nacional. En oposición, la inmovilidad pasa implícitamente a ser percibida como normal y necesaria para la seguridad política y personal (Glick Schiller y Salazar, 2013, p. 2). Quienes no migran no se han convertido en sujetos de estudio porque es migrar lo que se ha construido socialmente como la excepción, la anomalía potencialmente desestabilizante de las sociedades y que necesita ser explicada.

Pero existe otro punto de vista contrapuesto, el pensamiento *nómada* o *ambulante*, como lo denominan el filósofo francés Gilles Deleuze y su colega psicoanalista Félix Guattari, desde el cual, el punto de referencia no estaría en el territorio sino en quienes se mueven (2002, p. 188). "Y el sentido de la tierra no es el mismo: según el modelo legal, uno no cesa de reterritorializarse en un punto de vista, en un campo, según un conjunto de relaciones constantes; pero, según el modelo ambulante, el proceso de desterritorialización constituye y amplía el propio territorio" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 377). En la primera visión, la que toma al territorio sobre el que se reside o circula como el eje estructurador del pensamiento y las políticas, el pensamiento nómada no tiene cabida, más aun cuando en el mundo actual de los Estados ese territorio se encuentra además segmentado, compartimentalizado y privatizado. El movimiento sobre ese territorio se encuentra regulado en gran medida por los Estados, que clasifican quién y bajo qué condiciones puede utilizar las vías y caminos trazados. Por el contrario, si nuestro punto de partida es el flujo, estaremos interesados en mirar cómo se distribuye la población en un espacio-tiempo, como ésta circula. Desde la lente del flujo no hay caminos ni parcelas sobre las que transitar: "se hace camino al andar". Las fronteras, las cercas, son en todo caso móviles, temporales. Deleuze y Guattari oponen la imagen del desierto, con sus caminos efímeros,

puramente coyunturales que desaparecen después de cada tormenta de arena o bajo el movimiento inexorable de las dunas, a esa imagen aérea de los campos labrados, perfectamente parcelados formando un mosaico en tonos verdes. La función del "camino sedentario consiste en distribuir a los hombres en un espacio cerrado, asignando a cada uno su parte y regulando la comunicación entre las partes. El trayecto nómada hace lo contrario, distribuye los hombres (o los animales) en un espacio abierto, indefinido, no comunicante" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 385).

Con la presentación de los argumentos de Deleuze y Guattari en lo que a su pensamiento nómada se refiere, no ha sido mi intención llevar a cabo una defensa acrítica del modo de vida nómada, sino más bien cuestionar las visiones hegemónicas que utilizamos para pensar la movilidad humana. La ideología sedentaria dominante naturaliza la estasis, de la misma manera que el enfoque nómada naturaliza el movimiento:

> Desde una perspectiva sedentarista, la ausencia de migración es la norma y el ideal. Por el contrario, interpretar la ausencia de la migración en términos de inmovilidad puede implicar una normatividad diferente, bajo la que la migración se considera normal y deseable, la ausencia de la migración sería en este caso una condición indeseable (Jónsson, 2011, p. 5).

Se hace entonces necesario aplicar una lente que desnaturalice tanto el hecho de migrar como el de no migrar, puesto que tanto migrar como permanecer son procesos inscritos en un espacio-tiempo específico y construido socialmente. Toda investigación que derive de marcos normativos sedentaristas o nomadistas (es decir, que tomen la ausencia de movimiento como la norma o la excepción respectivamente) generará resultados sesgados, consecuencia de aplicar *a priori* lentes cóncavas o convexas que deforman la realidad a analizar. No podemos pasar de una lógica que considera excepcional el movimiento a una que haga lo mismo con su ausencia. Sustituir el sesgo sedentario por el pensamiento nómada no es, por tanto, la solución, porque el problema de base es más profundo aún. El cuestionamiento correcto, a mi entender, sería empezar a plantearnos la adecuación de construcciones autónomas de migrar y

permanecer. ¿Son ambos procesos opuestos? ¿Podemos pensar fuera del binario en lo que a (in)movilidades humanas se refiere? Mi utilización del término *(in)movilidades*, en plural y en el que, mediante el uso de paréntesis, caben ambos procesos simultáneamente, es una buena pista de mi respuesta a la pregunta.

El problema de las dualidades

Algo tan sencillo —o tan complicado— como sustituir *o* por *y*; el esto *o* lo otro, por el esto *y además* lo otro. Dejar de pensar en moverse o quedarse, sino en moverse y además quedarse, en quedarse yéndose, en irse para quedarse y todas las demás combinaciones. Movilidad e inmovilidad como procesos indisolublemente trabados: "Una prepara la otra, y ésta se vale de la primera y la conserva, […] antitéticas y complementarias, se necesitan la una a la otra" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 380). Sin embargo, gran parte del pensamiento occidental gira en torno al *o*, estructurándose en torno a dualidades. Por eso dividimos conceptualmente a las personas entre migrantes y no migrantes. Por esa misma lógica dualista encontramos también difícil analizar situaciones de movilidad e inmovilidad como un todo.

Según Deleuze y Guattari, la imagen del árbol ha inspirado gran parte del pensamiento occidental (2002, p. 23). Los árboles a los que aluden estos autores en el epígrafe del capítulo, los que tanto nos han hecho sufrir, se basan en un tipo de representación arborescente específica: los árboles genealógicos; es decir, la representación visual de cómo entendemos las relaciones de parentesco en nuestras sociedades occidentales. Estos árboles les sirven de metáfora para criticar un modo de pensamiento dualista, unidireccional y, sobre todo, profundamente jerárquico. Pero la imagen del árbol que se utiliza, además de dualista es diagramática: árboles apenas reducidos a su raíz. La idea de raíces empapa muchas de nuestras concepciones sobre identidad y pertenencia, y por ende, nuestras ideas sobre movilidad e inmovilidad humana. El concepto metafórico de tener raíces da lugar a marcos de pensamiento en los cuales

se vincula íntimamente a las personas con los lugares físicos (Malkki, 1992, p. 24). "Las personas son a menudo consideradas, y se piensan a sí mismas, como enraizada[s] en un lugar y derivando su identidad a partir de ese arraigo" (Malkki, 1992, p. 27). Esta idea de raíces, el entender la pertenencia como indisolublemente ligada a un suelo, de vernos enraizados no en otros, sino en un territorio, tiene consecuencias en la manera en la que entendemos la movilidad humana.

La construcción territorial de las raíces se complementa con una visión histórica de las mismas. Las raíces también se extienden en el tiempo hacia atrás, en busca de pasados de referencia más "puros", con base en una supuesta homogeneidad cultural y étnica (Smith, 1986, p. 5, citado en Malkki, 1992, p. 28). Esta idea temporal de las raíces hacia ese supuesto pasado, ideal e idealizado, esencializa y genera visiones monolíticas de lo que en realidad son procesos: la identidad, la cultura, el territorio, las migraciones, las permanencias… la vida. Esta concepción de las raíces en el espacio físico y el tiempo pasado impide pensar con base en criterios más *fuzzy*, indeterminados, de límites borrosos e imprecisos, que en realidad se superponen tanto en el tiempo como en el espacio.

Frente al pensamiento arborescente, jerárquico y unidireccional que nos impide pensar fuera de la dualidad, Deleuze y Guattari proponen la imagen de los rizomas (2002). Los rizomas, esos bulbos de formas grotescas sin una única entrada o salida clara, nos permiten pensar fuera del pensamiento dualista del árbol. "El árbol es filiación, pero el rizoma tiene como tejido la conjunción y… y… y…" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 29). La propuesta deleuziana es seductora y potencialmente relevante para pensar cuestiones de movilidad, identidad y pertenencia. Partiendo del rizoma construido sobre la conjunción "y", Eva Aldea, por ejemplo, aplica la lógica deleuziana a cuestiones de identidad, lo que le permite romper concepciones monolíticas y excluyentes de ese concepto: "una relación nómada con el lugar que se habita es una relación cambiante, múltiple y superpuesta" (Aldea, 2014). Deleuze y Guattari (2002, p. 15) utilizan la imagen de la orquídea y la avispa para ilustrar una relación rizomática: a la vez que la avispa desterritorializa a la orquídea al portar su polen, la orquídea reterritorializa a la avispa al hacerla parte de su

aparato reproductor. Simultáneos movimientos de desterritorialización y procesos de reterritorialización. Como los habitantes de Zacualpan, que se van pero llevan a la vez raíces en sus pasos, como decía el maestro Emiliano, desterritorializando la idea de Zacualpan como lugar social, a la par, los habitantes de Zacualpan que se quedan, y en tanto siguen socialmente unidos en el mismo tejido que quienes se fueron, reterritorializan a quienes se han ido.

La propuesta de pensar con base en la conjunción *y* nos permite comenzar a plantearnos la movilidad humana fuera del corsé mental del pensamiento dualista. Se abre la puerta a superar clasificaciones excluyentes entre migrar o no migrar, a difuminar separaciones rígidas entre aquellas personas que son definidas como migrantes y quienes no, y empezar a analizar estas situaciones como procesos conjuntos de (in) movilidad. En línea con la argumentación deleuziana, (in)movilidades entendidas no como árbol genealógico con preponderancia de sus raíces, sino como una maraña rizomática entre raíces y ramas, interdependientes: lo mismo pero a la vez distinta cosa. Porque en realidad la representación del árbol genealógico tiene poco de esos árboles que nos encontramos en la naturaleza, que desbordan en su variedad la imagen del árbol genealógico.

Podemos pensar Zacualpan, como espacio geográfico, pero sobre todo social, con base en "líneas de articulación o de segmentaridad, estratos, territorialidades; pero también líneas de fuga, movimientos de desterritorialización y de desestratificación" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 9), que dan lugar a procesos simultáneos de territorialización y desterritorialización. Personas que se van y personas que se quedan. Personas móviles y personas inmóviles. Como un gran árbol en el que las raíces necesitan de la flexibilidad de las ramas cuando sopla el viento y vienen mal dadas para que éste no arranque las raíces. Ramas que necesitan las raíces para conseguir parte del sustento y anclan a unos otros que son nosotros en un mundo cambiante. Ante la necesidad de ir más allá de la división analítica entre migrar o no (Jónsson, 2008, p. 10), es hora de pensar en términos de *(in)movilidades*.

Fronteras significativas

Pensar y operacionalizar nuestro pensamiento con base en el concepto de (in)movilidades nos permite analizar las migraciones y las permanencias como procesos indisolublemente trabados en un marco único. Este planteamiento, sin embargo, no elude la pregunta acerca de qué es moverse y qué no lo es. ¿Qué ha sido definido como migraciones y qué como permanencias? Como nos recuerdan Noel B. Salazar y Alan Smart: "la gente se mueve todo el rato pero no todos los movimientos son igualmente significativos ni tienen el mismo impacto en nuestras vidas" (2011, p. v). Así, pues, aunque consideremos la movilidad como una característica constituyente de la vida humana —en tanto somos seres equipados con cuerpos anatómicamente preparados para el movimiento—, no todos nuestros movimientos espaciales son socialmente significativos. Propongo aquí una revisión de la definición de migraciones y movilidades que, de manera implícita, se ha desarrollado hasta ahora, fruto de nuestras investigaciones, para poder dilucidar qué movimientos se han construido como significativos y cuáles no. Un rápido repaso a las movilidades que han recibido atención académica nos permite vislumbrar, por un lado, qué movimientos son significativos, pero más importante aún, tratar de entender qué hace que esos movimientos sean significativos.

A pesar de estar en la base del poblamiento del planeta y ser el proceso fundacional de naciones actuales como Estados Unidos o Australia, la academia mostró poco interés por las migraciones con anterioridad al siglo xx (Lüthi, 2010, p. 5). Con posterioridad, la atención académica prestada a los distintos tipos de movilidad humana en el espacio ha cambiado drásticamente. Una burda categorización cronológica nos permite identificar tres grandes etapas basadas en los distintos intereses de investigación. De las migraciones internas en los países periféricos, que fueron un tema de estudio candente en la primera mitad del siglo xx, el interés pasó con fuerza a las migraciones internacionales, sobre todo a partir de la década de 1970. En el siglo xxi los intentos se centran en ampliar el rango de movimientos humanos susceptibles de ser analizados bajo el mismo prisma amplio, el de la movilidad.

Las migraciones internas fueron tema de investigación importante para disciplinas como la demografía o la geografía humana en los inicios del interés en la movilidad humana. Destacaron los estudios sobre migraciones de zonas rurales hacia las ciudades y los procesos de urbanización asociados, sobre todo en los países del Sur Global (ver, por ejemplo, el trabajo ampliamente citado de Todaro, 1980). Estas investigaciones tenían una clara aplicabilidad en las decisiones de los planificadores urbanos y los gestores del desarrollo. En esta etapa, y en gran medida a consecuencia de esas migraciones internas del campo a la ciudad, surgen las grandes megalópolis, como la Ciudad de México, que actuaron —en cierto casos aún es así— como focos de atracción de población. Es patente una preocupación acerca de la distribución desigual de la población sobre el territorio y los desequilibrios que esto puede generar. Existe la suposición subyacente, y nunca declarada explícitamente, de que el desarrollo de un país en su conjunto es de interés internacional, en comparación con el desarrollo desigual doméstico, que se percibe como un asunto interno de cada país. En la actualidad, como Andreas Wimmer y Nina Glick Schiller argumentan, "la migración interna […] no se considera un problema que merezca especial atención y, o bien pasa completamente desapercibida o es vista como parte del estudio de los procesos de urbanización" (2003, p. 585). Por desgracia, mucha de la producción académica sobre migraciones internas no ha sido considerada por los estudios posteriores sobre migraciones.

En las últimas décadas del siglo xx los estudios sobre migraciones internacionales coparon gran parte de la agenda de investigación y financiación. Como King y Skeldon establecen, "migración de alguna manera pasó a significar exclusivamente migración internacional" (2010, p. 1620). Los ejemplos de libros más influyentes del siglo pasado sobre migraciones apuntados en el trabajo de esos dos autores son reveladores, ya que aun teniendo la palabra migraciones en el título, se limitaban al estudio y teorización de las migraciones que cruzan fronteras internacionales. El manual clásico de Stephen Castles y Mark J. Miller, *The Age of Migration* (1993); el *Cambridge Survey of World Migration,* de Robin Cohen (1995), o el libro de Caroline B. Brettell y James F. Hollifield, *Migration*

Theory: Talking across Disciplines (2000), están todos ellos, pese al título, centrados en las migraciones internacionales. Como ya mencioné en el primer capítulo, esos mismos autores demuestran que estamos ante otra dicotomía, migraciones internas versus migraciones internacionales, que limita nuestra capacidad de pensar holísticamente el fenómeno de las migraciones humanas (King y Skeldon, 2010).

En la actualidad nos encontramos con que la inclusión de más formas de movilidad humana como objeto de estudio pertinente ha generado que en ciertos entornos se prefiera hablar de estudios de movilidad humana en lugar de estudios sobre migraciones. Se han expandido los tipos de movilidad humana susceptibles de ser estudiados y la manera de enfocarlos, bajo un posible cambio paradigmático en lo que ciertos autores implicados gustan denominar el "Nuevo Paradigma de las Movilidades" (Sheller y Urry, 2006). Para estos autores, en su mayoría en la órbita del que fuera sociólogo en la universidad británica de Lancaster, Jonh Urry, el mundo actual es hipermóvil, con ideas, personas, objetos y culturas en continuo flujo. La movilidad es para estos autores el hecho central y definitorio del mundo posmoderno (Cresswell, 2011, p. 551). Independientemente de que nos encontremos ante un cambio de paradigma o no, dentro de esta corriente algunos autores han comenzado a incorporar la estasis, las amarras, los anclajes, la quietud y la inmovilidad en sus estudios sobre movilidades (Bissell y Fuller, 2011; Cresswell, 2012; Hannam, Sheller y Urry, 2006).

Este recorrido rápido por los principales objetos de investigación —de las migraciones internas, a las internacionales y a las movilidades— nos permite apreciar el proceso de "nacionalización" del estudio sobre las migraciones, que implica, entre otras cosas, la atención preponderante dada a las migraciones internacionales y la utilización de los Estados-nación como las unidades de estudio por defecto, lo cual deriva, entre otros motivos, de los sistemas nacionales de financiación de la investigación y, en última instancia, de la lógica sedentaria que conforma las ideologías estatales.

Ver los movimientos que han merecido atención académica nos permite empezar a indagar en los procesos que han dado lugar a que

esos movimientos humanos en concreto, y no otros, hayan sido construidos como objeto de estudio. A grandes rasgos, encontramos que sólo son relevantes aquellas movilidades que superan fronteras específicas. Es el cruce de ciertos bordes —que podríamos denominar "fronteras significativas"— lo que otorga significado al movimiento. Los procesos a través de los cuales ciertos espacios son definidos como bordes significativos no son casuales ni inocuos, sino que están imbricados en lógicas de poder. Los Estados-nación son un elemento central en estos procesos de creación de fronteras significativas. En general, las instituciones dotan de significado a los límites políticos-administrativos que delimitan el territorio sobre el cual tienen soberanía. Con base en el ideal de sedentarización y asentamiento, el Estado pretende ser la imagen interiorizada de un orden del mundo y enraizar al hombre (Deleuze y Guattari, 2002, p. 28). Es por tal motivo que el Estado moderno busca acabar con el nomadismo y controlar las migraciones, y consecuentemente, las fronteras nacionales se han erigido en la actualidad como fronteras altamente significativas.

Se hace necesario complementar el rol, importante aunque no exclusivo, que los Estados tienen en la creación, refuerzo y mantenimiento de fronteras significativas, y evitar el reduccionismo que implica considerar únicamente los límites político-administrativos como delimitadores válidos para categorizar la movilidad humana. Si ya vimos que el sesgo sedentarista subyacente a mucha de la producción en las ciencias sociales había llevado a concebir la movilidad humana como una situación problemática y necesitada de explicaciones —y por ende la inmovilidad como una situación natural sin necesidad de ser estudiada—, en esa identificación excluyente del papel del Estado en la creación de fronteras significativas —reducidas éstas a las fronteras internacionales— podemos intuir de igual manera un sesgo nacionalista. Desde las ciencias sociales, y especialmente en nuestras investigaciones sobre migraciones, hemos caído demasiado habitualmente en la trampa del nacionalismo metodológico. Este concepto, definido como tal por Wimmer y Glick Schiller (2003), se refiere a la naturalización del régimen global de Estados nacionales por las ciencias sociales. Esta crítica tiene un recorrido

más largo, ya que mucho antes de que estos autores desarrollaran la idea del nacionalismo metodológico —que ha sido un punto de inflexión aún sin aplicar del todo— en los estudios sobre migraciones, Deleuze y Guattari ya habían avisado que "el aparato de Estado constituye la forma de interioridad que habitualmente tomamos como modelo, o según la cual pensamos habitualmente" (2002, p. 362).[1]

Por suerte, en el siglo XXI estamos asistiendo a un replanteamiento que aboga por eliminar la frontera de los Estados-nación como delimitadora primordial o única de las unidades de estudio a priori. En 1994, Basch y sus colegas "abrieron" el Estado-nación para llamar la atención sobre el hecho de que la experiencia vivida de las personas migrantes a menudo transcendía los límites impuestos por éste (Basch, Glick Schiller y Blanc, 1994). Muchas personas migrantes no se encuentran confinadas dentro de los límites de su Estado-nación de residencia, sino que viven en espacios sociales transnacionales que se superponen a las fronteras nacionales. En mi trabajo etnográfico en los Andes ecuatorianos era sorprendente el nivel de conocimiento que tenían los familiares directos de migrantes en Estados Unidos del día a día de éstos (Mata-Codesal, 2012). Estaba claro que todas esas personas vivían en un mismo espacio transnacional que emergía de las realidades cotidianas y locales de cada cual, tanto en Ecuador como en Estados Unidos, pero que, aunque se nutría de ellas, se convertía en algo diferente en el proceso de mezcla. El enfoque transnacional de las migraciones ha servido para poner de manifiesto el hecho de que el nacionalismo metodológico está ampliamente asentado en las ciencias sociales, y especialmente en la investigación de la experiencia migratoria (Wimmer y Glick Schiller, 2003). Las consecuencias de este reduccionismo para los estudios sobre movilidad humana son importantes, puesto que esta estrechez metodológica ha generado que un rango amplio de movilidades humanas no haya recibido atención académica. Los autores en la

[1] La edición que utilizo del trabajo de Deleuze y Guattari en español es de 2002; sin embargo, la obra original fue escrita en 1986, precediendo en más de una década al concepto de nacionalismo metodológico como tal.

órbita del Nuevo Paradigma de las Movilidades avanzan en esta línea, incorporando distintos tipos de movilidades susceptibles de ser analizados, borrando fronteras de análisis largamente establecidas —entre, por ejemplo, migraciones y movilidad, entre turismo y migraciones, o entre movilidad diaria y cambio residencial—, y sobre todo incorporando la premisa básica de que la movilidad es una de las características definitorias del mundo actual.

Una posible manera de evitar (o minimizar) la presencia del nacionalismo metodológico es trabajar con herramientas conceptuales de amplio espectro, como sería la de las "fronteras significativas", y analizar qué variables dotan de significación a ciertos bordes y no a otros en situaciones etnográficas concretas, a la vez que inscribimos esas variables en estructuras de poder más amplias. Además, más allá de consideraciones geográficas, existen procesos que operan de manera sutil, pero no por ello menos eficaz, en los procesos de asignación de significados. Las ideologías de género, por ejemplo, despliegan sus efectos de manera invisible en estos procesos: cruzar un borde significativo no tiene las mismas connotaciones para hombres que para mujeres. Como veremos en el caso de Zacualpan, existen movilidades sobre bordes significativos que, no obstante, no se perciben socialmente como migraciones y que, por tanto, no son interiorizadas como tales por las personas involucradas. El ejemplo más claro deriva de la pauta de residencia virilocal tras el matrimonio, presente en Zacualpan, así como en muchas otras zonas del mundo. Irse a vivir a la casa del marido tras la boda significa que aunque este cambio de residencia implique cambiar de estado —de Guerrero a Morelos por ejemplo—, el motivo y sobre todo las características sociales del sujeto que se mueve disipan esa frontera. Lo que bajo otras circunstancias sería un borde significativo no da lugar en este caso a un movimiento considerado socialmente como migración. Vemos, pues, cómo la asignación de significación a los bordes no es un proceso cerrado ni, más importante aún, aplica sus efectos por igual a todas las personas. Se hace, pues, ineludible analizar los procesos que convierten las fronteras en fronteras significativas y a la movilidad sobre ellas en migración.

Poder y régimen global de (in)movilidad

—Cuando yo uso una palabra —insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso— quiere decir lo que yo quiero que diga…, ni más ni menos.
—La cuestión —insistió Alicia— es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
—La cuestión —zanjó Humpty Dumpty— es saber quién es el que manda…, eso es todo".
Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*

Como ha comenzado a ponerse de manifiesto en la sección anterior, una cuestión clave, como Humpty Dumpty dice a Alicia, son las relaciones de poder. Éstas son especialmente importantes en el estudio de las (in) movilidades. Como he mostrado, la facultad para asignar significación al movimiento viene dada por la capacidad para asignar significación al borde, al punto de cruce. Pero las relaciones de poder en el estudio de la (in)movilidad humana plantean otras preguntas que no debemos obviar: ¿quién tiene la capacidad para definir quién es móvil y quién es inmóvil? ¿Cómo se define quién tiene derecho a cruzar qué fronteras significativas? O en términos más academicistas para el estudio que nos compete, ¿qué variables son relevantes en la distribución de los derechos a la movilidad y la inmovilidad a diferentes escalas? Como dice Jaume Franquesa, crítico con el énfasis celebratorio de la movilidad inherente al Nuevo Paradigma de las Movilidades, "el poder no es tanto un atributo de las personas móviles, sino un atributo de quienes pueden decidir quién es móvil y quién es inmóvil" (2011, p. 1024). Aplicar un enfoque de poder nos permite poner de manifiesto el hecho de que la movilidad y la inmovilidad no están relacionadas entre sí de manera aséptica y simétrica, sino que derivan y se enmarcan dentro de una matriz de relaciones jerárquicas y jerarquizantes en el contexto amplio de la actual globalización, en lo que Glick Schiller y Salazar han denominado regímenes de (in)movilidad (2013). Como estos mismos autores establecen, existe la necesidad imperiosa de situar

"la continua dinámica entre las situaciones de permanencia y las de la movilidad dentro de situaciones de desigualdad de poder" (Glick Schiller y Salazar, 2013, p. 188). Así, pues, desde las ciencias sociales, nos encontramos con la necesidad de desarrollar marcos teóricos que nos permitan concebir la migración y la movilidad geográfica conjuntamente con la inmovilidad y las permanencias humanas, y a ambos pares como indisolublemente asociados aunque jerárquicamente relacionados.

Para responder a la pregunta de quiénes tienen derecho a la (in) movilidad y bajo qué condiciones es precisa una mirada global que sitúe ambos procesos en la actual fase capitalista. El capitalismo globalizado y la (in)movilidad humana están estrechamente vinculados, pero de manera compleja. Al mismo tiempo que el modo de producción capitalista promueve la libre circulación de capitales y mercancías, también ha establecido mecanismos de filtrado con el fin de seleccionar, controlar y disciplinar la movilidad de los trabajadores (Aquino y Varela, 2013, p. 7). El ejemplo más claro lo encontramos en el contexto actual de la migración internacional, en el que las barreras a la movilidad más obvias —las políticas restrictivas de inmigración de los países de destino— no son en realidad monolíticas, sino que se aplican selectivamente a grupos específicos. El fin de esas políticas restrictivas no es, desde luego, el bloqueo indiscriminado y la eliminación de la movilidad sobre las fronteras internacionales, sino más bien el establecimiento de sistemas de atribución de derechos que establezcan quién está autorizado —y por tanto, legalmente sancionado— a qué tipo de movilidad o inmovilidad. Utilizo aquí el ejemplo de las migraciones internacionales porque son las que más atención han recibido y porque es donde resulta más fácil identificar los efectos del régimen global de (in)movilidad. Eso no quiere decir que procesos más sutiles pero de signo similar no ocurran en otras escalas geográficas.

En el famoso editorial de *Mobilities, Immobilities and Moorings*, Kevin Hannam, Mimi Sheller y John Urry establecen que "no existen incrementos lineales en fluided sin extensos sistemas de inmovilidad" (2006, p. 3). Como Jørgen Carling (2002) identificó inicialmente en el caso de Cabo Verde, el actual régimen de movilidad genera un creciente

número de personas que se encuentran inmovilizadas porque carecen de los medios para migrar internacionalmente. La "era de las migraciones" es también la era de la inmovilidad involuntaria. Nos encontramos así con toda una variedad de movilidades no permitidas que dan lugar a la existencia de inmovilidades involuntarias o forzadas, fruto de procesos de inmovilización. Se hace, pues, necesario no perder de vista la existencia de esa matriz de movimientos autorizados y no autorizados que se aplica de manera diferenciada sobre distintas personas. Por ejemplo, en un contexto de migración internacional, las barreras más evidentes a la movilidad de ciertos grupos de personas son las políticas de control migratorio de los países de destino que "inmovilizan" a determinados colectivos al impedirles la movilidad internacional legal.

No obstante, la falta de derechos para migrar de manera regular no detiene la migración, sino que aumenta la vulnerabilidad de las personas obligadas a migrar de manera irregular. De ahí que las políticas de inmigración restrictivas sirvan para disciplinar a una subclase de trabajadores —aquellos en situación legal irregular— negando sus derechos básicos e incluso presencia física. Mantener en situación irregular a una parte de la fuerza de trabajo permite que los países de residencia eviten los costes de reproducción de esos trabajadores, transfiriéndolos a sus países de origen. Una consecuencia frecuente es que, para aquellas personas que no están legalmente autorizadas a migrar pero logran hacerlo, la migración irregular a menudo implica que alguien tiene que permanecer para que ellas puedan moverse, bien cuidando a las personas que dependen de ellas, gestionando las propiedades o recursos enviados, etc. Con esta argumentación podemos leer el establecimiento de vidas familiares transnacionales y el desarrollo de cadenas globales del cuidado formadas por personas migrantes y no migrantes. El vínculo entre irregularidad jurídica y la necesidad de desarrollar vidas familiares transnacionales no ha sido, a mi entender, lo suficientemente enfatizado hasta la fecha.

Dependiendo de la inserción concreta de cada persona o grupo social en ese régimen de (in)movilidad, se establece la atribución específica de derechos de movilidad e inmovilidad. A una inserción más alta en la jerarquía, mayores derechos, lo que se traduce en un aumento de

capacidades para elegir, en primer lugar, si moverse o no, y en segundo lugar, e igualmente importante, bajo qué condiciones hacerlo. Aquellas personas dotadas con derechos a la (in)movilidad limitados se enfrentan a situaciones que en algunos casos las inmovilizan en contra de su voluntad, mientras que, en otros casos, las movilizan de formas no deseadas. Por consiguiente, es necesario analizar los procesos de (in) movilización indeseada en juego: personas que queriendo moverse no pueden hacerlo, personas que queriendo permanecer se ven obligadas a moverse, personas que se ven obligadas a moverse en condiciones que no desean y personas que aun permaneciendo no pueden hacerlo de la manera que les gustaría. Todas estas situaciones, creadas con base en procesos imbricados de movilidad e inmovilidad, están presentes en el caso de Zacualpan.

La nacionalidad, el pasaporte que cada uno posee —o que nos posee— es una variable clave para entender el lugar de inserción en el régimen global de (in)movilidad que establece quién tiene el derecho a qué tipo de movilidad o inmovilidad. Una consultoría sobre temas de residencia y ciudadanía ha publicado recientemente un índice con los mejores y peores pasaportes con base en la libertad de movimientos internacionales que éstos otorgan a sus titulares (Henley y Partners, 2014). En él, los países han sido ordenados en función del número de países que permiten la entrada de sus nacionales sin necesidad de obtener visado. Según este informe, los cinco mejores pasaportes pertenecen a Finlandia, Alemania, Suecia, Estados Unidos y el Reino Unido, ya que 174 países del mundo permiten la entrada a sus nacionales sin visado. El peor sería Afganistán, pues a las personas con pasaporte afgano sólo se les permite la entrada sin visado en veintiocho países. Con pasaporte mexicano se puede entrar sin visado en 133 países; desde luego, Estados Unidos no es uno de esos países.

Pero la variable nacionalidad aparece cruzada con la variable clase socioeconómica, que matiza en gran medida a la primera y supera lógicas estatales. Pensemos en los estudiantes internacionales que pueden permitirse estudiar en el extranjero, o las elites ricas del Sur Global, quienes son, de hecho, bienvenidos en las universidades y centros turísticos del

Norte Global. Es decir, no sólo las nacionalidades determinan nuestros derechos a la (in)movilidad, también, y como consecuencia del capitalismo que segmenta a las personas, somos asignados a cierta clase social y económica que moldea en gran medida ese primer derecho a moverse o no basado en la nacionalidad. La matriz de movimientos autorizados y no autorizados se aplica de manera diferente a distintas personas más allá de su nacionalidad. El mismo pasaporte mexicano no tiene idéntico valor para todos los habitantes de Zacualpan.

Recientemente, Nicholas van Hear revisando trabajos suyos anteriores, ha hecho un llamamiento a incorporar la clase como una variable relevante a la hora de explicar las rutas y modos de migración, ya que "los patrones y resultados de la migración son moldeados por los recursos que los migrantes pueden movilizar, y esos recursos están determinados en gran medida por su entorno socioeconómico" o, en breve, por su clase (Van Hear, 2014, p. 101). Van Hear operacionaliza el concepto de clase siguiendo a Bourdieu, entendiendo así ésta como la disponibilidad de diferentes formas de capital económico, social, cultural y simbólico. Los destinos, según este autor, se jerarquizan para los migrantes en función de los recursos en términos de capital económico y social a los que puedan recurrir; como consecuencia, el acceso a los destinos más prósperos y deseables se limita a aquellos migrantes con mejores recursos (Van Hear, 2014, p. 111). Sin embargo, los datos etnográficos de la investigación en Zacualpan matizan esta afirmación, ya que a diferencia de lo que establece este autor, no siempre mayores recursos llevan a migrar más lejos o a destinos más deseables. El dónde tiene que ser complementado con el cómo. Como veremos en el caso de Zacualpan, de hecho, son aquellas personas con menores capitales para quienes la migración internacional —en este caso irregular a Estados Unidos— se constituye en parte pivotante de sus proyectos de vida. Al contrario, aquellas personas zacualpenses con mayores capitales económicos y educativos no recurren a ese tipo de movilidad —sobre todo en relación a cómo moverse en términos legales—, sino que despliegan estrategias migratorias dentro de México. En ambos casos, las estrategias están complementadas, o más bien afianzadas o permitidas, por distintos tipos de inmovilidad.

Repito, pues, que no se trata sólo de adónde migrar, sino sobre todo de qué manera hacerlo. Como decía Xóchitl: "si yo ya me iría al otro lado [Estados Unidos, donde están sus dos hijos varones], pero así no, sin papeles, no".

Podemos preguntarnos en qué contextos y bajo qué condiciones es el derecho a la movilidad un recurso localmente deseable y valioso, y en cuáles lo es el derecho a la inmovilidad. La dotación desigual de poder genera que la movilidad y la inmovilidad/permanencia sean, dependiendo del contexto, recursos valiosos asimétricamente repartidos. Varios autores han teorizado sobre la "cultura de la migración" (Ali, 2007; Cohen, 2004; Horvath, 2008; Wilson, 2010). Migrar, bajo condiciones específicas, a lugares concretos y con una alta diferenciación por género en cuanto a las expectativas, aparece como un rito de paso ineludible para alcanzar la mayoría de edad social en los entornos donde existe una cultura de la migración y donde, por tanto, los incentivos para migrar son muy fuertes. Consecuencia de nuevo de la metafísica sedentarista que impregna nuestras concepciones de la vida humana, la situación complementaria, es decir, la "cultura de la permanencia" no se ha teorizado, pues se entiende que permanecer es una opción por defecto. Podemos, sin embargo, entrever ideas en esa dirección cuando Tomas Hammar y colaboradores hablan de las razones para no migrar, entre las que incluyen las ventajas del *insider* que se perderían por moverse (Hammar *et al*., 1997). La pregunta amplia que permitiría dar cabida tanto a la presencia de una cultura de la migración como a una de la permanencia es la que hace referencia a la relación entre la (in)movilidad social y geográfica. Estamos obligados a analizar la relación que se desprende en cada caso entre movilidad física/geográfica y movilidad social.

Por último, en lo que a relaciones de poder se refiere, es importante remarcar que, incluso en situaciones de inserción precaria en el régimen global de (in)movilidad, la agencia de las personas involucradas encuentra modos creativos de moverse en el marco de posibilidades de (in)movilidad creado por esas poderosas fuerzas estructurales. Como veremos en el caso de Zacualpan, la agencia de estas personas se despliega en forma de estrategias para conseguir buenas vidas, que incluyen diferentes

articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad. Los relatos etnográficos nos permiten encarnar estas tensiones y estrategias, y analizar contextualizadamente las distintas maneras en las que se gestiona la tensión entre el deseo de migrar y la falta de habilidad para hacerlo, y viceversa, el deseo de permanecer pero la incapacidad para hacerlo.

Los que se quedan

Los que se quedan es el nombre de un documental mexicano que, de manera intimista y basado en nueve historias en distintos estados mexicanos, explora la cotidianidad de la ausencia que genera la migración a Estados Unidos en las personas que permanecen en sus lugares de origen (Rulfo y Hagerman, 2009). Quienes permanecen son, por una vez, a diferencia de en la mayoría de la producción cinematográfica que se centra en las personas migrantes, protagonistas indiscutibles. También a nivel académico las personas que se quedan han recibido atención en México gracias a trabajos que, aunque no tomen a estas personas como el centro de la investigación, sí han generado interesantes análisis (muchos de ellos de naturaleza etnográfica) sobre la relación entre las personas migrantes y sus hogares y comunidades de origen. A diferencia de los espacios académicos anglosajones donde se multiplican los estudios sobre diversidad e integración (espejando su asignada cualidad de lugares de destino), en México, como espacio de inicio de muchas movilidades internacionales, los estudios sobre migraciones en los lugares de origen y la construcción de espacios transnacionalizados tienen una larga trayectoria y han dado lugar a partos analíticos de gran riqueza que ponen de manifiesto la necesaria connivencia entre quienes llevan a cabo la migración física y quienes no.

Esta distinción me permite apuntar una reflexión acerca de lo que realmente se mueve. ¿Son sólo los cuerpos? ¿También las mentes? El supuesto es que sólo los cuerpos cuentan; sin embargo, también nuestras mentes se mueven o no se mueven, generando a menudo que el espacio físico donde se encuentran no corresponda con su espacio social o de

cotidianeidad. Esto es particularmente evidente en el caso de las familias transnacionales, que aun sin compartir un mismo espacio físico, sí conviven en un espacio social de cotidianeidad tejido con los quehaceres diarios de cada uno de sus miembros, aunque estos ocurran en espacios geográficos distintos (Ariza y Oliveira, 2004; Arias, 2013). En ocasiones, quienes no viven en Zacualpan nunca dejaron de vivir allí al seguir alineando sus vidas con las del resto de personas de la comunidad; mientras que quienes nunca salieron del pueblo en muchos sentidos también migraron aunque no mediara movimiento físico. De nuevo toca trabajar sobre otra dicotomía bien asentada, la que divide cuerpo y mente. Esta reflexión nos permite pensar acerca de la relación entre la experiencia vivida (o encarnada) de la inmovilidad y la construcción social de la misma, que, como veremos, están relacionadas y no son iguales para todas las personas.

Centrar el análisis en las personas que no llevan a cabo la migración física nos permite formular preguntas que desnudan marcos ideológicos subyacentes. Entre otras cuestiones, podemos preguntarnos, por ejemplo: ¿Qué imaginarios y discursos asociados a la idea de inmovilidad/permanencia son predominantes en la actualidad no sólo en México, sino de manera global? ¿Qué variables son potencialmente relevantes en la creación de la imagen de quien queda? Una primera respuesta sería que no podemos hablar de una construcción sociocultural única de la inmovilidad, sino que distintas variables llevan asociadas distintas significaciones. Variables como el género, la edad, el nivel educativo o la etnicidad proyectan significados variados sobre la imagen de la inmovilidad. Hombre joven, sano, en edad de trabajar, con pocos estudios y de origen rural; esta imagen es la caricatura que se genera por defecto al poner cuerpo a la palabra migrante en México. Es, por supuesto, una imagen tipo, irreal, que no corresponde con una realidad mucho más compleja y diversa. La imagen social y predominante del "migrante tipo" nos habla de una imagen opuesta, la del "inmóvil deseado". No es casual que la mayor parte de los estudios sobre los *left behind* haga referencia a los hijos menores de edad, esposas o padres ancianos de las personas migrantes (como ejemplos se pueden citar Cortés, 2007; de la Garza,

2010; King y Vullnetari, 2006). Ciertas inmovilidades se construyen culturalmente asociadas a ciertas características grupales como la edad (se tiende a considerar inmóviles a los niños pequeños y los ancianos en oposición a los adultos jóvenes en edad de trabajar) o el género (las inmovilidades femeninas son a menudo construidas como más "naturales" o menos problemáticas que las masculinas).

Como hemos visto en este capítulo con la lógica sedentaria y su concepción territorializada de la pertenencia (que, entre otros, los trabajos sobre transnacionalismo de Federico Besserer cuestionan magistralmente para el caso el México), y como veremos en el tercer capítulo con las redes migratorias (inicialmente desarrolladas en el contexto de las migraciones mexicanas por Douglas S. Massey y colegas, y profusamente utilizadas en estudios de caso sobre migración nacional e internacional desde México), así como en el cuarto capítulo con la incorporación de la movilidad en las estrategias de vida familiares (ya detectada por Lourdes Arizpe en el caso de las familias campesinas mexicanas hace casi medio siglo), la producción académica mexicana reconoce la existencia de relaciones y configuraciones que involucran o son resultantes de la relación complementaria entre quienes migran y los que se quedan. Tanto el estudio de caso que se presenta en este libro como otros realizados en México muestran, aunque no tomen de manera explícita la inmovilidad como su objeto de estudio, que existe una relación indisoluble entre la movilidad y la inmovilidad: ambas situaciones son recíprocamente constituyentes y no pares binarios opuestos, que además se relacionan de manera jerárquica entre sí. Así, pues, no hay que entender la movilidad y la inmovilidad como imágenes en espejo, sino como mutuamente constituyentes. Es decir, la movilidad y la inmovilidad se encuentran trabadas de manera bidireccional.

Los datos censales son inequívocos al establecer que en México la mayor parte de la población reside en su mismo estado de nacimiento (Inegi, 2010); sin embargo, estos datos no nos permiten analizar las relaciones entre quienes se mueven y quienes permanecen, y tampoco captar la experiencia vivida tanto de la inmovilidad como de la movilidad en entornos determinados. En línea con trabajos como los mencionados

anteriormente sobre transnacionalismo, redes migrantes y familias con miembros migrantes, este estudio avanza en el análisis conjunto de la experiencia tanto de quienes han cambiado su lugar de residencia como de quienes no, con base en una matriz que entiende la movilidad y la inmovilidad de manera conjunta. De este modo, analizar las narrativas, experiencias y construcciones sociales de quienes permanecen en relación con movilidades propias o ajenas puede dar sentido a las experiencias vividas de la permanencia.

Nada nuevo he escrito hasta aquí cuando digo que tan poco sentido tiene anormalizar el movimiento como la ausencia del mismo; ya Wimmer y Glick Schiller (2003, p. 600) lo decían hace una década. Avancemos, pues, bajo tales premisas y pasemos a la tarea de estudiar qué movimientos y sobre todo qué permanencias son significativas, para quién y cómo se traducen en la experiencia vivida de ambos procesos.

Por último, no destruyamos la imagen del árbol, aún nos sirve para pensar la (in)movilidad, pero eso sí, sustituyamos los rígidos árboles genealógicos por árboles de los trópicos, rizomáticos, con orquídeas de raíces aéreas, enmarañados de lianas, ramas subterráneas que desenfocan la pensada línea nítida del suelo, como el Arbolito que da la bienvenida a Zacualpan. Raíces *y* ramas. (In)movilidades.

El Arbolito
Fotografía: ©Arnau Ruiz de Villa

Zacualpan: mosaico de líneas de corte y fuga

Muchos de ellos se van
pero llevan también sus costumbres.
En realidad nunca salieron del pueblo.
Juan Carlos Rulfo y Carlos Hagerman
Los que se quedan

Este capítulo explora las distintas trayectorias de (in)movilidad asociadas a la consecución —o cuando menos al intento— de vivir buenas vidas en un espacio-tiempo concreto: el centro municipal de Zacualpan (al que de aquí en adelante denominaré simplemente como Zacualpan) a inicios del año 2014. Las trayectorias de (in)movilidad recogen las distintas articulaciones presentes entre situaciones de movilidad y permanencia física. Estas articulaciones, como veremos en el capítulo siguiente y como otros autores, por ejemplo, Grammont *et al*. (2004) han analizado, forman parte de estrategias familiares más o menos conscientes para conseguir buenas vidas, están fuertemente marcadas por consideraciones de género y además cambian a lo largo del ciclo de vida.

Zacualpan es un espacio-tiempo en el que se cruzan, cortan y superponen líneas de corte y fuga. Las líneas de corte recogen los procesos de segmentación laboral a lo largo de los cuales se estructura la población de Zacualpan. Estas líneas evitan el problema de la ceguera detectada por Federico Besserer (2004, p. 96) en ciertos trabajos sobre comunidades transnacionalizadas, que no permite recoger las diferencias e inequidades existentes al interior de las comunidades. Las líneas de fuga abren las relaciones sociales entre Zacualpan y otros espacios físicos, permitiendo indagar en la composición y significados de las mismas. Las teselas-estratos del mosaico geosocial que es en realidad este pueblo se encuentran cruzadas por trayectorias de (in)movilidad que exceden el espacio

político administrativo del municipio, y que a la vez que lo desterritorializan, reproducen estratificaciones gracias a la movilidad.

La imagen del mosaico geosocial hecho con base en líneas de corte y fuga se asienta y bebe de los desarrollos teóricos en torno al concepto de redes sociales, proveniente de la literatura sobre migraciones, el cual ha sido intensamente utilizado y refinado en multitud de estudios de caso en México. Jorge Durand (2000, p. 253) establece como primeras aplicaciones de la perspectiva de redes en el caso de México el trabajo de Larissa Lomnizt (1973) sobre el funcionamiento interno de una barriada de la Ciudad de México, así como el trabajo de Lourdes Arizpe sobre migraciones internas indígenas a la misma entidad (1975). Pero es en la década de 1980 cuando, según Durand (2000, p. 253), el concepto de red migratoria tiene sus desarrollos teóricos más sólidos aplicados al estudio de la migración entre México y Estados Unidos (Massey *et al*., 1987; Mines, 1981). En la definición del trabajo seminal sobre el fenómeno migratorio entre México y Estados Unidos de Massey y colegas encontramos que "las redes migrantes son conjuntos de lazos interpersonales que conectan a migrantes, no migrantes y exmigrantes en redes de parentesco, amistad y origen compartido" (Massey *et al*., 1998, p. 42-43). Esta forma de capital social extendido a través del espacio es un tipo de capital relacional, ya que la pertenencia a ciertas redes da acceso a capital informacional así como a capital material que facilita, a la vez que dirige, las movilidades en el espacio. Las redes tienen por definición una vertiente inclusiva —quienes pertenecen o pueden llegar a formar parte pueden acceder a esa información y apoyo necesario para la formación de las expectativas de lo posible y deseable— pero también una excluyente —al impedir a los no miembros el acceso a los recursos necesarios para, en primer lugar, generar el deseo y la expectativa de cierta movilidad, y en segundo lugar, hacer efectivo ese deseo—. Como veremos, la pertenencia a redes distintas segmenta socioeconómicamente a la población de Zacualpan.

El análisis comienza en este capítulo, pero debe entenderse junto con los dos siguientes, que no son sino miradas a distintas alturas del mismo fenómeno: las articulaciones amplias de (in)movilidad presentes en Zacualpan. Al hablar de trayectorias de (in)movilidad tenemos

que preguntarnos qué nivel es adecuado para mirar a esas articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad. Desde hace décadas, en los Estudios sobre Migraciones, y más concretamente en sus desarrollos específicos sobre la movilidad en México, ha quedado claro que los procesos migratorios forman parte de proyectos familiares que se encuentran a la vez insertos en redes de pertenencia más amplias. La familia cercana aparece, por tanto, como una unidad de estudio evidente para analizar cómo se articulan situaciones de movilidad e inmovilidad. La familia como *locus* de estudio puede ser complementada por arriba, para incluir la familia extensa (abuelos, tíos, ancestros, etc.) y otras redes de pertenencia, y por abajo, para mirar al nivel individual, porque aunque la (in)movilidad se despliegue en el contexto de la familia o el pueblo, tiene también una expresión personal concreta cuyo análisis nos ayuda en la construcción de este estudio poliédrico.

Retazo etnográfico I: tarde de jaripeo

De lunes a viernes en las mañanas, Iker trabaja de albañil, mientras que por las tardes reparte pan en bicicleta para poder mantener a sus cuatro hijos. Los días de jaripeo en la colonia, este hombre de 31 años cambia su timidez por el micrófono y se convierte en el presentador del evento. Su pasión por el jaripeo, ese rodeo mexicano con valores tan masculinizados, donde varones jóvenes se miden las fuerzas a lomos de toros, es compartida por muchos de los jóvenes de las colonias que se dan cita en los jaripeos vestidos con pantalones vaqueros, botas y sombrero.

El ruedo portátil de la colonia, situado casi al frente de la casa de Iker, es una estructura de metal con paneles articulados y dos altos graderíos pintados de verde. Casi todos los domingos por la tarde hay jaripeo en este ruedo, cuyo público proviene en su mayoría de las colonias. La mujer de Iker, Elsa, está sentada este domingo por la tarde en las gradas junto a sus dos hijos y sus dos hijas. Elsa tiene 26 años, unos preciosos ojos verdes y una compleja historia familiar en el cercano pueblo de Temoac, de donde es originaria. Apenas fue a la escuela y, aunque ahora

no trabaja, no le asusta el trabajo duro. Al principio de su matrimonio trabajaba vendiendo comida en la calle, luego, cuando tuvo a su tercera hija, iba a limpiar una casa. En cuanto la pequeña de cuatro meses pueda ir al jardín de niños, ella volverá a trabajar, "porque si no, con el estudio de los cuatro hijos será muy pesado para Iker", me dice sonriendo.

Cuando llego al ruedo, Ariel ya está dentro, cuerda en mano y listo para tirar el lazo al primer toro, en su papel de caporal para uno de los ranchos del pueblo. A sus 26 años Ariel está casado, tiene un niño de dos años y ya es un retornado de Estados Unidos, algo extraño entre los varones del centro del pueblo pero bastante habitual para los pobladores de las colonias. A diferencia de su hermano, quien decidió quedarse en Zacualpan y seguir estudiando (en la actualidad estudia en la universidad), con 17 años recién cumplidos, Ariel tomó la decisión de irse a Nueva York. Como me dice sonriendo Ariel de su hermano: "No quiso ir y… pues, luego le decía a mis amigos, si mi hermano se hubiera querido ir ¿quién sabe si estuviéramos acá? Fue que porque regresamos nosotros". Nunca alcancé a preguntarle cómo hizo los dos años que vivió en Estados Unidos con su pasión por el jaripeo. Tras su regreso, Ariel trabaja de albañil en alguna de las numerosas obras públicas pagadas por la municipalidad —con claros fines electorales que, no obstante, terminan por redistribuir fondos públicos al asignar puestos de trabajo temporales—, haciendo reparación de casas, o en el mejor de los casos, construyéndolas; aunque la reducción de la cantidad de dinero enviado desde Estados Unidos ha hecho descender notablemente el ritmo de construcción de estas casas de las remesas. En ocasiones, Ariel tiene que salir a trabajar a otros pueblos o incluso a la Ciudad de México.

"Don Simón ahí sí nos dice que mejor apurar a tirar el lazo, que no se dañen los jinetes. Aunque se pierda espectáculo", me cuenta Ariel en otra ocasión, mientras intenta, sin éxito, enseñarme a tirar el lazo. Simón es el propietario del rancho Morelos, en cuyos jaripeos Ariel actúa de caporal tirando el lazo a los toros que han conseguido zafarse del jinete para evitar que éste sea pisoteado o embestido. En épocas de mucho trabajo en el rancho, Simón contrata a Ariel para ayudar con el ganado. Y así, complementando trabajos temporales durante la semana, con su casa

ya construida con el dinero que trajo de Estados Unidos, Ariel espera con ansia los domingos de jaripeo, adonde lleva a su hijo vestido con un bonito sombrero y pequeñas botas de vaquero.

El público del jaripeo es mayoritariamente masculino, sobre todo quienes están de pie rodeando las cercas de la plaza. A medida que pasa el tiempo llegan familias, hombres con sus esposas e hijos, muchos con botas y sombrero. La música, muy alta —corridos del norte empapados de valores muy sexuados que son en muchos casos odas al dinero del narco o los dólares del Norte—, retruena al otro lado de la carretera, rebotando contra los muros bien pintados de las casas del centro del pueblo, un terreno social y físico al que no pertenece. Aunque construyeron una plaza de toros de cemento en el barrio de San Nicolás, apenas se utiliza, la afición es mucho mayor en la parte "nueva" del pueblo.

De vuelta a casa, al otro lado de la carretera el centro del pueblo permanece sumido en el silencio y la oscuridad, ajeno al bullicio del jaripeo. Siempre me sorprendió la poca vida que había en las adoquinadas calles del centro de Zacualpan. Al otro lado de la carretera, en las calles de cemento de las colonias la cosa era bien distinta. En el centro se vive más de puertas para adentro, en esas cómodas casas con antiguos huertos reconvertidos en muchos casos en jardines, y una conceptualización más urbana del espacio. En las colonias, donde las casas son más precarias, hay más vida en la calle porque la calle se incorpora como espacio vivible de unas viviendas pequeñas, en muchos casos sin terminar y sin comodidades.

Fernando me mira entre incrédulo y apenado cuando al día siguiente le cuento con excitación el jaripeo de la noche anterior. "Pero ¿de verdad te gusta eso? ¿Con la música de banda y todo?" me pregunta, reacio a aceptar que a alguien como yo, con estudios, blanca, española, le pueda gustar el jaripeo. Sentados en el patio de Liliana, ella comparte su incredulidad. Tanto Fernando como Liliana tienen carreras universitarias, trabajos cualificados y comparten además el orgullo de ser zacualpenses profesionistas. Ambos están de acuerdo en resaltar cuán diferente es Zacualpan centro de los pueblos más cercanos: "En Tlaco todavía existe esa mentalidad […]. Si, incluso en Temoac también hay ahí. Que estamos a un kilómetro de distancia, por así decirlo. Zacualpan tiene una cultura,

educación, conocimiento extraordinario en muchos aspectos", dice Fernando, y Liliana asiente en silencio. El nivel educativo es, según ellos, un claro ejemplo de cuán diferentes son, y consecuencia directa del valor que los habitantes del centro del pueblo asignan a la educación. Me sorprende que en ningún momento surjan consideraciones de clase a pesar de lo elaborado de su reflexión.

Fernando vive en Cuautla, aunque es originario de Zacualpan, adonde va y viene todos los días porque trabaja para la municipalidad. Liliana vive en Zacualpan con su madre —a quien admira profundamente— y un hermano mayor, en la casa de este último. Todos sus hermanos y hermanas tienen carrera universitaria. Entre semana trabaja en una escuela privada y los fines de semana en el bonito café anexo a ésta: "el primero de este tipo, así como bohemio, en Zacualpan", me dice con orgullo. Además del café de Liliana, llama la atención la cantidad de infraestructuras y servicios pensados para una clase media urbana a los que hay acceso en Zacualpan; desde clases de zumba, karate, un gimnasio municipal, cafeterías, taquerías, salones de belleza, dentistas… Todos ellos más esperables en zonas urbanas y, desde luego, sorprendentes en una población que apenas supera los tres mil habitantes. Una consecuencia de las fuertes relaciones del centro municipal con entornos urbanos, tanto de dentro como de fuera de México. Estas relaciones vienen de atrás y en la actualidad se materializan en esas personas, originarias de Zacualpan y residentes o trabajadores en otras partes del país, que vienen al pueblo los fines de semana y en vacaciones, trayendo con ellas sus gustos urbanos y el dinero —ganado en sus trabajos cualificados— para poder pagarlos; como también vienen de fuera los dólares que se envían y se traen de vuelta desde el Norte por personas como Ariel y sus padres.

Mosaico escondido

El jaripeo es vivido con intensidad por los pobladores de la colonia, como muestra la pasión de Iker e Ariel, a la vez que es visto con desdén por los zacualpenses profesionistas del centro, como Fernando o Liliana.

Cada vez que respondía afirmativamente a la pregunta de si me gustaban los toros, podía notar el orgullo de mis interlocutores si éstos eran de las colonias, o la incomodidad si, por el contrario, eran del centro del pueblo; ¿cómo a alguien como yo, con estudios, podía gustarle ese pasatiempo tan campesino? Hacia adentro, Zacualpan es en realidad un mosaico geosocial que proyecta una imagen en la distancia que se descompone en distintas teselas sociales a medida que la persona que observa se aproxima. Las historias de Iker, Elsa, Ariel, Simón, Fernando o Liliana son algunas de esas diferentes teselas del mosaico.

La principal línea divisoria de este mosaico se condensa geográficamente en los pocos metros que hace el ancho de la carretera estatal que une Zacualpan con los municipios contiguos. Las colonias a un lado de la carretera y los barrios al otro rompen visualmente la imagen de aparente unidad de este pueblo en la distancia. Aldo, un joven del centro pero con familia en la colonia, muestra claramente cuán rígida es la separación social entre ambos espacios y la dificultad de navegar tal división.

> Es que en el centro… Zacualpan está dividido por barrios, y cada barrio es muy diferente. Si tú lo comparas desde un punto de vista de la carretera para acá y de la carretera para allá, son dos pueblos diferentes totalmente. Allá es campo, animales, y acá es como alguna profesión, maestros, o pones un negocio, abres una taquería. Pero es otro mundo. Más la música, tan simple. Antes se odiaban. Cada que se veían, madrazos seguro. Yo, cuando estaba con los Mágicos [una comparsa], les decía: "yo quiero invitar a mis cuates de la colonia porque allá es donde jugaba al fútbol. Vamos, acompáñenme, no, con esos no". Sí era dificilísimo porque aquellos eran mis amigos, por decir, mis nuevos amigos pero aquí estaban con los que crecí. Sí me fue muy difícil. Se odiaban, por costumbres tal vez. A mí me caes mal hasta que te conozco, y para que yo acceda a conocerte o tú accedas a conocerme, *buff*. Esto viene de… de antes era peor. Antes era madrazos, balazos… […] Era la selección [de fútbol] que iba a representar al pueblo. Por muy buenos que hubieran allá [en la colonia] no los llamaban, y si los llegaban a llamar, aquéllos decían, ¿cómo voy a ir contigo? La selección era nada más como que el centro (Aldo, varón, 31 años).

La división geográfica es también una división social, causa y consecuencia de un acceso desigual a los recursos por parte de los pobladores de ambos lugares. El ejemplo del agua es especialmente ilustrativo de esta desigualdad. En el siglo xxi no todos los habitantes de Zacualpan tienen acceso equitativo al agua (Vera Pérez, 2012, p. 33). Mientras las casas más antiguas del centro en su mayoría poseen pozos con los que pueden regar las huertas, muchas de ellas convertidas ahora en jardines, las nuevas construcciones en la colonia, con acceso a la insuficiente red pública de abastecimiento de agua, se encuentran obligadas a comprar agua embotellada durante la época seca (Vera Pérez, 2012, p. 32). Para evitar este gasto recurrente necesitan invertir considerables sumas de dinero en la construcción de pozos para asegurarse acceso continuo al agua. Este gasto es muy importante y va en aumento, ya que el acuífero se encuentra cada vez más bajo y hacen falta pozos cada vez más profundos. Construir un pozo se ha convertido en un gasto importante en las casas de nueva construcción, que en muchos casos sólo puede ser sufragado gracias a periodos de trabajo masculino irregular en Estados Unidos. El caso de Montserrat es uno de ellos:

> El pozo, ahorita nada más haciéndole el metro, les cobran ochocientos pesos, ¡el puro un metro! Y luego un pozo va teniendo hasta veinte, treinta metros. Es muchísimo dinero. Sí. Como se arriesgan mucho los de los pozos, sí, este, sí es caro. Bueno, lo que pasa es que, por ejemplo, yo pude hacer mi pozo ahora sí, y mi casita, su casa, gracias a Dios porque mi esposo se fue al otro lado. Si no, no hubiera yo podido hacer nada. Nada más teníamos al primer hijo y él se fue por tres años y medio. Entonces yo hice mi casita, y mi pozo. Que si no, de otra forma… ahora sí para decir que lo hubiéramos hecho, no tuviéramos ni casa a lo mejor. Es muy difícil hacer (Montserrat, mujer, 32 años).

Tradicionalmente ha existido también un acceso desigual a los recursos simbólicos. Los moradores del centro, además de acaparar los puestos de poder local, han controlado los elementos simbólicos de representación: los mecanismos de creación de imaginarios, las ideas

sobre Zacualpan, las colonias, otros pueblos vecinos y sus habitantes, como el ejemplo de la selección de fútbol de Zacualpan mencionado por Aldo. Zacualpan se construye en el imaginario de este grupo —que además controla los mecanismos de exportación de imágenes hacia el exterior— como un lugar turístico, de clima agradable, interesantes fiestas y costumbres y cuyos habitantes exhiben altos niveles educativos, separándose por desconocidos motivos del resto de pueblos del entorno. Esa imagen que Fernando orgullosamente me describía.

A diferencia de sus convecinos que trabajan el campo, quienes tienen en el sector servicios —y sobre todo los cualificados— su única fuente de ingresos han desarrollado una relación con el entorno rural más idílica. Muchos profesionistas de Zacualpan vehiculizan su relación con el campo a través del cuidado de las huertas de café y árboles frutales adyacentes a las construcciones típicas del centro, más como ocio que como forma de vida, lo que tiene repercusiones en los discursos e imaginarios de cada grupo al respecto. La población de Zacualpan se construye también en ese imaginario como no agrícola en un medio rural, debido a que gran parte de la población del centro, como dice Aldo, no depende de ingresos generados por actividades primarias. Por lo general, esto hace que los ingresos de estas personas sean más elevados, regulares y con beneficios sociales tales como seguro médico o pensión por jubilación, ventajas todas ellas de las que carecen quienes se dedican al campo o trabajan en la economía informal.

Estas representaciones de lo que es Zacualpan se proyectan al exterior a través, por ejemplo, de las entradas disponibles sobre Zacualpan en internet, que muestran un pueblo con clara vocación turística, remarcando su rica historia y el panorama folklórico. Este imaginario se construye en contraposición al de las colonias, donde, de acuerdo con las concepciones de los pobladores del centro, los y las jóvenes de esta zona prefieren la migración a Estados Unidos como estrategia de vida en lugar de continuar con sus estudios, especialmente en el caso de los varones. En esos otros entornos, de acuerdo con este imaginario, la educación de la mujer tampoco es vista como una posibilidad. “Hay gente que todavía dice: ‘y ¿para qué que estudie?’ Todavía las hay. ‘Si se va a casar.’”

Me decía Liliana, y añadía Fernando: "Más en Tlaco. En Tlaco todavía existe esa mentalidad de que la mujer es para la casa y el hombre para el campo. Sí, todavía." Y recordemos que las colonias actúan en cierta manera como extensiones del pueblo de Tlaco, superponiéndose a quienes habitan ambos lugares las imágenes anteriores, que incluyen, además de la migración a Estados Unidos y el menor interés por la educación, la idea de que son campesinos y "menos avanzados", como lo muestra el hecho de que tienen más hijos y no atienden a cuestiones de planificación familiar.

Esos imaginarios sobre Zacualpan forman parte de un proceso continuo de re-jerarquización. Es un proceso no evidente, que no es reconocido como tal por los grupos, particularmente por los habitantes mejor posicionados en términos económicos, geográficos, educativos y laborales. Ni Fernando ni Liliana parecían darse cuenta de los posicionamientos socioeconómicos que subyacían a lo que ellos percibían como meras diferencias culturales entre quienes habitan el centro y las colonias.

Vemos cómo la diferenciación además de geográfica es social: las personas que habitan el centro tienen, por lo general, más acceso a recursos no sólo materiales sino también simbólicos, mientras que las familias con menos recursos se han visto desplazadas geográficamente hacia las zonas de más reciente creación, las colonias.

Vivir (en) Zacualpan

Las concepciones de buenas vidas posibles son centrales en el desarrollo de las estrategias de vida personales. Asegurarse el acceso a los medios materiales de vida es una parte importante de tales estrategias. En un espacio casi por completo monetarizado —aunque todavía exista en Zacualpan una limitada producción agrícola para el autoconsumo—, buscar la vida pasa en gran medida por encontrar suficientes fuentes de ingreso. Esta sección explora los medios de sustento al alcance de las personas de Zacualpan.

Existen al menos dos maneras de mirar las formas de vida de Zacualpan basándose en las fuentes de ingreso. Por un lado, en relación con el sector de actividad económica del que provienen los ingresos; por otro, respecto al origen geográfico de los mismos, ya que conseguir los medios necesarios para vivir la vida implica, en Zacualpan, al igual que en muchos otros lugares, manejos complejos de la movilidad en forma de distintas articulaciones entre situaciones de movilidad y permanencia. Es por eso que la matriz que conforman las líneas de corte, a lo largo de las cuales se segmenta la población físicamente presente en Zacualpan, se encuentra simultáneamente trabada en una maraña de líneas de fuga que une a Zacualpan con lugares tan dispersos como la Ciudad de México o la ciudad de Atlanta en Estados Unidos. Por eso, vivir Zacualpan no siempre implica vivir *en* Zacualpan.

También cabe mencionar que, como se verá a lo largo del capítulo, las líneas de segmentación basadas en la ocupación llevan adscritas específicas líneas de fuga, presentes o pasadas, propias o de familiares cercanos. Por supuesto, no todas las personas siguen la misma articulación, pero sí existe una mayor probabilidad de que inserciones laborales concretas lleven aparejadas ciertas trayectorias de movilidad y específicas líneas de fuga hacia lugares concretos. Además, ambos tipos de líneas tienen una lectura temporal, al provenir del pasado a la vez que se proyectan hacia el futuro.

La muestra de entrevistas realizadas, aunque no reivindica representatividad estadística en cuanto al perfil ocupacional de Zacualpan, sí intenta recoger la mayor parte del espectro laboral presente, encontrándose representadas muchas de estas profesiones: personas que trabajan en la construcción como albañiles y peones, campesinos, herreros, peluqueros, zapateros, panaderos, mecánicos, vendedores, carniceros, personal de limpieza, maestros, contadores, abogados, médicos, arquitectos y personas con puestos diversos en la municipalidad. Para no entorpecer la lectura, los datos desglosados sobre las entrevistas se encuentran en el anexo final.

Líneas de corte

La inserción laboral no es la única variable que define la posición en la jerarquía socioeconómica del pueblo pero sí una de las que más impacto tiene. Expongo aquí, por lo tanto, las distintas fuentes de ingreso locales disponibles para las personas de Zacualpan. Los datos estadísticos disponibles presentan discrepancias dependiendo de la fuente o la compilación que se tome, además no se encuentran desagregadas por debajo del nivel de municipio, con lo que los datos hacen referencia no sólo a la cabecera municipal, que es el espacio geográfico sobre el que trata este trabajo, sino a todo el municipio. En general, no reflejan bien el panorama de los medios de vida en Zacualpan, sobre todo porque tienen dificultad para capturar situaciones muy corrientes de multiactividad y porque invisibilizan ingresos irregulares o temporales procedentes de la economía informal; sin embargo, tienen valor ilustrativo y refuerzan los datos etnográficos obtenidos.

De acuerdo con el último censo de población disponible, Zacualpan tiene una razón de dependencia por edad de 58.8 (Inegi, 2010). Es decir, por cada cien personas en lo que se considera edad productiva (entre 15 y 64 años) existen otras 59 que o tienen menos de 15 años o más de 64. Este municipio tiene además el porcentaje de población económicamente activa (PEA) más bajo de todos los municipios de Morelos (45.6%), bastante por debajo de la media estatal, que es de 54.7% (Inegi, 2010). De entre quienes están en edad de estar económicamente activos pero no lo están, casi 90% está estudiando o se dedica a los quehaceres domésticos (Inegi, 2010). Respecto al sector de actividad, se aprecia una preponderancia del sector servicios en cuanto a población empleada (en torno al 40% de la PEA), un sector primario en retroceso que emplea casi a otro 40% de la población, y un sector secundario, donde destaca la construcción, que ofrece trabajo a 20% de la PEA (Cabildo de Zacualpan de Amilpas, 2010).

Esta lectura de los datos estadísticos nos permite, a grandes rasgos, establecer las tres salidas laborales preponderantes en Zacualpan identificadas en el trabajo de campo. En primer lugar, se encuentra el sector

primario, agricultura y ganadería, con una gran disparidad interna en términos de cultivos, formación, propiedad, cantidad y calidad de la tierra, acceso a fuentes de agua y control de los canales de comercialización de la producción. En segundo lugar destaca todo un conjunto de servicios más o menos cualificados —dentistas, consultorios médicos, peluquerías, abarrotes, taxis, servicio doméstico, albañilería, panaderías, etc.— que abastecen a quienes tienen los recursos para permitirse tales servicios. Por último, el sector público, y sobre todo el magisterio, es en Zacualpan un nicho de empleo altamente perseguido y con gran valor simbólico.

La agricultura es un pilar importante en la estructura de ocupación de Zacualpan, que excede lo puramente económico para imbuirse de aspectos socioculturales. Zacualpan ha sido un lugar muy fértil, dada la disponibilidad continua de agua en un contexto de estacionalidad de lluvias. El río Amatzinac, procedente del cercano volcán Popocatépetl, ha sido y aún es la principal fuente de agua, existiendo registros que muestran asentamientos humanos tempranos a lo largo de su cuenca (Martínez, 2002, p. 337). El control y la gestión del agua disponible ha sido históricamente una fuente de tensiones entre los distintos pueblos de la cuenca de este río, que se han ido agravando, sobre todo en la época seca, cuando existe un verdadero estrés hídrico al ser la demanda de agua más alta que la cantidad disponible (Vera Pérez, 2012, p. 25). Con el establecimiento de invernaderos en los pueblos que se encuentran en la cuenca alta del Amatzinac, las tensiones por el acceso y la distribución al agua se han acentuado. Este cambio permea muchas de las conversaciones diarias en Zacualpan, donde son muy frecuentes las menciones a lo verde que era antes Zacualpan en comparación con la situación actual de escasez de agua.

El municipio de Zacualpan cuenta con una superficie aproximada de 53 km^2 (Inafed, 2010). Según el censo agropecuario de 2007, 70% de esa superficie se destinaba a uso agropecuario o forestal, porcentaje que se encuentra por debajo de la media del estado (Inegi, 2007, p. 4). Esto se debe a que el uso urbanístico ha pasado a ser más relevante que el uso agrícola para gran parte de los terrenos del centro y las huertas asociadas. Hace más de treinta años, en 1979, cuando María Eugenia Negrete

recogió datos para su tesis de maestría, en Zacualpan ya era patente la diferencia entre las huertas adyacentes a las casas del centro, que en ese entonces habían dejado de ser fuente principal de ingresos para sus propietarios, y las tierras ejidales (Negrete, 1980, p. 37). El proceso no ha hecho más que acentuarse en las décadas siguientes.

En 2007, la mayor parte de la superficie de uso agrícola en Zacualpan era de propiedad ejidal (Oeidrus Morelos, 2012). Las grandes haciendas fueron un sistema clave de producción-apropriación agropecuaria durante la época colonial, no sólo en México, sino en gran parte de los territorios bajo dominio hispano, aunque con variaciones regionales. En Morelos, al desmantelarse con la Reforma agraria posterior a la Revolución mexicana, las tierras que conformaban las haciendas fueron entregadas utilizando el sistema de propiedad ejidal a quienes las trabajaban. El ejido es el sistema de propiedad de la tierra implantado en la Reforma agraria y el reparto de tierras posteriores a la Revolución de 1910, consecuencia del lema de Emiliano Zapata: "la tierra es de quien la trabaja". Zacualpan está muy cerca tanto del lugar donde nació Zapata como del lugar en el que fue asesinado, y de hecho, este pueblo fue escenario de algunas escaramuzas de ese período (Ramírez Melgarejo, 1974). Esta situación geográfica tuvo como consecuencia que el sistema de tenencia de la tierra más habitual en Zacualpan y en todo el estado de Morelos sea, a diferencia del resto de México, el ejidal (Inegi, 2007, p. 7). Ese fue el destino de las tierras donde se producía caña de azúcar y trigo de la antigua hacienda de Cuautepec en Zacualpan. En la actualidad, parte de las tierras originarias de esa hacienda se encuentran cubiertas con los plásticos de invernaderos donde se cultivan jitomates, cebollas y otras hortalizas. Los restos de las construcciones de esa hacienda pertenecen, desde 1975, a la Escuela Secundaria Técnica número 12 de Zacualpan. Como veremos, simbólicamente el poder ha pasado de la tierra a la educación.

La ganadería es otra salida laboral local disponible, aunque es fuente única de ingresos sólo para una minoría, pues en la mayor parte de los casos las personas que crían ganado lo hacen para complementar otros ingresos. En Zacualpan se censaron, en 2007, en el rango de dos mil a tres mil cabezas de ganado bovino y 2 135 cabezas de ganado porcino

repartidas en setenta unidades de producción con algún tipo de equipo e instalación para el manejo del ganado porcino (Inegi, 2007, p. 40). Ser ganadero —o carnicero— lleva aparejado un nivel de ingresos y un prestigio importantes en Zacualpan, sobre todo entre las personas de las colonias. El rancho de Simón, para quien es caporal Ariel, cría, engorda y mata ganado bovino, y es conocido más allá de Zacualpan gracias a sus toros de rodeo; ejemplares grandes y bravos que Simón y sus dos hijos cuidan con esmero y llevan orgullosos a jaripeos por todo Morelos, Puebla e incluso zonas del Estado de México. No es extraño que el nombre de Simón despierte reacciones encontradas, de la misma manera en que lo hace el jaripeo, entre personas de las colonias y del centro. En mi tiempo en Zacualpan se especulaba con que Simón tenía en mente presentarse a alcalde en las próximas elecciones municipales, algo aplaudido por algunas personas y temido por otras.

Tanto en la agricultura como en la ganadería existen claras diferencias entre quienes poseen explotaciones de un cierto tamaño —bien en número de cabezas o hectáreas de tierra— y entre quienes sólo tienen unos pocos animales, no poseen tierra, no la suficiente o no suficientemente irrigada. Este segundo grupo se ve obligado a trabajar como jornaleros de manera temporal en explotaciones agropecuarias de otras personas, con salarios de entre 130 y 150 pesos al día. La reducción en la cantidad total de tierras cultivadas y la extensión de los invernaderos que generan una agricultura más intensiva en capital y menos en mano de obra, y que además absorben gran parte del agua disponible, ha reducido significativamente este nicho laboral:

> Los hombres, en el campo, pero ahorita el campo ya ha dejado de producir como antes. Entonces, ya no les conviene estar aquí, van a buscar trabajo.
> *¿Por qué el campo ya no produce como antes?*
> Porque… bueno… este… Las prácticas de cultivo se han, este… se han estancado, digamos, y no hay como que una visión así, de rotación de cultivos, ni tampoco hay una concientización, digamos, del ambiente. Entonces, con el uso de insecticidas y pesticidas, pues hemos acabado con la fertilidad de la tierra y pues ya no produce lo mismo.

¿Antes se podía vivir del campo…?
Ahora ya no. Por ejemplo, ahora aunque han incrementado los invernaderos con apoyo del gobierno, pues sí hay producción pero no es que, digamos, comunitaria, sino que es de manera individual para los que tienen sus invernaderos. Pero eso ha traído también como consecuencia el deterioro de los mantos acuíferos, porque esos invernaderos necesitan mucha cantidad de agua (Isabel, mujer, 47 años).

Mi papá, le repito, de campesino, siempre, siempre, siempre. Ahorita hay menos trabajo que anteriormente. Por eso yo me preguntaba cómo mi papá logró sacarnos, sí, este, de campesino. Pero es que antes había más trabajo de campesino. Ahora las tierras ya están secas, porque la gente ya no siembra. Ya es muy poco (Ximena, mujer, 42 años).

Muchos hombres zacualpaneses que en épocas pasadas hubieran trabajado de jornaleros o campesinos han encontrado una alternativa de trabajo local en la construcción, un sector alimentado en gran medida por los pesos ganados en otras zonas del país y los dólares, en Estados Unidos. La construcción es una salida laboral muy habitual en Zacualpan, sobre todo para los varones de las colonias, y es común la compaginación de trabajos como peón o albañil con el cuidado de las tierras. Es el caso del marido de Lupe, una mujer que vive en la colonia: "Mi marido trabaja de albañil, siembra algunos campos de cebollas y tiene unos pocos animales, que son como los ahorritos, y de ahí alcanzan para dar el estudio a los hijos". Para muchas de las personas entrevistadas su actividad principal se complementa con otras fuentes de ingreso, principalmente en el caso de trabajos informales, temporales o de baja cualificación. La complementariedad de fuentes de ingresos se refuerza, a su vez, con una complementariedad de los ingresos a nivel familiar, lo que aporta mayor seguridad y estabilidad al núcleo familiar. Además, y esto es muy importante, la multiactividad necesita de movilidades diversas, las denominadas líneas de fuga.

La construcción forma parte del segundo gran nicho laboral en Zacualpan, el sector servicios. Es un nicho muy heterogéneo, ya que bajo

la etiqueta amplia de servicios se agrupan actividades muy diversas, que van desde actividades relacionadas con la construcción —albañil, peón, fontanero, herrero, venta de materiales de construcción y otros oficios artesanales— a temas de cuidado doméstico, limpieza, preparado y venta de comida, venta al por menor o transporte, pasando por servicios cualificados, como servicios médicos u odontológicos. En general, este segundo pilar es un sector servicios ciertamente urbanizado que ofrece servicios para una población que, en general, posee recursos económicos bastante por encima del nivel de supervivencia. El género, el nivel de cualificación y el grado de informalidad son tres variables definitorias claves en la descripción de este sector, que además se afectan mutuamente. La cualificación y la informalidad están directamente relacionadas: a mayor nivel de cualificación, menores niveles de informalidad económica. Además, la diferenciación por cuestión de género, aunque existe en todos los niveles, es mucho más marcada en los trabajos de baja cualificación.

Un tercer pilar está formado por quienes tienen en el sector público su fuente de ingreso, bien sea éste su único y permanente ingreso o de manera temporal, derivado de la redistribución que hace un sector público local claramente clientelista. En el segundo caso, las vías de distribución son variadas, incluyendo los puestos políticos, los cargos de libre elección por parte de las autoridades locales, el reparto de fondos estatales y federales para la financiación de proyectos productivos locales, o como comentaba Ariel, a través de trabajos puntuales para el ayuntamiento —en trabajos de albañilería, mantenimiento, limpieza, etc.—.

> *Y ahora trabajas de albañil aquí. ¿Sí hay trabajo ahora?*
> Pues un poco, este… ahorita en estos meses sí va a haber un poco porque van a remodelar la fachada de lo que es el centro. Pues, este, van a contratar gente por un buen rato. Cuando no, pues sí me caen, me llegan trabajos, que quieren esto… unas bardas, poner tubería en baños, para todo le entramos (Ariel, varón, 26 años).

Debido a su número y a la peculiaridad de sus trayectorias, destacan quienes trabajan en el sector de la educación, una de las fuentes

de ingreso relevantes para un porcentaje importante de la población de Zacualpan. De acuerdo con los datos del censo de 2010, en todo el municipio hay 21 planteles educativos entre guarderías, jardines de niños, preescolares, escuelas de educación primaria y secundaria (Inegi, 2010). En 2014 estaban a la espera de abrir un centro de formación profesional, y en conversaciones con personas del centro, no encontraban totalmente descabellada la posibilidad de que una universidad pudiera llegar a abrir una extensión en el municipio, con una población total de sólo 9 000 personas y a tan sólo 25 kilómetros de un campus, el que tiene la Universidad Autónoma del Estado de Morelos en Cuautla. Según la media del estado de Morelos, para el volumen de población que tiene el municipio le corresponderían quince establecimientos educativos (Inegi, 2010). La importancia cuantitativa —en términos de personas involucradas—, pero sobre todo cualitativa —relacionada con los discursos acerca de la importancia de la educación reglada—, del magisterio entronca directamente con los valores aparentemente distintos que asocian los habitantes del centro y los de las colonias a la educación. Los niveles educativos, como veremos, se encuentran en el centro de un sistema de clasificación social local que también, y aunque no sea evidente, clasifica con base en recursos económicos y relacionales.

Cada una de esas distintas inserciones laborales da lugar a estrategias de (in)movilidad asociadas específicas y diferenciadas. Vistas hasta ahora las líneas de corte en Zacualpan, pasemos a analizar las líneas de fuga, esas que unen Zacualpan con un abanico amplio de lugares.

Líneas de fuga

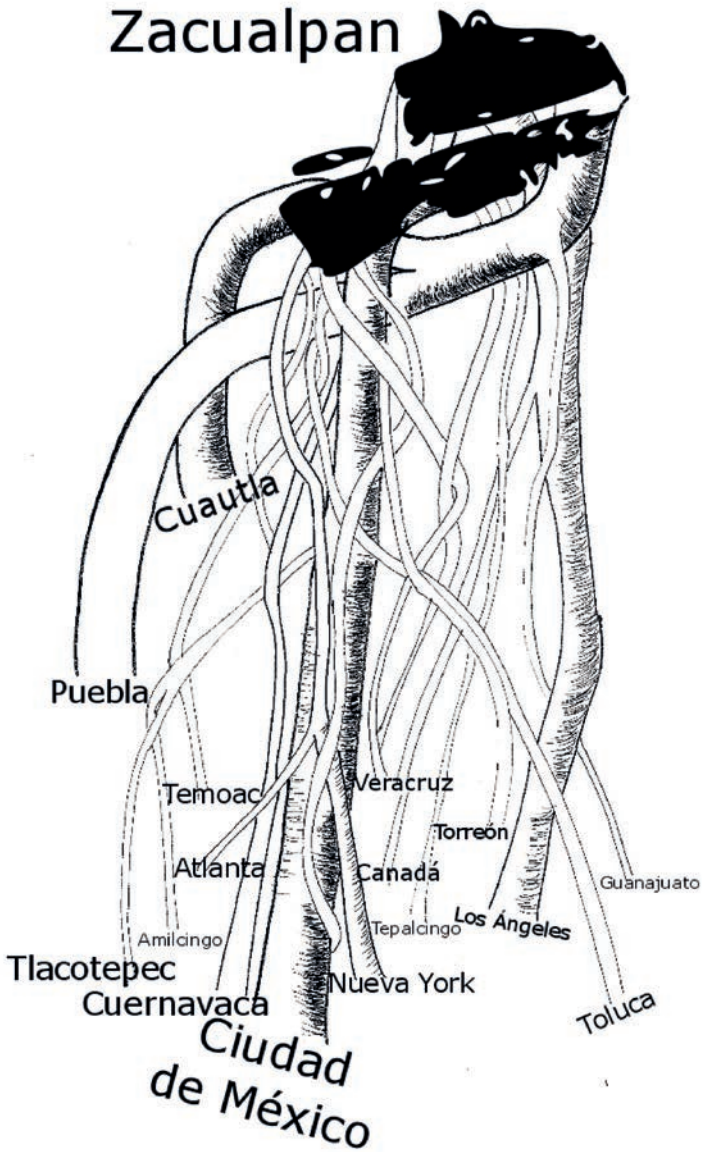
Además de las líneas de corte que compartimentalizan a los y las zacualpenses con base en sus distintas estrategias laborales por sector, en Zacualpan surgen también líneas de fuga que unen a Zacualpan con diversas localidades —dentro y fuera tanto del estado de Morelos como de la República Mexicana—, y que se superponen, intersecándose, sobre esas líneas de corte. Es aquí, en el análisis de esas líneas de fuga que se

extienden desde y hacia Zacualpan, donde podemos incorporar al análisis a las personas de Zacualpan que, sin embargo, no residen —o al menos no de manera ininterrumpida— en el municipio.

Teniendo en cuenta que también en nuestras representaciones espaciales subyacen supuestos ideológicos que no siempre son explicitados, con el siguiente diagrama (p. 90) pretendo ofrecer una imagen visual no convencional sobre las relaciones que abren geográficamente el espacio social de Zacualpan. Este ejercicio de tentativa representacional alternativa representa las líneas de fuga como raíces que engarzan y sostienen el espacio social de Zacualpan, a diferencia de los mapas de flujos con los que tradicionalmente se representan las migraciones, donde éstas aparecen como líneas rectas que ascienden en el mapa. Al insertarse en la representación cartográfica, esas raíces, a la vez que sostienen Zacualpan, lo segmentan. El diagrama también muestra como una ausencia de espacio la carretera que separa los barrios de las colonias, ya que ésta actúa como la principal representación física de una diferenciación social. Las líneas de fuga, sobre todo cuanto más transitadas son, necesitan, a la vez que alimentan, cadenas y redes migratorias. Éstas establecen la dirección y el grosor de las distintas líneas de fuga en Zacualpan. En la representación de las líneas de fuga en el diagrama anterior, cuanto más gruesas son, más descansan sobre una o varias cadenas migratorias formadas por familiares o paisanos.

Aunque el concepto de línea de fuga utilizado en este texto y los conceptos de cadenas y redes migratorias no son exactamente sinónimos, sí guardan una estrecha relación; por lo tanto, las consideraciones sobre las redes (surgidas de una literatura que, como vimos, es temprana para el caso de la migración mexicana) son relevantes para la descripción y análisis de las líneas de fuga. No es fácil desentrañar los inicios de ninguna cadena migratoria, pero una vez que surgen, autoalimentan movilidades fuertemente dirigidas al proveer los medios relacionales, informacionales y materiales de soporte (Faist, 1997). El papel de las cadenas y redes migratorias es instrumental en la facilitación de la migración al direccionar las movilidades hacia destinos concretos proporcionando la información, contactos y ayuda específica requerida. Así lo muestran tanto

Figura 2
Líneas de fuga rizomáticas
Raíces que expanden Zacualpan



Fuente: elaborada por Judith Laforga

trabajos sobre migración México-Estados Unidos (Durand, 1986 y 1988; Canales, 2005; Dinerman, 1983; Massey *et al*., 1987; Odgers *et al*., 2014; Pries, 2002; Zenteno, 2000), como trabajos sobre migraciones internas en México (Arizpe 1985; Lomnizt, 1976; Velasco, 2007).

Aunque existe abundante literatura de desarrollo teórico y aplicaciones empíricas del nivel meso de las migraciones en torno a los constructos de la cadena, la red y el sistema migratorio, recientemente algunos autores han puesto de manifiesto lo poco que conocemos respecto a cómo se inician las cadenas migratorias (Bakewell, De Haas y Kubal, 2011; De Haas, 2010). El caso de la migración mexicana a Estados Unidos es una excepción, puesto que existe abundante información sobre la existencia tanto de cadenas concretas que unen localidades específicas en México con localidades en los Estados Unidos, como del sistema más amplio en el que esas cadenas se insertan y que genera, en primer lugar, la necesidad y las condiciones para la aparición de esas redes sociales migratorias. Los programas de asistencia institucional a la movilidad suelen terminar generando redes migratorias que funcionan de manera autónoma a las instituciones que inicialmente facilitaron las movilidades. El caso de la migración mexicana a Estados Unidos es paradigmático en este sentido, ya que con el fin del Programa Bracero, en 1964, la migración continuó gracias en gran medida a las redes migratorias que se habían formado durante los años anteriores posibilitadas por este programa de captación de trabajadores agrícolas (Massey *et al*., 1987, p. 61).

Zacualpan como lugar físico, pero sobre todo social, no se puede entender sin lugares tan dispares como la Ciudad de México, Cuautla, Cuernavaca, Amilcingo, Temoac, Guerrero, Veracruz, Altanta o Nueva York. Se encuentra indisolublemente trabado en una maraña rizomática que supera los límites geográficos de Zacualpan pueblo como entidad territorial, y que a su vez necesita de esas otras localidades para mantener la significación de su territorialidad. Los lugares mencionados que guardan relación con Zacualpan surgen del mapeo de trayectorias personales elaborado con base en las entrevistas, y que derivan tanto de preguntar por pasadas movilidades como de preguntar por la localización de familiares cercanos en el momento de la entrevista, así como de indagar

acerca de los lugares a los que se va normalmente la gente de Zacualpan, en abstracto. Se cubren así los tres círculos concéntricos de la movilidad: la propia en épocas pasadas, la de familiares en un momento concreto y una más general acerca de los distintos patrones migratorios de los convecinos.

Evidentemente, los lugares cercanos, como son los municipios contiguos, están presentes en el mapa de líneas de fuga de Zacualpan. Entre estos espacios geográficamente contiguos existen movilidades diarias sin cambio de residencia por motivos de trabajo, estudios, familia y ocio. Debido a la falta de carga simbólica e impacto de estas movilidades y a las cortas distancias involucradas, pueden considerarse como micro-movilidades.

La Ciudad de México da lugar a una gruesa línea de fuga en Zacualpan, en relación tanto con los números implicados como con la antigüedad de tal relación. La capital, que en la actualidad se encuentra a unas dos horas en carro y está relativamente bien conectada por transporte público vía la ciudad de Cuautla, se erige como una relación vital para entender Zacualpan. Hoy en día la Ciudad de México es el lugar de trabajo —y en algunos casos de residencia— de profesionistas zacualpenses que, o bien exhiben una movilidad semanal regresando los fines de semana con las familias que permanecen en el pueblo, o bien regresan por períodos vacacionales cuando la familia por completo se ha mudado a la ciudad. La capital es también un atractivo fuerte para casos de movilidad por motivos de estudio.

Las vinculaciones con la capital del país son tempranas, iniciadas con los vínculos comerciales en torno a la central de abastos de la megaurbe. Desde épocas tempranas, algunas familias del centro compraban la producción a los agricultores locales y la vendían afuera. Es el caso, por ejemplo, del abuelo materno de Liliana:

> Mi mamá cuenta que su papá era encargado; hazte cuenta, tú tienes un huerto de aguacates, mi abuelito llegaba y decía: "¿Sabes qué? Yo te compro el aguacate, yo te lo cosecho, ¿cuánto me lo vendes?" Mi abuelito llevaba a gente, cortaba el aguacate y se lo llevaba a vender. Mi abuelito no

> tenía tierras. El papá de mi mamá. Pues mi abuelito se dedicaba a comercializar las frutas que se daban en Zacualpan. Pues mi abuelita todo el día en casa y no hacía nada. Decía mi mamá, cuenta mi mamá, que decía cuando se iba a México, le decía, te traje tu colorete, para que se veía [sic] bonita la abuelita (Liliana, mujer, 37 años).

Los intermediarios agrícolas compraban la producción de jitomate, cebolla, café, nueces o maíz localmente y la vendían en las centrales de abastos de la Ciudad de México, Cuautla, Cuernavaca o de la ciudad de Puebla. Gracias a esa actividad comercial desarrollaron vínculos con los lugares donde vendían que posteriormente facilitarían migraciones de otros y otras zacualpenses (Negrete, 1980, p. 56). Quienes comercializan se encuentran en una posición mejor que quienes producen debido a los mayores márgenes de ganancias y al menor riesgo asociado, lo que reforzó la mejor posición económica inicial de este grupo proveniente del centro. La desvinculación directa de la tierra, y la bucolización de la misma llevada a cabo por los habitantes del centro de Zacualpan, así como la generación de fuentes de ingreso alternativas en el sector servicios y la educación aparecen de manera temprana en este grupo, reforzando patrones de diferenciación socioeconómica que perduran hasta la actualidad. Ese proceso de asentamiento de redes, recorridas sobre todo por varones locales, se complementa con una migración femenina temprana y temporal para trabajar como empleadas domésticas en los hogares pudientes de la Ciudad de México.

Esa línea de fuga no es unidireccional hacia la capital, también viene desde ella en la forma de quienes vienen a Zacualpan los fines de semana, durante las vacaciones o en el momento de jubilarse. La mayoría tiene vínculos con el pueblo a través de la familia de origen o la de elección, pero también existen personas que, atraídas por lo agradable del clima, la ubicación y la exitosa proyección de Zacualpan como lugar turístico y tranquilo, optan por construir sus segundas residencias en el pueblo. Algunas de estas personas de las clases media y media-alta de la Ciudad de México han optado por vivir su jubilación en este lugar, donde sus pensiones les permiten un buen nivel de vida.

La indiscutible centralidad de la Ciudad de México no impide la presencia de otras líneas de fuga importantes. Destacan tres ciudades en un radio de 80 kilómetros: Cuautla, Cuernavaca y Puebla. Cuautla es la ciudad más cercana y mejor comunicada con Zacualpan. Esta ciudad media, de unos 150 mil habitantes, actúa como lugar comercial, de ocio, formación y trabajo para Zacualpan. A nivel comercial, tanto para vender la producción agropecuaria local en su central de abastos como para comprar al por mayor y revender luego en el pueblo, así como para hacer compras de menudeo para el hogar. Se configura también como lugar para continuar los estudios (incluso hasta el nivel universitario, ya que existe un campus universitario secundario aquí) o para trabajar (normalmente asociado a movilidades diarias). Cuernavaca, como capital del estado, lleva a cabo principalmente una función administrativa, ya que existen trámites que necesitan hacerse en esta ciudad. Cuernavaca ofrece también la posibilidad de estudios a nivel universitario y trabajo. Existen casos de personas que estudian o trabajan ahí pero van y vienen todos los días a Zacualpan, así como casos de personas que rentan cuartos en la ciudad y regresan los fines de semana. El clima de violencia creciente en Cuernavaca complica estas movilidades y tiende a desviarlas hacia otros lugares. La ciudad de Puebla, con sus más de tres millones de habitantes y capital de la zona metropolitana de Puebla-Tlaxcala, también ofrece salidas laborales, comerciales y de estudio para personas de Zacualpan.

Zacualpan proyecta también líneas de fuga inesperadas hacia lugares más alejados. Existe, por ejemplo, una línea que se expande hasta el estado de Veracruz. Varias personas presentes en Zacualpan eran, de hecho, originarias de Veracruz, y de igual forma, estancias pasadas en Veracruz por motivo de trabajo aparecieron en varios relatos. La variedad de líneas de fuga es mucho más amplia, con personas de Zacualpan en lugares como Guanajuato, Torreón, Monterrey, Tlaxcala, Toluca, Ciudad Juárez, etc. Estas líneas son muy finas dado que sólo una o dos personas las han recorrido. Acostumbran ser movilidades facilitadas por algún tipo de estructura amplia —por ejemplo, el ejército, la empresa o el magisterio— o bien movilidades femeninas por matrimonio. Analizaré

estas últimas en profundidad en el contexto de la (in)movilidad en la familia del capítulo siguiente.

Un último manojo de líneas une a Zacualpan con Estados Unidos. Aunque los datos no están desagregados a nivel de pueblo, y hacen referencia, por tanto, a todo el municipio, Zacualpan es uno de los municipios con alto índice de intensidad migratoria México-Estados Unidos, ocupando el segundo lugar a escala estatal (Conapo, 2012, p. 143). Este índice ordena las entidades federativas y municipios de México según la intensidad de las distintas modalidades de la migración a Estados Unidos (emigración, migración de retorno y migración circular) y de la recepción de remesas (Conapo, 2012, p. 27). Los datos para su elaboración se consiguen a través de un cuestionario ampliado administrado a una muestra de 10% del Censo de Población y Vivienda 2010.

El cambio de espacio de referencia —de lo más local, Zacualpan, al nivel de país, Estados Unidos— se basa en consideraciones *emic*. La vinculación en las narrativas surgidas de las entrevistas no era con sitios concretos de Estados Unidos, era irse o haber estado en "el otro lado" o en "el norte". El cruce de la frontera internacional borraba los rasgos concretos de la localidad, limitándose casi a una mera cuestión de logística, basada en las redes de apoyo que se tuvieran. Estas redes cumplen varias funciones: por un lado, generan la posibilidad mental de la migración al circular información; por otro, ayudan en aspectos prácticos, como la consecución de financiación o la puesta en contacto con polleros/pasadores, finalmente, también servían para ofrecer soporte y habilidades necesarias para encontrar trabajo en "el otro lado". Con base en cincuenta entrevistas no se puede, por supuesto, generar datos representativos respecto a las localidades estadounidenses que han sido y aún son el destino de las personas que se marchan desde Zacualpan, pero sí se identificó una línea relevante entre Zacualpan y la ciudad de Nueva York, así como líneas de fuga menos gruesas —es decir, menos recorridas— hacia los estados de California, Carolina del Norte, Georgia y Minnesota, así como una línea reciente hacia Canadá generada por un programa de trabajo agrícola temporal que ofrece trabajo en explotaciones apícolas en ese país.

Las líneas de corte se prolongan en líneas de fuga concretas, por lo que ambos tipos de líneas no aparecen de manera aislada, sino que se encuentran rizomáticamente enlazadas. La conjunción de ambos tipos de líneas lleva a cabo una función clasificatoria de la población en Zacualpan. Un sistema de clasificación local que, como veremos en el siguiente apartado, nominalmente se basa en el nivel educativo pero que sustantivamente traduce dotaciones desiguales de recursos materiales, simbólicos y sobre todo relacionales.

Patrones significativos de (in)movilidad

El jaripeo es un buen ejemplo, aunque no el único, de las veladas diferencias de clase, sociales, económicas y educativas en Zacualpan. Esas diferencias se traducen en distintas vinculaciones residenciales tanto dentro —barrios del centro versus colonias periféricas— como fuera de Zacualpan —migración dentro de México versus migración a Estados Unidos— y, por lo tanto, en diferentes patrones de (in)movilidad. ¿Cómo se inserta la movilidad en las distintas estrategias de vida? ¿Qué tipo de articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad se derivan en cada caso? Todo patrón es una simplificación excesiva, una generalización de brocha gorda; sin embargo, discernir pautas y construir tipologías es una manera eficiente de aprehender comportamientos humanos y explorar significaciones, y por tanto, una forma de teorizar válida para la antropología (Brettel, 2000, p. 153). A muy grandes rasgos podríamos identificar una cultura de la permanencia ligada a la educación superior y ciertas formas de movilidad interna en México, con mayor presencia en el centro, frente a una cultura de la migración que podríamos denominar clásica y que implica migración irregular a Estados Unidos y retorno planificado a Zacualpan, más habitualmente seguida por los pobladores de las colonias.

Consecuencia de las diversas trayectorias, la experiencia vivida de la permanencia está cruzada por distintos procesos de asignación de significado para quienes habitan las cuadradas casas de hormigón sin pintar

de las colonias y para quienes viven en las casas coloniales de los barrios más antiguos. Cuando pregunto sobre las motivaciones para vivir en Zacualpan, el discurso de Liliana y Fernando, mucho más reflexivo y elaborado, difiere del de los pobladores de las colonias en la misma medida que sus opiniones sobre el jaripeo. Las trayectorias residenciales de cada grupo en términos de motivos para irse y lugares de destino traducen, a la vez que marcan, otras diferencias más profundas. Las condiciones que se esperan para quedarse no son las mismas para las personas de la colonia que para las del centro, y tampoco las opciones de movilidad disponibles, o las que cada grupo considera como factibles.

Es muy importante aclarar que la base de la diferenciación relevante para este estudio no es vivir en las colonias o en el centro, sino las distintas estrategias de vida empleadas por los habitantes de Zacualpan y la vinculación de tales estrategias con trayectorias de (in)movilidad específicas. Es cierto, no obstante, que determinadas estrategias son empleadas con mayor o menor frecuencia por quienes habitan el centro y quienes habitan las colonias, consecuencia de sus diferenciadas inserciones laborales. En ningún caso son trayectorias excluyentes, ya que es habitual la presencia de distintos tipos de estrategias/trayectorias dentro de una misma familia. Montserrat y su hermano Gabriel son un buen ejemplo. Originarios de la colonia, Montserrat, sin estudios, sigue vendiendo helados caseros como antes lo hacía su madre. Mientras saboreo una de sus deliciosas nieves a la entrada de su casa de cemento, Montserrat me cuenta que construyó la casa con el dinero que su esposo envió mientras se encontraba en Estados Unidos, adonde se fue poco después de que se casaran. Montserrat pone como ejemplo de éxito a su hermano Gabriel, quien, por el contrario, estudió magisterio en una escuela normal y actualmente trabaja de maestro en el Estado de México. Todos los fines de semana, Gabriel regresa a Zacualpan a cuidar las tierras que tiene: no abandona sus raíces campesinas y su vinculación íntima con la tierra, aunque ello suponga que deba utilizar parte de su sueldo de maestro ganado en el Estado de México para poder mantener sus invernaderos en el pueblo. Es el caso también de Ariel, quien optó por irse a Estados Unidos mientras su hermano menor prefirió seguir estudiando en México e ir a la

universidad en la ciudad de Puebla, donde se aloja con unos familiares. Ambas estrategias —proseguir con los estudios y moverse dentro de México, por estudios primero y por trabajo después, frente a no hacerlo y marcharse por un tiempo a Estados Unidos— tienen consecuencias personales, familiares y sociales. Todo ello genera articulaciones específicas y complejas en el seno de distintas familias zacualpenses entre situaciones de movilidad e inmovilidad debido a las diferentes estrategias de vida elegidas por sus miembros y a las distintas trayectorias migratorias asociadas.

Yo soy producto de México

Zacualpan es conocido estatalmente por sus profesionistas. Localmente, tener estudios universitarios y trabajar como profesionista es motivo de orgullo. Algunas personas con educación superior consiguen generar nichos de trabajo en el mismo Zacualpan, abriendo sus propios negocios o trabajando para la municipalidad. Las oportunidades locales de empleo cualificado son, sin embargo, insuficientes, lo que da lugar a líneas de fuga específicas que se extienden por gran parte del país. Estas líneas de fuga se inician con la movilidad o migración por motivos de estudio. Tras terminar la preparación, y en busca de trabajos estables y bien remunerados, las personas zacualpenses usualmente migran a otros lugares de México con mejores perspectivas de empleo.

Dentro del grupo de personas cualificadas existe una trayectoria de movilidad específica, la de las personas que se dedican a la enseñanza. La carrera magisterial en México se inicia con los estudios en las escuelas normales, como la que existe en el cercano pueblo de Amilcingo, la escuela normal rural "General Emiliano Zapata". Tras acabar los estudios, los primeros puestos asignados suelen encontrarse en lugares remotos. A medida que pasa el tiempo, aumentan las posibilidades de pedir traslados hacia lugares más deseables. Existe una pauta de acercarse hacia Zacualpan a medida que se llevan más años en el magisterio, y que culmina al conseguir una plaza en alguno de los planteles educativos del

municipio. Este es un patrón que se repite en el caso de los y las maestras entrevistados en Zacualpan, como vemos en los dos siguientes casos:

> Yo nací en el estado de Guerrero y tengo aquí viviendo 35 años, viviendo aquí en Zacualpan. Vengo a estudiar la secundaria a Cuernavaca, y ya de Cuernavaca me vine a hacer la normal básica aquí en una escuela que está muy cerca de acá, que se llama Escuela Normal Rural de Amilcingo Morelos. Está muy cerca. Termino mis estudios de normal. Como normalista me inicio como profesora en la educación primaria, me mandan a trabajar al estado de Guerrero, pero para esto, en la normal yo me hice de novia de un muchacho de acá. Por lo tanto, me fui a Guerrero pero inmediatamente al año empecé yo a trabajar en el estado de Morelos. Y me casé con el muchacho y tengo tres hijos y viven en Zacualpan (Cristy, mujer, 55 años).

> *¿Usted siempre ha vivido aquí en Zacualpan?*
> Si, únicamente por razones de estudio estuvimos algunos años en la Ciudad de México. Después, por motivos de trabajo, dos años en el estado de Tabasco, pero siempre fue mi deseo regresar a Zacualpan. Y gracias a dios aquí estamos. Me consigo venir aquí, al estado de Morelos. Aquí trabajo en distintos lugares, en el municipio de Jiutepec, cercano a Cuernavaca, en el municipio de Temixco, en Tetela del Volcán, en Temoac y después de unos quince años más o menos logro llegar aquí a mi comunidad. Aquí, en esta primaria, llevo ya… voy para cinco años (Emiliano, varón, 47 años).

A diferencia de sus paisanos jornaleros y campesinos, este grupo siente que tienen posibilidades de llevar buenas vidas en su país de nacimiento sin necesidad de marchar al exterior.

> Yo no estoy de acuerdo ni como profesionista y como maestra que soy, decirles a mis alumnos: "yo los estoy preparando para que ustedes salgan a trabajar a Estados Unidos, de ninguna manera. Yo les estoy preparando para que ustedes sean mejor aquí, en su país". Que bueno, a veces a los jóvenes que llegan a tener unos estudios muy elevados no se les da

> la oportunidad en nuestro país. Es cierto. Pero si se buscan oportunidades, ellos pueden crecer. Yo tengo una sobrina que es ingeniero petro… que trabaja en Petróleos Mexicanos, pero aquí no se le está dando oportunidad de crecer a mi sobrina y la están mandando a Francia, le están mandando a otros países. Y dice mi sobrina, "No tía, yo soy producto de México y me quedo en México". Entonces ella se enfoca en estar aquí, en su país, porque es producto del Politécnico y aquí se quiere quedar (Cristy, mujer, 55 años).

La maestra Cristy verbaliza un sistema de pertenencia que concibe a las personas con estudios superiores como parte de la sociedad mexicana: *productos de México*. Esta pertenencia emana de la educación obtenida cuyos réditos han de beneficiar tanto a la persona como a la sociedad mexicana, en abstracto, que la proveyó. Esta identificación nacional, el ser producto de México y, por tanto, sentirse moralmente obligados a devolver algo a México, también es expresada por Liliana, en su caso centrada en Zacualpan:

> O sea, la gente que se va, o que se ha ido, termina por regresar. Eso es algo con lo que yo no estoy de acuerdo. Porque vas y, mientras tienes una vida productiva, generas en otro lugar y ya que te llegas a descansar, ya que te llegas a no hacer nada, regresas a Zacualpan: ya no le ofreces nada.

Las personas con estudios consideran un despilfarro migrar irregularmente a Estados Unidos, donde sus estudios no darán réditos y estarán igualados con alguien que sólo ha terminado la primaria. La maestra de primaria, Marisol, lo expresa con suma claridad:

> *¿Nunca pensó usted en irse para allá?*
> Pues… pues sí, pero a veces no se dan las posibilidades. Pues es que yo decía, yo tengo trabajo ¿qué voy a ir a sufrir a otro país? Allá no puedo ejercer. Yo aquí, como maestra, allá yo no voy a ser maestra, ¿por qué? Porque no estoy titulada allá. Entonces, irme fuera tendría que hacerla de lo que, pues, de lo que hubiera. Y no. Se fue mi esposo nada más.

> […]
> Es que no es lo mismo. No es lo mismo, allá es un horario de ocho a tres de la tarde y es a lo que te den de trabajo, no es a lo que tú quieras escoger. Es donde haya trabajo. Y si te van a dar de barrendero, de cocinero, de lavar baños, pues lo tienes que hacer, porque allá tienes que comer. Tienes que pagar, allá es una vida de estar pagando y pagando y pagando. Pues aquí no, aquí es muy diferente (Marisol, mujer, 36 años).

Muchas personas que migran internacionalmente, tanto de manera regular como sobre todo irregular, enfrentan potentes procesos de descualificación debido a que sus estudios y formación no son reconocidos en sus nuevos países de residencia. Como muestra Federico Besserer, basándose en elementos ya apuntados por Michael Kearney, con la migración, sobre todo la internacional, existe un problema de transferibilidad del capital educacional, ya que "hay un costo, una pérdida de valor en el cruce de las fronteras que subsisten entre los campos que la dimensión educativa de la comunidad ha aglutinado" (Besserer, 2004, p. 64). El tema del desperdicio de cerebros (*brain waste*), un fenómeno de corte estructural que ocurre cuando las capacidades no son aprovechadas tras la migración, se experimenta a nivel personal como un proceso de descualificación que no es fácil de gestionar; sobre todo cuando se tiene un nivel educativo previo alto que no es reconocido ni institucional ni socialmente en el nuevo lugar de residencia. A diferencia de los trabajos sobre la fuga de cerebros, el debate sobre el desperdicio de cerebros y los procesos de descualificación asociados no ha recibido la suficiente atención académica, salvo por algunos trabajos sobre migraciones desde los antiguos países de la Unión Soviética (ver, por ejemplo, Anderson *et al*., 2006). Si bien se supone que estos trabajadores sobrecualificados se benefician de mayores salarios en comparación con su país de origen y de la oportunidad de aprender otro idioma, no hay ninguna investigación sobre las implicaciones de la movilidad social descendente para la identidad de los migrantes (Botterill, 2008), y en consecuencia, para sus aspiraciones y posibilidades reales de mejora en su consideración social (Nowicka, 2012, p. 1). La homologación de títulos educativos entre países

es todavía un asunto que requiere de gran mejora técnica, ya que en la actualidad es un trámite complejo, costoso y confuso.

Bajo el mismo prisma podemos leer los resultados de trabajos que investigan el impacto de la migración internacional en las expectativas y logros educativos de las personas que permanecen en entornos de alta migración. En México, como en muchos otros lugares, tener educación secundaria o incluso universitaria es cada vez más un requisito necesario (aunque no suficiente) para asegurarse el acceso a empleos estables y bien remunerados (Sawyer, 2010). No obstante, para los migrantes mexicanos irregulares en Estados Unidos, la educación más allá de la primaria no reporta ninguna recompensa tangible en el mercado laboral de ese país (McKenzie y Rapoport, 2006, p. 26). El tener o haber tenido familiares en Estados Unidos aumenta la probabilidad de llegar con éxito a ese país (Kandel y Kao, 2001), lo que afecta negativamente a las aspiraciones educativas de las personas con familiares migrantes (Meza y Pederzini, 2009).

Las trayectorias de movilidad de los pobladores del centro o de quienes optan por la vía del estudio son geográficamente más cortas que las de sus paisanos campesinos, ya que no traspasan la frontera internacional, y se limitan a movilidades diarias o semanales, y migraciones internas. Tanto en este caso, como en el de quienes optan por migrar a Estados Unidos, existen redes específicas de soporte que facilitan establecer fuentes de ingreso en México derivadas de la formación que se posee, o viajar y buscarse la vida en Estados Unidos como migrante irregular. La presencia de diferentes redes de apoyo subyace a las distintas concepciones sobre los valores del estudio de quienes habitan el centro y quienes habitan las colonias. Las dos citas de entrevistas siguientes son reveladoras al respecto:

> Si no estudiaron y ya bajó el agua, no tienen chamba, qué otra les queda más que irse al otro lado (Marcos, varón, 58 años)

> *¿Has pensado alguna vez cómo hubiera sido si hubieras seguido estudiando?* Este… pues… en parte sí me arrepiento porque, digo yo, híjoles, ahorita tuviera yo un trabajo, pues, ya más estable pero, pues, he visto casos, muchos amigos que estudiaron y trabajan así, o sea, no encuentran trabajo

> a lo que estudiaron. Hay mucha demanda, pues, en los trabajos. Tengo un primo que estudió para… es algo de informático, algo así, y su papá es herrero, tiene un año ya trabajando en la herrería porque no encuentra donde. Entonces, digo, si hubiera estudiado, no sé, para maestro y estuviera yo trabajando de albañil y en Estados Unidos, te das cuenta de mucho porque hay mucho profesionista allá trabajando de, pues, que en restaurantes… o sea, entonces, ¿pues para qué estudiar si voy a terminar siendo a lo que haya trabajo, no a lo que estudié? Desgraciadamente, aquí ya hay como en todo México, si no tienes palanca, quien alguien [sic] te eche la mano en una empresa, no puedes entrar. Entonces es lo malo también de aquí, del país (Ariel, varón, 26 años)

Para los pobladores del centro, como Marcos, antiguo maestro, la clave es estudiar, punto final, sin matices. Es un discurso inequívoco sobre valía personal y capacidades intelectuales. Si no has estudiado, entonces no encontrarás trabajo y te verás obligado a migrar a Estados Unidos. Sin embargo, lo que aparece en las palabras de Ariel y está ausente en las de Marcos es la necesidad de contactos o apoyos —palancas, como las llama Ariel— que contribuyen a que la inversión hecha en conseguir estudios superiores dé frutos. Es decir, la necesidad de poseer redes sociales que permitan sacar rendimiento a esos estudios. El acceso a ciertas redes es necesario para que la educación pueda traducirse en un trabajo como profesionista. A diferencia del centro, las personas que habitan las colonias carecen de ese tipo de redes. Poseen otras, por supuesto, por ejemplo, las que les facilitan migrar de manera irregular a Estados Unidos o trabajar como albañiles.

Nosotros somos campesinos

Vivir en el campo puede ser fácil, vivir del campo, no tanto. La imprevisibilidad de la climatología, pero aún más de los mercados agrícolas, aunadas al descuido del campo por parte de las autoridades, obliga a jornaleros sin tierra, campesinos y pequeños productores a diversificar sus

fuentes de ingresos. La disminución de la demanda de brazos jornaleros para trabajar, unida a la temporalidad asociada al campo genera la necesidad de poner en marcha estrategias de vida que incluyen la multiactividad, y que descansan en gran medida en la familia. Como muestran Elsa Guzmán y Arturo León, la multiactividad, que incluye distintos manejos de la movilidad geográfica, está en la base de las estrategias de vida de muchas familias campesinas (2005). En oposición a quienes, como Simón, tienen grandes ranchos o a quienes poseen extensiones de invernaderos con buenas conexiones comerciales, muchas familias necesitan complementar los ingresos obtenidos del campo —difíciles de predecir y estacionales— con la cría de algún animal —que se compra cuando se consigue algo de dinero extra, se engorda y se mata en momentos de gastos extras— y, sobre todo, con distintos manejos del binomio economía informal/migración internacional irregular.

> Sí, salí a Estados Unidos. Salí cuatro años. Fueron cinco. Salí en el 2000, regresé en el 2005.
> *¿Y por qué decidió usted irse?*
> Porque desgraciadamente al [sic] campo en México está muy abandonado. No lo apoyan mucho el gobierno, se puede decir, como en otros países y no alcanza para abarcar mucho de lo que muchos quisiéramos tener ¿no? O lo que otras personas con lo suyo tienen. Entonces, pues, yo necesitaba tener mis cosas mías y no encontré otra forma más que irme para el otro lado.
> *¿Cuándo dice sus cosas…?*
> Mi tierra, mi casa, mi carro. Pues sí, lo que pues toda la gente anhela tener ¿no? Pues un hogar. Algo en qué pasearse. Tener un poco más de comodidad para ir pasando el tiempo (Julio, varón, 31 años).

Para los pobladores de las colonias las implicaciones de viajar como mojados a Estados Unidos son relativamente menos crueles porque, por desgracia, ya inician el viaje a la irregularidad legal en Estados Unidos siendo ciudadanos de segunda en su propio país. Es habitual escuchar la frase de que el campo y los campesinos son los grandes olvidados de

México. Esa desventaja inicial se une a la dificultad de reconocimiento y transferibilidad de sus conocimientos no formales dentro de México:

> *¿Tú crees que es más fácil irse o quedarse?*
> Mmmm [tarda unos segundos en contestar]. Pues yo siento que quedarse, porque aquí ya tiene mucho; ahora, si en tu trabajo ya muchos te conocen, entonces sabes que se sirven de tus servicios, y pues si sales, siento que tienes que empezar de cero si es que vas como… hazte cuenta que yo mañana me voy a [la Ciudad de] México. Yo allá no conozco a nadie, nadie va a confiar en mí, en lo que yo hago. Tal vez. Yo así lo pienso. Yo digo a la gente, no, pues yo soy albañil, pero a la gente que yo le digo ya tiene sus albañiles que le han trabajado. Y aquí, si me quedo, pues la gente sabe que soy albañil y mucha gente sabe cómo hago mi trabajo, o sea, de no quedar mal, que quede bien y como pues sé varias cosas, pues ya te ubican, pues, más en lo que sabes hacer (Ariel, varón, 26 años).

Como dice Ariel, la formación no formal no es fácilmente transferible a papel. Retomando la reflexión sobre los procesos de descualificación y no reconocimiento de títulos educativos, para el caso de la educación no formal, el reconocimiento es todavía más complejo. Un título universitario es reconocido a nivel nacional. El aprendizaje adquirido a lo largo de una vida de trabajar en el campo o de albañil no es directamente transferible ya que no se plasma en un título oficial. Se puede tener un título de magisterio, pero no de campesino. Si esta situación contribuye a desincentivar la migración dentro de México como una opción válida, la pertenencia a ciertas redes facilita la migración hacia Estados Unidos. La posesión de un tipo de capital relacional específico en la forma de contactos necesarios para cruzar al Norte genera una matriz de incentivos que hacen que el viaje como migrantes irregulares a Estados Unidos se incorpore como una opción factible y hasta preferible a la migración dentro de las fronteras de México.

> *¿Cuándo usted se va para allá [Estados Unidos] no piensa irse a otro sitio, como a México o a Cuautla?*

> No, porque yo… bueno, dentro de vivir en una ciudad aquí en México, yo creo que sí se me hace más difícil. Allá la diferencia es de que, pues, usted sabe, el dólar pues sí aumenta un buen (Julio, varón, 31 años).

Nótese el *nosotros* del título de esta sección frente al *yo* de la sección anterior sobre las personas profesionistas. De igual manera, nótese la alusión a México como comunidad de referencia que hacen los zacualpenses profesionistas del centro, y la más localista que hacen Julio y otros pobladores de las colonias que viven del, en y para el campo. "La patria de los campesinos es localista", escribió Ramon Ramírez Melgarejo (1974, p. 211) siguiendo los principios de su maestro Arturo Warman. Irse a Estados Unidos por un tiempo a trabajar, aparece como el camino más lógico para poder quedarse en Zacualpan. Los lazos de adscripción significativos son igualmente distintos para cada grupo. Para quienes se consideran campesinos, el espacio de pertenencia relevante es geográficamente más estrecho; sin embargo, incluye un mayor número de personas al incluir la familia extensa. Para las personas profesionistas los lazos son en términos geográficos más amplios al abarcar todo México pero se encuentran socialmente más limitados, al tomarse habitualmente la familia nuclear y los familiares más directos como el espacio social de referencia.

Se pueden vislumbrar dos tipos de relación con el lugar presentes en todas las personas, pero en unas predomina más un tipo que el otro: una relación práctica-pragmática (que tiene que ver con el presente y las fuentes de ingreso y trabajo) y una relación simbólica-afectiva (más relacionada con el origen, la vinculación a la tierra, el pasado, y en algunos casos, la proyección hacia el futuro). ¿Dónde trabajas? O ¿De dónde eres? La tensión que ha aparecido varias veces entre estudiar o migrar a Estados Unidos, esa disyuntiva que planteaba Fernando como principal diferencia entre las colonias y el centro. Pero el binomio no se reduce a estudiar para quedarse o no estudiar e irse a Estados Unidos. De hecho, ambas situaciones dan lugar a formas distintas de (in)movilidad, empezando porque para seguir estudios universitarios hace falta salir de Zacualpan, y terminando porque irse a Estados Unidos es visto por muchas

de las personas que lo hacen como una posibilidad de poder quedarse en el futuro en Zacualpan.

Rizoma hecho de líneas de corte y fuga

La dialéctica colonia/campesinos versus centro/profesionistas no es para nada original ni exclusiva de Zacualpan, como tampoco lo son las bases discursivas que se utilizan, ya que se asientan cómodamente en el discurso amplio campo-ciudad, rural-urbano, estancamiento-dinamismo, tradición-modernidad, inmovilidad-movilidad. Me interesa especialmente abrir este último binomio, que asocia a las personas del campo, los campesinos, con menores tasas de movilidad, y a las personas de las ciudades o —como en este caso— a quienes a pesar de vivir en el campo no viven del campo, sino que exhiben valores urbanos, como un grupo más móvil. Anclados al pasado unos, sin apenas salir de la tierra; proyectados hacia el futuro los otros, en vidas modernas y móviles. Ambas imágenes poco tienen que ver con la realidad de ambos grupos en Zacualpan. Esos campesinos "atados" a la tierra presentan trayectorias de movilidad de más largo alcance que sus paisanos del centro, trayectorias que llegan a cruzar la frontera internacional entre México y Estados Unidos. Es esa misma movilidad internacional la que les permite a ellos, en el futuro cuando regresen, y a sus familiares que permanecen en Zacualpan en el durante, permanecer arraigados a la tierra. Es el dinero que ganan trabajando sin papeles en Estados Unidos en trabajos duros y mal pagados el que les permite las inversiones en tierra, animales e insumos que hacen viable su modo de vida campesino: se mueven para permanecer. En oposición, para sus paisanos del centro con mayores niveles educativos, irse a Estados Unidos sin autorización de trabajo no es una opción. Pasar de ser ciudadanos cualificados en México a migrantes mexicanos irregulares en Estados Unidos implica desperdiciar toda la inversión educativa hecha, a la vez que desaprovechar las redes sociales de soporte —o como dicen las personas entrevistadas, las palancas— en lugares como la Ciudad de México, que permiten conseguir trabajos cualificados.

Como aparecía en el capítulo dos, la nacionalidad es una variable clave para entender el lugar de inserción en el régimen global de (in) movilidad que establece quién tiene el derecho a qué tipo de movilidad o inmovilidad (Glick Schiller y Salazar, 2013, p. 7). Sin embargo, la variable nacionalidad aparece cruzada con la variable clase socioeconómica que matiza, en gran medida, a la primera. Aunque la clase socioeconómica ha estado ausente durante mucho tiempo en los estudios sobre migraciones, recientemente ha vuelto a convertirse en una variable explicativa válida tanto en relación con la creación de aspiraciones a la migración, como sobre todo con el papel que juega en el acceso a los recursos necesarios para migrar (Van Hear, 2014; Schewel, 2015). La pertenencia de clase se sustenta en la desigualdad de acceso a los recursos, operacionalizada en distintas dotaciones de capital material, social, informacional, simbólico, etc. (Van Hear, 2014). En el caso concreto de Zacualpan, las líneas de corte derivan de un sistema de clasificación local que utiliza el nivel de estudios formales como variable clasificatoria clave, que, sin embargo, oculta una conjunción necesaria de otro tipo de capitales, sobre todo relacionales (en forma de pertenencia a ciertas redes). Lo que el caso de Zacualpan muestra claramente es que la clase también afecta a los recursos necesarios para quedarse.

Las diferentes líneas de corte se extienden en específicas líneas de fuga dando lugar a diferentes trayectorias de (in)movilidad. Como el rizoma de Deleuze y Guattari, las líneas de corte se transforman en líneas de fuga que a su vez retornan retroalimentando a las primeras. Las raíces se convierten en ramas en forma de articulaciones rizomáticas. Las raíces-ramas del rizoma no permanecen inmutables: queda por ver los cambios en las próximas generaciones, donde cada vez son más los jóvenes de las colonias que deciden estudiar. No obstante, el desfase seguirá durante un tiempo, ya que, al menos inicialmente, irán a la zaga en lo que se refiere a pertenencia a redes que permitan convertir la inversión educativa en puestos de trabajo cualificados en México.

Recordemos la avispa de Deleuze y Guattari, que desterritorializa la flor al convertirse en parte de su aparato reproductor para posteriormente reterritorializarla al posar sus patas empolvadas con polen en

otras flores. La imagen de la avispa abre el cierre territorial de la identidad que nos lleva a asociar pertenencia con un espacio físico concreto, que además, de manera habitual, se superpone fielmente con demarcaciones político-administrativas. El tándem avispa-flor se repite en esas personas de Zacualpan que, sin estar de manera constante *en* Zacualpan, sí *viven* Zacualpan, aunque no estén, y que adquieren toda su plenitud cuando las pensamos junto a quienes sí se encuentran físicamente en Zacualpan. Quienes permanecen no se pueden concebir independientemente de quienes en ese preciso momento no están, de esas personas que migraron a Estados Unidos pero cuya familia cercana permanece en Zacualpan, de quienes viven, trabajan o estudian en la Ciudad de México y regresan los fines de semana o las vacaciones, de quienes van y vienen todos los días a Cuautla por trabajo o estudios. Ese no-estar es un no estar físico, geográfico, pero no una ausencia social o familiar. No-estar forma parte, en muchos casos, de estrategias de vida conjunta con personas que sí están, dentro de familias que exhiben distintas articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad. Existen múltiples maneras de permanecer en Zacualpan. En ocasiones, esas permanencias pasan por viajes diarios o semanales por motivos de trabajo o estudio a Cuernavaca o Cuautla; otras veces, por años como trabajador sin documentos en Estados Unidos.

Este capítulo ha mirado las redes amplias de donde surgen fuerzas centrípetas y centrífugas, y que dan lugar a estrategias de vida con articulaciones concretas entre situaciones de movilidad e inmovilidad. En el siguiente capítulo el análisis se centra en la familia, mientras que el capítulo quinto hace *zoom* hasta el nivel personal para capturar expresiones concretas de permanecer y cómo estas son construidas y experimentadas por personas específicas.

Árboles y cruces en el cementerio de Zacualpan
Fotografía: © Arnau Ruiz de Villa

Marañas familiares

De hecho yo creo que siempre llevé mi raíz,
mi semilla de mi pueblo
y jamás pensé en vivir en otro lado.
Emiliano, varón, 47 años

Aunque el lugar de referencia de las personas entrevistadas sea el pueblo de Zacualpan, existe un espacio social que genera vínculos más resistentes a la distancia: la maraña que se trenza entre familiares cercanos con los que se convive o se ha convivido durante tiempo. La familia cercana o de convivencia conforma la arena en la que más evidentes se hacen las articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad. Como han mostrado multitud de trabajos en partes distintas del mundo (incluyendo México), estas articulaciones no están exentas de tensiones y se encuentran afectadas por una miríada de variables, entre las que destacan el género y la edad. Al preguntarnos cómo se articula la movilidad y la inmovilidad dentro de la familia, se ponen de manifiesto una variedad de arreglos que incluyen, pero no se limitan, a irse en parte y quedarse en parte, quedarse queriendo irse, irse para que otros queden, quedarse para que otros se marchen o conseguir quedarse.

Este capítulo explora las articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad dentro de la familia más cercana. En su forma más clara, la articulación es lineal: para que alguien permanezca alguien debe moverse, para que alguien se mueva alguien debe permanecer; sin embargo, la permanencia/residencia/inmovilidad de una persona en Zacualpan está posicionada en una constelación de movilidades e inmovilidades pasadas y presentes que incluye a miembros de la familia cercana, más extensa y, como hemos visto en el capítulo anterior, de estructuras más amplias de pertenencia. El hecho de que una persona concreta esté residiendo en la actualidad en Zacualpan implica muy frecuentemente la movilidad de

otras personas que, a su vez, residen en otros lugares, y viceversa, la permanencia de una persona en ocasiones impide la movilidad de otras.

Este capítulo indaga algunas marañas familiares con especial atención al caso concreto de las inmovilidades facilitadoras y las obstaculizadoras (personas cuya inmovilidad permite activar o impedir respectivamente la movilidad de familiares cercanos), prestando especial atención a cómo éstas son fuertemente moldeadas por relaciones de género e intergeneracionales. Como explico en el primer apartado, la utilización de la expresión marañas familiares para referirme a las articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad entre distintos miembros de una misma familia no responde únicamente a cuestiones de cohesión estilística con el resto del texto. En la segunda parte, el capítulo explora las conexiones entre inmovilidad y edad e inmovilidad y género, para terminar con unas reflexiones sobre el estado por excelencia de la inmovilidad corporal absoluta: la muerte.

Retazo etnográfico II: taller de alebrijes

Hace ochenta años en la Ciudad de México, cuando Pedro Linares despertó de aquel sueño enfebrecido en la casa donde vivía, sintió la necesidad enfermiza de modelar ese burro con alas de insecto que había visto en sus sueños delirantes. Plasmaba así esos fantasmas interiores, sus sueños locos, utilizando lo que mejor sabía usar: el papel maché. Un material efímero con apariencia de resistente. Había creado los alebrijes, una tradición que es ahora profundamente mexicana con pocos años de antigüedad. En un taller artístico en Zacualpan, los viernes por la tarde un animado grupo de personas se reúne en torno a las grandes mesas colocadas bajo la parte cubierta del patio para ir, poco a poco, dando vida a esos animales fantásticos. Al ir añadiendo elementos sin previa planificación, a medida que se disipa la luz del día comienzan a brotar, casi sin quererlo, las figuras imposibles de los alebrijes. A la par que se animan los dedos lo hacen también las conversaciones.

La misma técnica que se utiliza para crear las artesanías de la cartonería pintadas de brillantes colores que son los alebrijes, es la que se utiliza durante todo el año en distintos espacios de Zacualpan para confeccionar las máscaras que formarán parte del atuendo que las distintas comparsas exhiben en el desfile de la fiesta de la Mojiganga.

> Yo siempre he estado involucrado en Mojiganga. Desde bebé me subían a carros alegóricos. Entonces llegó el momento que teníamos que salir en comparsas. Estuve en una, trabajamos con resina, nos salió todo perfecto. Después trabajamos un caballo de Troya con carrizo pero con madera, entonces estaba como rara la cosa. Y después, cuando lo tuve que hacer yo solo con un tío, pues yo no sabía nada, simple y sencillamente apliqué como que un poco de lógica.

Esto me cuenta Aldo, apoyado en el pozo pintado de azul cielo del patio del taller-casa el día que hablamos de sus motivos para quedarse en Zacualpan. Desde pequeño, como casi todas las personas de Zacualpan, Aldo ha estado involucrado de una manera u otra en la celebración anual de la fiesta de la Mojiganga. La ilusión por formar parte de esa mascarada grotesca en la que durante todo un día desfilan las comparsas sin descanso por el pueblo, se hace patente en el brillo de ojos y el orgullo con el que me hablan de ella todas las personas que asisten al taller. Todas, sin excepción, esperan con ilusión que llegue el último domingo de septiembre para desfilar con sus respectivas comparsas en la fiesta de la Mojiganga, en honor a la Virgen del Rosario, disfrazados con máscaras de papel maché y, en algunos casos, sobre carrozas alegóricas construidas artesanalmente por cada grupo. Las semanas previas a la "Moji", como llaman cariñosamente a esta fiesta, son un no parar; se moldea, se pinta, se diseña… Aldo forma parte de una de las comparsas más conocidas y a decir de muchos, de las más originales. Cada año, siguiendo una temática diferente —que guardan con celo hasta el mismo día del desfile— crean todos los disfraces y accesorios de sus integrantes.

Hace ocho años que a Aldo le propusieron formar parte del colectivo artístico que promueve la comparsa, lo que aceptó encantado. Desde

entonces, no ha parado de involucrarse cada vez más, tanto con los preparativos de la Mojiganga como con otras actividades del grupo a lo largo del año. En 2014, gracias a su participación en las actividades de la asociación, Aldo tiene la oportunidad de viajar por primera vez fuera de México. Está realmente emocionado, y siente que ese viaje paga en parte las horas de trabajo voluntario de todos esos años: "fue cuando empezó a salir el auge de la asociación, vienen cosas buenas, todo esto. Entonces yo me enfilé mucho acá. Por eso es que tengo la oportunidad de ir a Francia, por el tiempo que he trabajado, que he invertido". Aldo, sin dudarlo un momento, ha pedido los meses de excedencia que le hacen falta en su trabajo como auxiliar administrativo. No dudaría en cambiar ese puesto que heredó tras la jubilación de su madre por un trabajo remunerado en la asociación artística, aunque es consciente de las ventajas de su empleo actual:

> Pero tengo todas prestaciones. Tengo seguro, el INSS [sic], en este caso. No sé, si me quiero comprar un carro, lo financian ellos y me lo van quitando quincenalmente, una casa… Una casa la puedes pagar en cuarenta años. Hay muchísimas facilidades. […] El problema aquí es que no te lo pagan puntualmente. Tal vez te lo paguen al final de la quincena, tal vez al final del mes, o tal vez dentro de seis meses. Entonces sí está difícil. Allá si me tienen que pagar mañana, mañana tiene que estar mi depósito.

La parte creativa del trabajo con el colectivo artístico compensaría, siempre que le generara ingresos suficientes para mantenerse, perder las ventajas de su trabajo en el sector de la educación pública. Su familia no está, sin embargo, al corriente de sus planes, y no siempre ha visto con buenos ojos la implicación tan entregada de Aldo:

> Y entonces, antes me decían: "oye tú, ya llegas a la…" cuando está la mojiganga, yo sí sufro porque salgo de trabajar de la secundaria, paso a comer y vengo para acá. Y llego a la una, dos, tres, cuatro… la última semana no duermo. Si duermo, duermo una hora, dos horas. Entonces, pues sí me dicen, "estás loco, estás llegando tarde, no te pagan". Entonces, cuando ocurre todo esto, sí les dije, aquí está como que la recompensa por todo lo

que ha pasado. Pero pues no les he dicho que pienso dejar si me va bien acá.

Esta última frase me la dice con una sonrisa pícara que deja entrever que es consciente de la magnitud de las consecuencias de tal opción. La única hermana de Aldo vive en el Estado de México, donde trabaja como enfermera y adonde su familia la visita siempre que puede. Al preguntarle por lo que haría el resto de su familia cercana si finalmente él se decidiera a mudarse al Estado de México, me contesta con absoluta rotundidad: "nos vamos todos —¿Ya a residir allá? —insisto—. Sí, sí", dos síes que no dejan lugar a dudas y que muestran lo consciente que es Aldo de las consecuencias de su decisión de permanecer en Zacualpan para las vidas de otros miembros de su familia. Si no fuera por Aldo, la familia entera se habría mudado a la ciudad donde ya vive su hermana.

Los viernes, al terminar el taller, el alebrije a medio hacer de Aldo junto con los del resto de personas del grupo vuelve a poblar las estanterías de la casa-taller, donde descansarán hasta la semana siguiente. Lupe, quien viene a limpiar dos veces por semana, me dice sonriendo con su habitual energía, que cuando viene y no hay nadie siente cierta inquietud. Al principio, sobre todo por las noches, a mí me sucedía lo mismo. Los colores chillones de las manchas imposibles que conforman esas criaturas fantásticas con entrañas de papel encolado que son los alebrijes, y que tanto me recuerdan el colorido de México, desaparecen en la oscuridad de la noche dejando sólo siluetas amenazadoras de insectos con garras, colmillos y alas fantasmagóricas.

Debo admitir que acabé esperando con ganas las mañanas en las que Lupe estaba por la casa. Es muy agradable conversar con esta mujer que desprende vitalidad. Le gusta hablarme de sus hijos, de quienes está muy orgullosa. Espera con ilusión todos los viernes por la tarde, cuando su hijo regresa a pasar el fin de semana en Zacualpan desde Cuernavaca, donde estudia en la universidad estatal. Su hija mayor también estudia, para maestra, en una escuela normal en Cuautla adonde va y viene todos los días.

> Mi hija no quería estudiar a lo primero. Era medio rebelde en la secundaria. Yo le decía que tenía que estudiar porque si no ¿de qué iba a vivir? Yo quería que estudiara otra cosa porque ya aquí hay muchos maestros y no hay plazas libres. Pero igual es lo que ella quiera. Tengo un tío y algunos primos en [la Ciudad de] México pero ella no quería irse, y mi esposo me decía, mejor deja que haga como quiera. Ella no quería ni salir de aquí. Va y viene a Cuautla todos los días.

Además de limpiar casas, Lupe también vende los huevos de las gallinas que cría en la colonia. Su casa es una construcción sólida, de dos pisos, construida con el dinero que su esposo ganó durante su tiempo de trabajo duro y sin papeles en Estados Unidos. A diferencia de Lupe, su marido aún no ha descartado totalmente volver a trabajar un tiempo fuera de México. Algunos varones de las colonias están siendo contratados para trabajar de manera temporal como apicultores en Canadá. El marido de Lupe piensa que este programa podría ser una opción para asegurarse la vejez, pero Lupe no está de acuerdo, convencida de que en cuanto sus hijos terminen de estudiar, su necesidad de ingresos disminuirá considerablemente. Lupe, al igual que Aldo, es feliz en Zacualpan, siente que tiene lo que necesita para vivir y que no podría tener la misma calidad de vida en ningún otro lugar. Le encantaría que sus hijos también pudieran hacer su vida en el pueblo, sin tener que marcharse, aunque cree que por trabajo es probable que tengan que seguir saliendo, como lo hacen ahora por estudios:

> A mi hijo casi no le he dicho porque él he visto que le gusta mucho vivir acá porque cuando platica conmigo de planes a futuro, o sea, que él piensa vivir acá ¿no? Que a lo mejor se tendrá que ir a trabajar o estudiar pero como que él siento que le gusta mucho vivir acá. Y mi hija, pues no me platica, no me dice. Luego le digo yo, no hija. También dice, no, no, yo mi casa la voy a hacer acá. Pero le digo, "cuando te cases, de preferencia cásaste [sic] por acá cerca, porque si te casas lejos, yo sí iré a visitarte porque eres mi hija pero iré un día, a lo máximo dos, pero yo me regreso. Y si estás enferma —le digo— no te puedo ayudar".

Articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad en la familia

Ya hace tiempo que en la academia no se cuestiona el hecho de que la migración es, en muchas ocasiones, un proyecto familiar. La inmovilidad también lo es, y además se encuentra trabada, junto a distintos tipos de movilidad, en estrategias familiares que no están exentas de tensiones. El taller artístico enlaza las historias de Aldo y Lupe. Dos personas que permanecen, queriendo además hacerlo, formando parte de marañas familiares más amplias que complejizan y dan volumen a esas situaciones de inmovilidad.

La movilidad de distintos tipos (estacional, temporal, circular, permanente, internacional, etc.) es, desde hace años, parte importante en los procesos de reproducción social de muchas familias en el campo mexicano (Arizpe, 1985; D'Aubeterre, 2007; Leonard *et al*., 2004). Un número importante de hogares rurales depende de los ingresos asalariados de sus miembros conseguidos en otros espacios físicos. Es evidente el hecho de que la migración permite la reproducción de la familia; sin embargo, el vínculo es doblemente direccional: la migración permite la permanencia en el futuro de la familia, así como la migración es permitida por la permanencia en el presente de la familia gracias, en parte, a los recursos (materiales, pero también relacionales y simbólicos) que los miembros que permanecen aportan al proyecto migratorio. Poner el foco en la unidad familiar permite analizar las estrategias migratorias generadas para su reproducción y examinar el reparto de tareas del proyecto migratorio implementadas por los distintos miembros de la familia. Así como las condiciones concretas que enfrentan las personas que llevan a cabo los distintos tipos de migración han sido ampliamente estudiadas, el estudio de las condiciones concretas de quienes permanecen necesita más atención, ya que sólo centrándonos en el papel jugado por estas personas que permanecen, podemos generar preguntas que no son visibles si ponemos el foco de nuestras investigaciones sobre las partes móviles de la familia. Entre otras cuestiones cabe preguntarse: ¿cómo es la vida de esa madre que permanece mientras su marido o su hijo mayor migra? ¿Cómo es

la vida de la hermana mayor que ha decidido quedarse? ¿Cuáles son sus aportaciones a las movilidades de otros miembros de su familia cercana? ¿Y sus consideraciones al respecto?

Los reajustes que tienen lugar en la familia como consecuencia de la migración de alguno de sus miembros han recibido amplia atención académica, especialmente en situaciones de migración transnacional. La familia como objeto de estudio se ha reconceptualizado para permitir análisis más precisos de estas nuevas realidades. Para el caso mexicano, y tanto para situaciones de migración interna como internacional, se han generado distintas nociones, entre las que destacan: la de configuraciones familiares (Grammont *et al*., 2004), archipiélagos familiares (Léonard *et al*., 2004), o arreglos familiares (Hondagneu-Sotelo y Ávila, 1997). Cada una de esas denominaciones pone el énfasis en un aspecto diferente. Por ejemplo, el concepto de configuraciones familiares desarrollado por Hubert C. de Grammont y colegas, de clara naturaleza relacional, destaca la diversidad de situaciones familiares más allá de la idea estándar de la familia nuclear, así como el carácter dinámico de estas situaciones, al encontrarse la familia en constante adaptación a las cambiantes situaciones de vida (Grammont *et al*., 2004, p. 357). Por su parte, la idea de archipiélago familiar, de Eric Léonard y colegas (2009), destaca la plurilocalidad de sus miembros en búsquedas complementarias de recursos que también se encuentran plurilocalizados. Aunque no aparece mencionado de manera explícita, resulta fácil ver la conexión entre la idea de archipiélago familiar y el concepto de migraciones por relevos desarrollado por Lourdes Arizpe. Estas migraciones por relevos implicaban que las personas involucradas en la migración (sean el padre o los diferentes hijos e hijas), como parte de la familia, "están cumpliendo con un papel asignado en la división de labores al interior de la unidad campesina" (Arizpe, 1980, p. 24). Esta autora identificó el envío de diversos miembros de la familia campesina como "ramales" a aquellos lugares donde podían obtener un salario, como una estrategia clave para la reproducción social de estas familias. Pierrette Hondagneu-Sotelo y Ernestine Ávila (1997), en su trabajo seminal sobre maternidad transnacional, aludían a los arreglos familiares (*family arrangements*) requeridos

para ejercer la maternidad en las situaciones de separación espacial y temporal generadas por la migración internacional.

En línea con todos esos trabajos, mi aportación terminológica del concepto de marañas familiares intenta recoger la complejidad de las relaciones entre cada uno de los miembros al interior de la familia de cohabitación, así como destacar —al contrario de lo que sugieren ciertas visiones armónicas de la unidad familiar— el carácter no siempre ordenado de las mismas. La maraña, como las lianas, es rizomática, no sé el número exacto de conexiones, ni en ocasiones dónde está el nodo de unión. Tradicionalmente, se ha constituido como objeto de estudio la relación entre la persona que migra y su familia. Utilizando la imagen de la maraña familiar, podemos tomar ese vínculo no como una sola relación y pasar a pensar la "familia" como la organización jerarquizada de una serie de relaciones diádicas entre sus miembros. Cada una de las diadas que la componen puede conformarse entre dos o más miembros. Con fines ilustrativos, tomemos como ejemplo una familia nuclear tipo de cuatro miembros: padre, madre, hermano y hermana, donde el hermano migra de manera permanente a otra ciudad dentro de México pero sigue manteniendo una relación cercana con el resto de su familia. En lugar de analizar únicamente la relación migrante-familia, podemos analizar la maraña de relaciones que subsume en realidad la etiqueta "familia". Así, podemos analizar las diadas unipersonales migrante-padre, migrante-madre, migrante-hermana, hermana-padre, hermana-madre, así como las diadas multipersonales migrante-progenitores, hermana-progenitores y hermanos-progenitores. Es evidente que no todas esas relaciones son igualmente significativas ni que, por supuesto, sus niveles de autoridad y autonomía sean similares. Bajo una estructura patriarcal, en la diada migrante-padre se tomarán las decisiones de mayor calibre basadas en la atribución mayor de autoridad que la variable género (y en menor medida, edad) otorga a la diada padre de familia-migrante varón. Si aunamos la patriarcalidad a una organización gerontocrática, estaremos incorporando los dos ejes de ordenación más relevantes para la jerarquización de las diadas en la maraña familiar: el género y la edad o generación. Es al nivel de las diadas que se forman en las familias de

cohabitación donde se producen las articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad más significativas. No es, sin embargo, éste el único nivel, ya que parientes de la familia extensa, como abuelos, abuelas, primos, primas, tíos y tías también toman parte en procesos de movilización o inmovilización. A mayor número de miembros en la familia, sobre todo con la incorporación de miembros de distintas generaciones y de la familia de elección, mayor número de diadas y, por lo tanto, mayor complejidad para desenmarañar la maraña de relaciones familiares.

Las familias de Lupe y Aldo nos permiten explorar dos articulaciones concretas entre situaciones de movilidad e inmovilidad. Con base en sus familias de cohabitación, tanto Lupe como Aldo actúan como ejes pivotantes para las movilidades o inmovilidades del resto de sus familiares cercanos. Los procesos de (in)movilización son diametralmente opuestos, ya que la inmovilidad deseada de Lupe actúa como facilitadora de movilidades y migraciones del resto de sus familiares; mientras que en el caso de Aldo su inmovilidad ancla u obstaculiza ciertos tipos de movilidades, y todo ello es fuertemente afectado por el género. Como veremos, no casualmente Lupe le pide a su hija que se case con alguien de cerca.

Inmovilidad facilitadora

Los proyectos migratorios son, en una gran mayoría de los casos, proyectos familiares en los que aunque uno de los miembros se mueva —haya o no cambio de residencia, sea esta movilidad dentro o fuera del estado o país— otra parte permanece. Esas personas que permanecen son tan necesarias como las que migran para el correcto desarrollo del proyecto migratorio. Su inmovilidad facilita la movilidad de sus familiares. El caso de Lupe es paradigmático.

Las diadas que conforman la familia de cohabitación de Lupe nos permiten explorar pautas locales de ocupación relevantes a lo largo del tiempo y del espacio. En la actualidad esta unidad familiar es un buen ejemplo de multiactividad. El esposo combina distintas fuentes de ingreso, agrícola y no agrícola, tras su tiempo de trabajo en Estados Unidos. Por su

parte, Lupe, quien oficialmente se encuentra bajo el epígrafe de población no económicamente activa dedicada a los quehaceres de la casa, en realidad genera ingresos irregulares en la economía informal, vendiendo los huevos de sus gallinas y limpiando casas de manera puntual.

La diada esposo-esposa nos permite ver cómo la permanencia en Zacualpan de Lupe y su asunción de tareas reproductivas y productivas permitieron, poco después de su boda, la movilidad de su esposo a Estados Unidos:

> *¿Y cuando se fue su esposo usted sí estaba de acuerdo?*
> Sí, pues sí. Si no, no hubiera ido, yo creo. O sea, me dijo, ay, dice, me voy a ir, dice, porque, este, donde vivimos no está muy grande [*yo: está bonita la casa*]. No, sí, está bonita. Vivo muy contenta.

La inserción precaria de este segmento de población, a quien se le niega el derecho a migrar de manera legal a Estados Unidos, refuerza aún más la necesidad del papel de Lupe en México. Precisamente porque Lupe permaneció al cuidado de sus hijos, su marido pudo trabajar en Estados Unidos. Sus tareas, al igual que en el caso de muchas otras mujeres familiares de migrantes internacionales, incluían también el manejo de las remesas enviadas y el encargo de construir la casa.

La relación no es unívoca por cuanto la negativa de Lupe a reunirse con su marido en Estados Unidos y dejar a sus hijos al cuidado de su madre en Zacualpan redujo el tiempo de estancia de su marido en el extranjero. El dinero ganado por su marido en el Norte les posibilitó construir su casa de cemento de dos pisos en la colonia, construir el pozo —que es, como decía Montserrat, un gasto importante al que los pobladores de las colonias necesitan hacer frente— y comprar sus primeras cabezas de ganado. El ganado actúa como una suerte de sistema de ahorro viviente. Cuando pregunto a Lupe por el número de animales que tiene, me contesta:

> Ahora poquitos, sólo seis becerros; como están los chicos estudiando, pues, poco. Hay que vender para comprar los libros y pagar que mi hijo

> se queda rentando en Cuernavaca, y los pasajes de mi hija a Cuautla que cobran diez hasta Amayuca y luego doce hasta Cuautla. Casi salen lo mismo los dos.

La inmovilidad facilitadora de Lupe despliega también sus efectos en la actualidad, esta vez en las diadas madre-hijo y madre-hija. Los dos hijos de este matrimonio incorporan la movilidad en la trayectoria de inmovilidad de Lupe, al encontrarse temporalmente fuera, estudiando. Tanto la hija como el hijo de Lupe, y sobre todo la primera, que va y viene a Cuautla a estudiar todos los días, aparecen en las estadísticas sobre movilidad bajo el calificativo de población flotante. Lupe lleva a cabo tareas como la limpieza de la ropa de sus hijos, preparar la comida, o informarles de las novedades en el pueblo, que son importantes para su movilidad. La permanencia de Lupe permite que sus hijos, como ramas que se extienden con el viento, puedan irse sin desarraigo, de la misma manera que lo hizo su marido.

Los ingresos obtenidos por Lupe y su marido en Zacualpan, en un contexto donde ya existe una casa familiar gracias al dinero ahorrado con el proyecto migratorio a Estados Unidos, permiten sostener los estudios de ambos hijos. La utilización de los excedentes monetarios en inversión educativa para los miembros más jóvenes de la familia es una pauta habitual de utilización de remanentes en contextos donde ya se ha construido la casa familiar y donde no existen opciones claras de inversión local (Arizpe, 1980, p. 33; Léonard *et al*., 2004, p. 575).

La articulación movilidad-inmovilidad está muy relacionada con el ciclo vital. Esto se nota claramente cuando Lupe me cuenta que cuando sus hijos terminen de estudiar, los gastos de la casa descenderán y para ella y su marido será más fácil vivir. Así como apoyó a su marido cuando se fue a Estados Unidos, en la actualidad es muy reacia a que éste se marche a Canadá, aunque sea una migración circular y legal:

> Le digo yo ¿pero para qué quieres ir a Canadá ya? No, ya no vayas. Dice, no pero dicen que ganan buen dinero y que dice, o sea, que dicen que después los jubilan, como así como un maestro. Ahorita con la reforma

> creo que ya ni les van a dar jubilación o algo pero antes los maestros estaban muy bien porque se jubilaban y tenían su pensión. Y dicen que ahí en ese trabajo también les dan así. Después, dicen, que se retiran, les dan su pensión. Dice él, "Pues para cuando ya esté grande, tenga mi pensión". Ay, siquiera que viviéramos grandes aunque no tengamos pensión. Dice, no, "pero por si acaso llego a vivir, yo digo que voy a meter papeles", dice. Ya digo "no, ya no metas nada. Digo, ya nuestros chamacos ya están acabando de estudiar, ya para ti y para mí…" Ahora, no creo que sean tan ingratos como para que si necesitamos cuando ya estamos grandes, no nos ayuden. Sí nos han de ayudar.

Como vemos, gracias a la permanencia de ciertas personas en un hogar —al cuidar de las tareas productivas y reproductivas del mismo— se facilita o permite la migración de otras dentro del mismo hogar. En el caso concreto de la migración internacional, ciertas inmovilidades facilitadoras son además inmovilidades transnacionales por cuanto facilitan movilidades internacionales que dan lugar a familias transnacionales. Los hogares transnacionales surgen de la presencia simultánea de migraciones internacionales y permanencias, lo que da lugar a situaciones en las que hay personas que viven separadas físicamente pero que se reconocen como pertenecientes a un mismo hogar (Bryceson y Vuorela, 2002, p. 3). Los estudios sobre familias transnacionales apuntan, aunque no lo definan como tal, a la existencia e importancia de las inmovilidades transnacionales (Mata-Codesal, 2014). El concepto de inmovilidad transnacional permite reconocer el papel activo de esa parte de la familia que permanece durante los procesos migratorios de otras personas. El concepto de inmovilidad transnacional no se puede aplicar acríticamente a todas y cada una de las familias con miembros migrantes en otro país, ya que existen familias que no viven vidas familiares transnacionales, bien por falta de recursos, bien porque el hecho de migrar rompió alguna o todas las diadas familiares claves. Vivir de manera transnacional implica vivir vidas separadas. Este modo de vida transnacional, a caballo entre dos Estados-nación, en muchas ocasiones no es una situación elegida por las personas migrantes sino consecuencia del estatus legal irregular

que se les ha impuesto y que les impide desarrollar una vida familiar dónde y con quién les gustaría. La separación tensa las diadas familiares, de manera muy especial la diada conyugal, obligando a reconfigurarlas (D'Aubeterre, 2000).

Inmovilidad obstaculizadora

De manera contraria al caso de Lupe, en algunos casos, ciertas inmovilidades dentro de la familia obstaculizan e incluso impiden la movilidad de otros miembros. Es el caso de la mujer de Ariel. Su falta de ganas de ir a Estados Unidos junto a su marido hace que éste no termine de decidirse a ir y busque fuentes alternativas de ingresos dentro de México. Esta inmovilidad es obstaculizadora por cuanto ancla Ariel a Zacualpan, aunque no es totalmente impedidora, ya que en última instancia, Ariel siempre puede tomar la decisión por su cuenta: es el varón proveedor de la familia y socialmente no sería criticado por ello.

El caso más interesante es el de Aldo, donde destacan dos relaciones diádicas: la de Aldo con sus padres y la que lo une con su hermana mayor. Su proyecto de desarrollo personal ancla a sus padres ya jubilados a Zacualpan, y provoca que lo que de otra manera sería una migración interna hacia el Estado de México, se articule como movilidades con estancias de más o menos días en la ciudad donde vive su otra hija. No siempre es fácil el manejo de situaciones en las que se tienen relaciones intensas dentro de la familia nuclear y, en paralelo, pertenencias a redes más amplias localizadas en un espacio físico no compartido por todos los miembros de la familia. Vemos cómo necesitamos posicionar el "aprender a convivir", que Jason Pribilsky (2004) estudió en los Andes ecuatorianos entre varones migrantes y sus mujeres que permanecían en Ecuador, dentro de redes o marañas más amplias que en ocasiones imponen tensiones en ese proceso de aprendizaje y acomodo de cotidianidades e intereses.

La inmovilidad obstaculizadora también está fuertemente ligada al ciclo de vida de los distintos miembros de la familia. Una inmovilidad obstaculizadora, o si se quiere una fuerza atractora hacia Zacualpan, son

los padres en su etapa anciana. Regresar para cuidar a los padres mayores cuando ya no se valen es una pauta seguida con frecuencia. Todas las personas entrevistadas estaban de acuerdo en que la alternativa de que los padres ancianos se fueran a vivir con sus descendientes cuando éstos viven en entornos urbanos era menos preferible que el hecho de que terminaran su vida en el entorno social y geográfico conocido de Zacualpan. El ritmo tranquilo de Zacualpan, las relaciones, la información, hace más fácil navegar el día a día de las personas mayores en el pueblo.

El apoyo que nos dimos como hermanos

La familia nuclear está compuesta por tres relaciones o diadas básicas: la que se da entre los esposos, relación de alianza; la filial, que une al padre y madre con sus hijos e hijas, y la que se da en el grupo de hermanos y hermanas, relación de germandad. De estas tres relaciones la que menos atención ha recibido en los análisis de la migración es la que se da entre hermanos y hermanas. Para el caso mexicano, la maternidad transnacional (ver el trabajo ya clásico de Hondagneu-Sotelo y Ávila, 1997) y, en menor medida, la paternidad (Debry, 2006; Mummert. 2005) han sido el *locus* de exploración que ha generado análisis de increíble calidad (para un buen resumen de los temas tratados, no sólo en el contexto mexicano, ver el editorial de Carling, Menjívar y Schmalzbauer, 2012). También el impacto de la migración en la relación entre esposos cuando una de las partes migraba y la otra permanecía ha sido explorado en distintos contextos geográficos (para el caso de México ver, por ejemplo, Ariza y D'Aubeterre, 2009, o el libro editado por Barrera y Oehmichen, 2004). La importancia del grupo fraternal no ha recibido tanta atención directa, aunque sea una diada que se reconfigura en situaciones de migración internacional, como muestra el estudio de Patricia Arias (2012) sobre los patrones de herencia y los cuidados de los padres ancianos en situaciones de migración.

La infancia de Julio no fue fácil. A la pobreza de sus padres, la dureza del trabajo en el campo y la falta de comodidades materiales, se añadía

el peso de la responsabilidad como hermano mayor: "[…] éramos cinco y yo era el mayor. Casi por lo regular siempre los mayores son los que llevan la friega. Sí, ya después de eso, pues ya los que vienen más después, ya como que van más fácil". De la misma manera es consciente Ximena de que sin la ayuda de su hermano mayor, difícilmente sus padres hubieran podido costear sus estudios de magisterio, y ella misma continúa la cadena de apoyo con sus dos hermanos más pequeños:

> Lo que pasa que por lo mismo que nosotros vimos la economía de la casa, por ejemplo, mi hermano el segundo, él entró a trabajar cuando yo entré a la Normal; entonces él me ayudaba a mí. Cuando yo me recibo y empiezo a trabajar, entre los dos, el mayor y yo, ayudamos a los dos más chicos a que estudiaran. […] Cuando yo estoy aquí en el bachillerato, aquí de Temoac, yo me iba caminando porque no teníamos los recursos necesarios para transportarnos. O sea, fue mucho esfuerzo por parte de nosotros, y el apoyo que nos dimos como hermanos. Sí, porque mi papá, era muy poco lo que él ganaba. De jornalero, pues, muy poco el apoyo que se le da (Ximena, mujer, 42 años).

Más fácil reconoce haberlo tenido Liliana, la pequeña de siete hermanas y dos hermanos, al contar con el apoyo de sus hermanos y hermanas mayores (muchos de ellos migrantes internos), tanto para sus estudios como para sus estrategias posteriores de inversión que le permiten generar ingresos para permanecer en Zacualpan:

> Mi hermano con el que vivimos aquí, él siempre me sostuvo la carrera junto con mi mamá. […] Entonces, este, pues, siempre, siempre hubo quien resolviera mi situación económica. Mi situación sólo era estudiar y estudiar.

En las entrevistas aparecen de manera recurrente referencias a la diada fraternal: hermanos o hermanas que abrieron el camino seleccionando estudios, migrando o permaneciendo, enviando dinero ganado en otros lugares, cuidando en Zacualpan a madres ancianas o a sobrinos

adolescentes, etc. Articulaciones todas ellas centrales entre situaciones de movilidad e inmovilidad.

Dos ámbitos destacan en la diada fraternal. Por un lado, el reparto de los cuidados, y por otro, los apoyos para la educación. El grupo fraternal es un espacio de relaciones altamente significativo para el manejo de las remesas y los encajes residenciales que se producen tras la migración (Arias, 2012; Mata-Codesal, 2012, p. 103). Las tareas físicas del cuidado, ejercidas sobre todo por hermanas, son muy importantes en contextos migratorios, y acontecen tanto en el lugar de residencia como en el de origen.[2] La articulación entre movilidad e inmovilidad a menudo traduce aportaciones distintas al hogar con base en aportes materiales o financieros y en el ejercicio físico de las tareas del cuidado. El acuerdo entre quienes proveen los recursos materiales y quienes ejercen el cuidado físico de familiares mayores o menores traslada una articulación entre una situación de movilidad —la de la persona migrante que envía remesas desde donde trabaja, sea dentro o fuera de México— y una de inmovilidad —en la persona que permanece en Zacualpan—. Es el caso de Liliana y sus hermanos, pero también el de Alondra y su hermana Dulce, que regresaron a cuidar de su madre anciana, así como el de muchas otras hermanas en Zacualpan. El segundo aspecto relevante al interior de las diadas fraternales es el de los apoyos en educación. Los casos de Ximena o Liliana son sólo ejemplos del hecho de que "la costumbre de que los hermanos mayores ayuden a pagar la educación de los menores es tradicional en México" (Arizpe, 1980, p. 33). La diada fraternal, esa relación familiar horizontal, es, pues, importante en el desmenuce de las relaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad. Lógicamente, en familias con más hijos e hijas, como las de las colonias, la importancia de esta relación es mayor. Las prácticas que se sustentan en la relación de germandad más extendidas en Zacualpan son apoyos diversos (financieros, logísticos, informacionales,

[2] Por ejemplo, Francesca Lagomarsino y Simone Castellani (2011) en su trabajo sobre adolescentes ecuatorianas reagrupadas en España e Italia mostraban las tareas que llevan a cabo en el hogar, sobre todo con relación al cuidado de hermanos y hermanas más jóvenes.

relacionales, etc.) para la consecución de metas educativas, normalmente de hermanos o hermanas mayores con los más jóvenes; repartos de las tareas del cuidado entre el aspecto físico y la provisión material, y por último, apoyo financiero y relacional en la movilidad, tanto dentro como fuera. De hecho muchas de las cadenas migratorias que dirigen y facilitan en Zacualpan ciertas migraciones, emergen inicialmente de relaciones fraternales.

Mujeres enraizadas y penélopes que esperan

Hace más de treinta años, en un artículo repetidamente citado, Mirjana Morokvasic enfatizaba que también las mujeres son aves de paso (1984). El enfoque de género ha señalado claramente que "la migración no era un fenómeno exclusivamente de los hombres, las migrantes no eran apéndices de la migración masculina y sus desplazamientos podían tener motivaciones particulares" (Arias, 2013, p 93). Desde entonces, mucho se ha avanzado en el estudio de las relaciones mutuas entre migración y género, así como en el reconocimiento del papel activo de las mujeres en los procesos migratorios. En México, este reconocimiento empieza ya en la década de 1980 con el estudio recopilatorio de Gail Mummert (1988) sobre los papeles jugados por las mujeres de dieciséis pueblos de migrantes de Michoacán en los procesos migratorios, y donde quedaba de manifiesto que "ya sea como mujer de migrante o como mujer migrante, ésta representa una pieza clave en la estrategia familiar de reproducción social" (Mummert, 1988, p. 281). Al día de hoy es indiscutible que la migración es un proceso altamente condicionado por el género. Lo que se ha venido denominando la feminización de las migraciones es en muchos casos consecuencia de una feminización de las investigaciones sobre migraciones, y tiene más que ver con un cambio en los paradigmas explicativos del fenómeno que con un aumento del número de mujeres implicadas. De la misma manera en que la migración está condicionada por el género, también lo está la permanencia.

El género es una variable central en el estudio de esa parte de las familias transnacionales que permanece, las personas inmóviles, denominadas habitualmente como "quienes se quedan" o "dejadas atrás" (*left behind*). Son habituales los estudios acerca de las consecuencias económicas, en términos de empoderamiento, logros y continuidad educativa, edad de acceso al trabajo, efectos psicológicos, estigma o el tema de los cuidados, entre otros, en mujeres, personas ancianas, jóvenes, niños y niñas familiares de migrantes que permanecen. No siempre estas personas son consideradas actores clave en los proyectos migratorios de sus familiares, lo que les atribuye condiciones de pasividad y victimismo (Mata-Codesal, 2014, p. 3985). No es casual que la mayor parte de los estudios sobre *left behind* hagan referencia a los hijos e hijas menores de edad, esposas o padres ancianos de las personas migrantes. Es así como empezamos a vislumbrar que algunas inmovilidades se construyen culturalmente asociadas a ciertas características grupales, como son la edad (se tiende a considerar más inmóviles a los niños y niñas pequeños y a los ancianos en oposición a los adultos jóvenes en edad de trabajar) o el género (las inmovilidades femeninas son a menudo construidas como más "naturales" o menos problemáticas que las masculinas).

Aunque, como han mostrado Laura Oso y Natalia Ribas-Mateos (2013), mucho se ha avanzado en el mundo académico respecto al tratamiento del género en los procesos migratorios, aún existen planteamientos que incorporan y hacen visibles a las mujeres en la migración bajo ópticas de falta de agencia. Es el caso de la incorporación del mito de Penélope a los imaginarios sobre la migración (Gaspar, 2006; Mediavilla, 2013), que permite superar la invisibilidad social del rol de estas mujeres. Ya no sólo Ulises viaja, Penélope también espera. Sin embargo, la manera en la que en ocasiones este reconocimiento de la realidad de muchas mujeres familiares de migrantes se lleva a cabo en México por parte de organismos que asesoran o implementan políticas publicas asistencialistas orientadas a hogares receptores de remesas o a las "mujeres de migrantes", contribuye a reforzar imágenes de subordinación y pasividad. El breve extracto de la presentación en internet del proyecto documental sobre "Penélopes mexicanas" ilustra esta asociación:

> Miles de madres de familia son abandonas [sic] o viudas a raíz del fenómeno migratorio. Esperar, haya remesa o no, es lo único que les queda a estas mujeres, madres de hasta nueve hijos, Penélopes mexicanas, víctimas de la migración y de la desigualdad que se vive en la aún sociedad patriarcal donde nacieron. La espera, va destruyendo la vida de estas mujeres, cortándoles oportunidades, dificultándoles el diario vivir (Mediavilla, 2013).

Abandono, espera, víctimas, son los calificativos para referirse a estas mujeres en su papel de esposas y madres de migrantes. Son las mujeres que se dejan atrás, donde la propia expresión utilizada proyecta una imagen de inhabilidad para moverse. El mito de Penélope, de la mujer que espera, transmite imágenes de ausencia de agencia al asociar a la mujer con un rol pasivo y subordinado (Gaspar, 2006, p. 425) que no es más que la consecuencia de una lógica sedentaria que toma la permanencia como una situación por defecto. En esta lógica no existe decisión previa por parte de las personas que permanecen, quienes aparecen representadas como meras receptoras de las consecuencias de las acciones de otras personas en su entorno.

> El mito griego de Penélope (que esperó a su esposo Ulises durante veinte años, tras la guerra de Troya y sus aventuras en el mar) representa la tradición patriarcal de la mujer sumisa y obediente que, a lo largo de la historia, ha sido retomado como imagen de la fidelidad en diversas vertientes del Arte y la Literatura. La situación imposible de la espera se sublima y poetiza en este antiguo mito donde el amor y la fidelidad son capaces de vencer veinte años de separación (Mediavilla, 2013).

Esas madres, esposas, amantes, hijas y hermanas de migrantes que esperan son las penélopes que permanecen y aguardan, igual que Penélope en el mito, el regreso de Ulises. Estas imágenes de pasividad y subordinación no son, por supuesto, casuales, sino que derivan de posicionamientos ideológicos más profundos que enraízan a la mujer en la tierra. El pensamiento dicotómico es característico del proceder científico occidental. Categorías estrictas, de bordes claros, estructuran nues-

tra manera de entender el mundo (Deleuze y Guattari, 2002). Binarios opuestos tales como producción-reproducción, público-privado, global-local, tradición-modernidad, entroncan con una ideología de género que asocia lo masculino con la primera parte de la dicotomía y además la sitúa de manera jerárquica respecto al segundo término que se asocia con lo femenino, "el discurso de la diáspora también está moldeado por el género ya que etimológicamente diáspora hace referencia a la dispersión de semillas, enraizando a la mujer a la vez que convierte el viaje en el terreno privilegiado para el macho errante" (Nair, 1999, p. 185).

> La lógica binaria de dicotomías enmarca nuestra manera de pensar en categorías mutuamente excluyentes, así pues masculinidad, razón y objetividad se definen por la ausencia de feminidad, afecto y subjetividad. En el momento en el que rechazamos las separaciones categóricas presupuestas en las dicotomías, no sólo las fronteras entre esas categorías cambian sino también los significados de los términos antagónicos que dejan de ser mutuamente excluyentes para pasar a estar relacionados (Peterson, 1996, p. 18, citado en Freeman, 2001, p. 1009).

Como nos recuerda James Clifford (1997, p. 84), aunque las oposiciones binarias se han naturalizado en primer lugar de acuerdo con el género, también lo hacen en relación con la clase y la raza/cultura. La estasis y el movimiento se configuran por tanto de manera dicotómica —una *o* la otra— y además como prácticas femeninas y masculinas respectivamente.

> El viajar, con su encarnación de lo sofisticado, la aventura, la destreza física y la maestría cultural, es ampliamente construido como una actividad masculina. La circulación de mujeres en la arena global […] se ve en muchas partes del mundo como un reto reciente a las configuraciones tradicionales en base al género del espacio y el movimiento (Freeman, 2001, p. 1018).

Las imágenes imperantes en circulación representan a la mujer enraizada en la tierra, tradicional y a cargo de mantener la continuidad

doméstica en un entorno inestable y cambiante causado por movimientos globales que, de una manera explícita o no, encarnan una cualidad de masculinidad (Freeman, 2001, p. 1017). Lo local se lee en clave de mujer mientras que lo global sigue lógicas masculinas (Freeman, 2001). Fruto de esa normatividad social que opera de manera diferente para hombres y mujeres, socialmente se construye la inmovilidad femenina como natural.

La asociación frecuente entre mujer y raíces lleva a una naturalización de la relación entre ser mujer y no migrar (Jónsson, 2011, p. 11). En esta lógica se enmarcan los discursos catastrofistas de destrucción social y familiar asociados a las migraciones femeninas, que derivan de rupturas ideológicas en torno a concepciones tradicionales de la maternidad y la gestión de los cuidados. El hecho de que en Latinoamérica sean comunes los "ideales femeninos de la madre sacrificada que permanece en casa cuidando a sus hijos, mientras los padres trabajan fuera y proveen el dinero" (Aguirre Vidal, 2009, p. 23), genera ciertas imágenes asociadas a aquellas mujeres/madres que permanecen y aquellas que migran. La migración de mujeres, sobre todo si están casadas o tienen hijos, genera discursos muy negativos, como se aprecia claramente en el de "los varones aventureros y las madres que abandonan" que analizó Claudia Pedone para el contexto de la migración ecuatoriana de finales de la década de 1990 a Europa, encabezada por mujeres (Pedone, 2008). Tradicionalmente, la mujer aparece como la encargada de llevar a cabo los trabajos de reproducción y cuidado físico mientras el varón es el encargado de poner el pan en la mesa. Por este motivo, las migraciones masculinas no alteran la ideología de género predominante en contraposición a las migraciones femeninas, que la atacan directamente. Las inmovilidades femeninas en sociedades patriarcales son, por lo general, propiciadas como una manera de control y disciplina sobre las mujeres, y para ello se fomenta la imagen de la mujer-madre que permanece.

No cabe duda de que las inmovilidades femeninas tienen una lectura diferente de las inmovilidades masculinas. Sirva otro ejemplo, esta vez centrado en aquellos grupos para quienes la migración es ubicua y tiene una larga tradición. En contextos de alta migración internacional,

como ocurre en muchas zonas rurales de México, la migración acaba formando parte del entramado socio-cultural y económico local, y migrar pasa a ser una decisión cotidiana. Es lo que se denomina cultura de la migración. El caso de México es paradigmático y es uno de los lugares donde más se ha estudiado este fenómeno (ver, por ejemplo, Cohen, 2004; García, 2008; Kandel y Massey, 2002; Pérez, 2012; Wilson, 2010). Todos esos trabajos muestran cómo en presencia de una cultura de la migración la creación de masculinidades y feminidades está influenciada por distintos grados de movilidad e inmovilidad. Los jóvenes varones deban pasar por el rito de paso de la migración (a determinadas escalas geográficas) y regresar triunfantes antes de ser considerados adultos capaces y miembros de pleno derecho de su grupo (Cohen, 2004; Mata-Codesal, 2015; Ali, 2007). Por el contrario, no se espera lo mismo de las mujeres jóvenes de la comunidad (García, 2008, p. 122), cuyo rito de paso a la edad adulta está más marcado por la espera del retorno de los familiares varones migrantes, el matrimonio y la maternidad. De esta manera, mientras que la cultura de la migración fomenta la migración de los varones, fomenta igualmente la espera y permanencia de las mujeres.

Procesos de asignación de significado al movimiento

Aunque nos estemos moviendo constantemente, no todos nuestros movimientos son socialmente significativos (Cresswell, 2011). El cruce de fronteras significativas es lo que imbuye de significado al movimiento. En el caso de las fronteras geográficas, éstas adquieren significación de manera diferenciada en función del género, y nos encontramos con que operan mecanismos que invisibilizan los tipos de movilidades más frecuentemente seguidas por las mujeres. Al explorar los significados sociales atribuidos a la migración a la luz del marco subyacente construido sobre una distinción entre géneros, podemos apreciar que, por un lado, "la realidad se lee como sexualmente diferenciada", y por otro, que "la pertenencia a uno u otro de los pares masculino-femenino, hombre-mujer, imprime aspectos distintivos al modo de mirar esta rea-

lidad y, en consecuencia, de evaluar la experiencia de migrar" (Ariza, 2004, p. 395).

Como recogió el cartógrafo anglo-alemán Ravenstein hace más de un siglo en una de sus "leyes de las migraciones",[3] "las mujeres son más migratorias que los varones, al menos en distancias más cortas; los varones son sin embargo mayoría en la migración internacional" (recogido en King, 2012, p. 12). Esta ley formulada hace más de ciento veinte años es también aplicable a México. Ya Gail Mummert, en su artículo clásico sobre mujeres (de) migrantes establecía que "la migración femenina al interior de la República es un fenómeno bastante generalizado, ampliamente documentado para diversas regiones del país" (Mummert, 1988, p. 289). En la actualidad, las estadísticas reportan que la mayor parte de las personas que migran hacia Estados Unidos son hombres (Albo, 2012, p. 37). Sin embargo, las mujeres presentan sistemáticamente porcentajes más altos de residencia en estados distintos al de su nacimiento (Inegi, 2010). Existe una visibilidad mayor de la migración a Estados Unidos, entre otras cosas, por la gravedad de los efectos de la securitización de la frontera entre México y Estados Unidos, pero hay que tener en cuenta que la migración interna se encuentra tradicionalmente situada como menos relevante que la migración internacional (Wimmer y Glick Schiller, 2003, p. 585), lo que, unido a ideologías de género que presentan a la mujer como inmóvil y subordinada al hombre móvil, invisibiliza situaciones de movilidad interna o temporal. La explicación de las dicotomías global/masculino y local/femenino hecha por Freeman (2001) permite también entender la subordinación de lógicas de movimiento dentro de las fronteras de un país frente a aquellos movimientos que cruzan fronteras internacionales.

[3] "The Laws of Migration (las leyes de las migraciones)" escritas por Ravenstein entre 1885 y 1889 son a menudo mencionadas como uno de los antecedentes más claros de los estudios sobre migraciones. Basándose en el análisis de varios censos disponibles en aquel momento, este cartógrafo ponía de manifiesto el impacto de la variable género en los movimientos migratorios.

El proceso diferenciado de creación de fronteras significativas, aunque está muy relacionado con las fronteras internacionales, no se limita a éstas. El que un límite sea o no significativo y atravesar sobre él genere hablar de migraciones o no, no sólo está marcado por los efectos del Estado-nación y sus límites político-administrativos. El desmantelamiento progresivo del nacionalismo metodológico en los estudios sobre migraciones, es decir, el dejar de tomar por defecto como unidades de análisis el territorio comprendido dentro de los límites del estado-nación (Wimmer y Glick Schiller, 2003), ha permitido la incorporación de un mayor número y tipo de fronteras significativas, el cruce de las cuales convierte ciertos movimientos en socialmente significativos. Así, podemos ver cómo no sólo la escala geográfica es relevante: los motivos para moverse también lo son. Las connotaciones sociales no son iguales si, por ejemplo, el movimiento es por trabajo, por estudios, o por matrimonio, lo que afecta a la manera en la que las personas involucradas viven ese movimiento, ya que existe un vínculo claro entre la significación social del movimiento y la experiencia vivida de la movilidad. Recordemos aquí las palabras de Lupe:

> Luego le digo yo, no hija. También dice, no, no, yo mi casa la voy a hacer acá. Pero le digo cuando te cases de preferencia cásate por acá cerca porque si te casas lejos yo si iré a visitarte porque eres mi hija pero iré un día a lo máximo dos pero yo me regreso. Y si estás enferma, le digo, no te puedo ayudar. Y por acá, pues como mi mamá, yo a la hora que se me antoja me voy y luego mi esposo cuando llega yo ya he regresado.

El caso del género nos permite ver cómo existen otras variables que se traducen en significación o asignificación del movimiento y, por lo tanto, contribuyen a su invisibilización. Es una norma social extendida que la mujer se case en el lugar de residencia de su esposo. En Zacualpan, al igual que en muchas otras partes del mundo, se da una pauta de residencia virilocal tras el matrimonio, ya que "cuando una mujer se casa, pasa a ser considerada parte del hogar del marido" (Jónsson, 2011, p. 12). Este tipo de movilidad no se percibía como tal por las propias mujeres,

quienes al ser cuestionadas por sus pautas de movilidad no mencionaban tal movimiento. Nos encontramos, pues, con que más allá de la distancia implicada —que en muchos casos implicaba cambiar de municipio e incluso de estado— y, por lo tanto, de la frontera geográfica significativa cruzada, el motivo y las características del sujeto, entre las que destaca el género, también afecta a la construcción social de la movilidad. La pauta de residencia virilocal tras el matrimonio —el que la esposa se mude a vivir al lugar de origen de su esposo— es un ejemplo muy claro de cómo la asignación de significados al movimiento se hace de manera diferenciada para hombres y mujeres. Como señala Marina Ariza:

> […] buena parte de las significaciones sociales de las que echarán mano a la hora de dotar de sentido la experiencia migratoria personal, proviene del extenso repertorio de valores, símbolos y representaciones sociales que se fraguan o reciclan en el mundo familiar, como parte indisociable de una estructura de valores sociales más amplia, que lo sobrepasa y contiene (2004, p. 397).

Y que más allá del móvil explícito de los movimientos migratorios, a la construcción discursiva de los migrantes, afectan las concepciones subyacentes de feminidad y masculinidad (Ariza, 2004, p. 397).

¿Quién se percibe como inmóvil? La respuesta es que en lugares como Zacualpan las mujeres han sido tradicionalmente percibidas como menos móviles. Sin embargo, esta percepción no está tan basada en el hecho de que se movieran menos, sino en que los procesos de asignación de significado socialmente relevante al movimiento operan invisibilizando ciertos tipos de movilidades que se encuentran más vinculados a la mujer (migración por razón de matrimonio, migraciones internas, etc.). Esta imagen deriva de un marco normativo en el que implícitamente se desea que sean ellas quienes permanezcan físicamente. En concepciones tradicionales de la reproducción y los cuidados se construye como natural la separación entre la esfera doméstica de los cuidados, y la esfera pública de las tareas productivas. Consecuencia de esta separación dicotómica, y además jerárquicamente posicionada, las mujeres aparecen

naturalmente asociadas a la reproducción, el hogar y la permanencia, lo que lleva a que sus movilidades se construyan como más problemáticas o menos naturales que las masculinas. Al entender la identidad cultural enclaustrada territorialmente, y a la mujer a cargo de transmitir los valores culturales más profundos, se la enraíza y se naturaliza su permanencia física.

La utilización de concepciones conjuntas de la movilidad y la inmovilidad permite que, como muchos otros estudios han hecho ya en el caso de México, el papel de estas penélopes deje de tomarse por defecto, inevitablemente víctimas, sin poder de decisión. Estas mujeres se convierten en parte más o menos activa, más o menos facilitadora (y en ocasiones hasta obstaculizadora) de la movilidad de otras personas de su entorno. Como sugiere Jónsson (2011, p. 6), dependiendo del prisma que apliquemos, "quienes quedan" etiqueta a quienes permanecen para que otras personas migren pero también alude al hecho de que otras personas migran para que ellas puedan permanecer.

Cuerpos en edad de trabajar

Como se desprende de los casos presentados, ciclo de vida y proyecto migratorio están relacionados. Consecuencia de esa relación, la edad se vuelve relevante en el análisis sobre la (in)movilidad al convertirse en una variable que dota de distintos significados culturales a la inmovilidad. Si analizamos las imágenes por defecto asociadas a la movilidad, los migrantes, además de ser varones, son jóvenes, sanos y en edad de trabajar. Cuerpos aptos para trabajos que son, con frecuencia, inseguros, sucios y físicamente demandantes. Cuerpos, no personas con mundos culturales y sociales y vidas familiares. El hecho de que la migración internacional tienda a asociarse únicamente a razones laborales explica el porqué de este imaginario. Muy infrecuentemente la imagen estandarizada se desvía de este estereotipo. Así, pues, tanto los niños, niñas y jóvenes, como las personas ancianas están implícitamente asociados con la inmovilidad.

En los estudios sobre migraciones (como en muchas otras subdisciplinas de las ciencias sociales) los niños, niñas y jóvenes están ausentes, y en las escasas ocasiones en las que aparecen, se les concede el estatus de equipaje de sus progenitores migrantes (Dobson, 2009). En situaciones de migración familiar, "los niños continúan siendo representados como cargas que lastran a adultos que de otra manera serían aún más móviles" (Orellana *et al*., 2001, p. 578). Lo más habitual es que aparezcan como dejados atrás (*left behind*), con poca capacidad de influencia sobre las decisiones de sus padres. Su movilidad independiente aparece como una anormalidad y va frecuentemente asociada al tráfico de personas y migraciones forzadas (para una buena revisión, ver Whitehead y Hashim, 2005).

El caso de México puede ser considerado una excepción en esa tendencia general. Aunque ciertamente la mayor atención ha sido puesta en los menores en familias migrantes que permanecen en México, también existe en la actualidad un interés creciente por lo que se denomina "niñez migrante". Sin embargo, aunque la presencia de niños, niñas y adolescentes en la migración comienza a ser objeto de estudio en México, las construcciones sociales que normativizan la infancia como una etapa de inmovilidad física subyacen a la manera en la que se está desarrollando dicho interés por la niñez migrante.

Bajo la etiqueta niñez migrante se recoge una amplia variedad de situaciones que puede clasificarse en tres grandes tipos: migración autónoma de menores (lo que se denomina NNA, niños, niñas y adolescentes no acompañados), menores en la migración familiar e inmovilidad de menores en familias con miembros migrantes. Las experiencias en los tres tipos están cruzadas por características concretas de la experiencia migratoria, como el ámbito geográfico de la movilidad o las motivaciones principales, y por variables sociodemográficas de los propios niños, niñas y adolescentes, como el grupo de edad (las experiencias son fundamentalmente diferentes si hablamos de niños/as que si hablamos de adolescentes), el género, la etnicidad y la clase social. Las motivaciones para migrar de manera independiente son también muy variadas: reunirse con familiares, escapar de situaciones de violencia y abuso, estudios, trabajo

e incluso como rito de paso a la edad adulta en lugares donde existe una larga tradición migratoria.

Algunas de esas categorías generan más preocupación social que otras. Los menores migrantes internacionales no acompañados conforman actualmente una de las categorías que despierta más preocupación social. Las fuentes estadísticas mexicanas no permiten saber de manera directa la cantidad real de migrantes menores de edad que salen del país. La vulnerabilidad de este grupo es muy alta, lo que justifica la importancia dada al tema; sin embargo, el hecho de que la movilidad autónoma de menores de dieciocho años se desvíe de la imagen social de quién es o no un migrante, genera el peligro de que la etiqueta niñez migrante se convierta en una caja negra que no permita analizar la variedad de experiencias, vulnerabilidades, capacidades y empoderamientos vividos por esos niños, niñas y adolescentes. Existe la necesidad de comenzar a mirar dentro de la etiqueta niñez migrante desagregando las distintas experiencias de la movilidad y la inmovilidad de los niños, niñas y adolescentes, y que a la vez les den voz propia para que sus experiencias no se recojan únicamente a través de las narrativas de los adultos. Eso requiere cuestionar las concepciones imperantes sobre qué es niñez, la relación entre niñez, educación y trabajo, y las concepciones de familia y migración familiar.

Es interesante aquí intersecar la variable edad con la variable clase social. Nos encontramos así con el caso de los jóvenes de las élites en ciertos países, enviados a estudiar al extranjero a colegios o universidades de prestigio; situación que, desde luego, no lleva asociada ningún estigma ni vulnerabilidad. En el caso de China, Hong-Kong o Corea del Sur, a estos niños enviados a estudiar a universidades de Estados Unidos o Australia se les conoce comúnmente en la literatura como "niños paracaidistas". El caso de la migración independiente de estos jóvenes es muy interesante por cuanto "la migración de los 'niños paracaidistas' de Corea del Sur también desafía las nociones tradicionales en Estados Unidos acerca de lo que los niños pueden y deben hacer por sí solos a ciertas edades" (Orellana *et al*., 2001, p. 581). Hasta la fecha no hay investigaciones al respecto para el caso mexicano, pero en Zacualpan son abundantes

las personas que, como el hijo de Lupe en la actualidad, o Alondra hace más de cincuenta años, inician sus trayectorias de movilidad en etapas tempranas asociadas a los estudios.

En el continuo opuesto de la edad, las personas ancianas tampoco son percibidas como móviles aunque su inmovilidad aparece construida de distinta manera a la de los niños. En este caso, su inmovilidad física aparece frecuentemente como un problema que genera dependencia y que se debe evitar para que estas personas no se conviertan en cargas inútiles para el tejido social. Sin embargo, en la visión de la inmovilidad que promuevo, las personas ancianas, en su función de abuelas y abuelos, aparecen fuertemente vinculadas con la inmovilidad transnacional en su papel de cuidadoras activas de sus nietos y nietas (sobre todo en el caso de las abuelas) en casos de migración de sus hijas, y es así como comienzan, poco a poco, a aparecer en la literatura (ver, por ejemplo, para el caso de Bolivia, Bastia, 2009; para Ecuador, Mata-Codesal, 2013, o para Albania, King y Vullnetari, 2006). En el caso de México, el papel de los abuelos y abuelas aún está insuficientemente tratado.

Las imágenes de las personas ancianas están igualmente afectadas por la clase social y la estratificación global, lo que se aprecia claramente en la literatura sobre migración internacional de jubilados de países con mayores niveles de ingreso hacia países donde sus pensiones y ahorros les permiten un mayor poder adquisitivo. En dicha literatura, estas personas son percibidas como móviles, juveniles y con gran calidad de vida (King *et al*., 2004, p. 71). México es un lugar de destino y residencia de un número importante de personas jubiladas, sobre todo de Estados Unidos y en menor medida de Canadá. Las fuentes estadísticas disponibles no permiten establecer una cifra final clara del total de personas jubiladas extranjeras residentes en México. El censo de 2010 da una cifra de 31 mil personas de 55 años o más nacidas en Estados Unidos y presentes en suelo mexicano durante ese año (Inegi, 2010). Esta migración presenta altas tasas de crecimiento (Lizárraga, 2008) y un gran nivel de concentración geográfica en lugares como San Miguel de Allende, en Guanajuato; Chapala, en Jalisco; Tijuana, Mexicali, Rosarito y Ensenada, en Baja California, o Los Cabos, en Baja California Sur (Papademetriou, 2006).

No hay estudios, hasta la fecha, en México que apliquen un enfoque de género a la migración de estas personas jubiladas. Estudios en otras partes del mundo nos permiten constatar el hecho de que la edad también interactúa con el género a la hora de matizar los imaginarios sobre la ancianidad y la inmovilidad. Uno de los pocos estudios al respecto es el caso de los ancianos bangladesíes de Londres estudiados por Katy Gardner (2002), para quien:

> la migración es parte de la construcción de la masculinidad: el trabajo domina, junto con la autoridad patriarcal sobre la familia. Pero el envejecimiento, la enfermedad y la jubilación castran la figura masculina […] la movilidad y la fuerza física se pierden, a veces junto con la capacidad de recordar y contar historias. […] En las mujeres, la migración tiene un significado diferente, que tiene más que ver con el apoyo a sus maridos en el extranjero, el cuidado de sus familias, y el mantenimiento de la cultura bengalí (citado en King, Thomson y Fielding, 2004, p. 72).

Se repiten, mezclando y complicando los significados de la ancianidad y la inmovilidad los imaginarios que ya habíamos visto asociados al género y que establecían un vínculo entre inmovilidad-mujer y movilidad-hombre. Vemos, pues, que para captar el significado pleno de cada inmovilidad asociada, las variables no deben tomarse únicamente por separado, sino que hay que estudiar sus interacciones mutuas.

Nuestros muertos

Utilizando una técnica y materiales similares a los de los alebrijes, Aldo también saca tiempo para crear catrinas. La última que ha hecho, vestida con suntuosos ropajes morados, la obligada estola y sombrero de plumas, está aún en el taller. Las catrinas —originadas en la imagen de la calavera garbancera de José Guadalupe Posadas y popularizadas por Diego Rivera— son esqueletos vestidos con exuberantes sombreros y ricos ropajes que han llegado a convertirse en otra de esas magníficas nuevas

tradiciones mexicanas, y son, en la actualidad, un artefacto popular de la muerte en México. En un libro como éste, cuyo tema central son las inmovilidades humanas, la muerte, el estado corporal de la inmovilidad por excelencia, tenía que estar presente.

Sorprendentemente, la muerte en contextos migratorios no ha recibido excesiva atención académica. Los regímenes globales de (in)movilidad que establecen quién tiene derecho a qué tipo de movilidad (Glick Schiller y Salazar, 2013), fuerzan a muchas personas a migrar bajo condiciones de extrema precariedad al no permitirles canales regulados de entrada, convirtiendo los principales corredores migratorios —allá donde el Sur Global trata de entrar en el Norte Global— en verdaderos corredores de la muerte. El tránsito hacia Estados Unidos, desde y a través de México, es uno de esos corredores altamente mortíferos. La circularidad que caracterizaba la movilidad entre México y Estados Unidos es crecientemente cercenada (Durand, 2013). Los costes y, sobre todo, peligros crecientes del viaje al Norte aparecen de manera recurrente en las entrevistas.

Más allá del drama cuantitativo de las crecientes cifras de muertes en tránsito, la frecuente desaparición de los cuerpos en desiertos, mares y fosas no registradas condena a una eterna inmovilización en tránsito. Los procesos de nadificación y no reconocimiento que se ponen en marcha al obligar a migrar de manera irregular —lo que implica que no sólo se niegan derechos fundamentales a las personas que han migrado de manera irregular, sino hasta su propia presencia física en el país— despliegan, en este caso, sus consecuencias más perversas. Morir en tránsito implica ser eternamente inmovilizado. Dado que el cuerpo es, en muchos entornos incluido México, central para los rituales mortuorios, la ausencia de éste lleva a un estado de limbo perpetuo que hace difícil cerrar el duelo.

Existen además trabajos puntuales, como el de María Hernández-Carretero y Jørgen Carling (2012), que exploran el impacto del riesgo de muerte en tránsito en el proceso de toma de decisiones acerca de si migrar o no, en su caso, en el contexto de la migración irregular por mar desde Senegal a España. La respuesta no es unívoca —a mayor probabilidad de muerte, mayores desincentivos para migrar—, puesto que, como muestran estos autores, la concepción de la muerte y las creencias

religiosas influencian la percepción de riesgo y, con ello, la decisión de migrar o no. Se desmonta el supuesto poder disuasorio que atribuyen las autoridades de los países de inmigración al incremento del riesgo en tránsito.

Sin embargo, el aspecto que más interés tiene para este trabajo deriva del hecho de morir en el lugar de residencia. La muerte, los ancestros, el pasado, la tierra y la pertenencia, forman un conjunto de relaciones profundas, aunque no es tarea sencilla discernir la imbricación concreta, ni tan siquiera la dirección de tal relación. Esto se complica aún más en contextos de migración. Los cementerios nos muestran cómo el espacio de los muertos ha explotado la noción de comunidad en la elaboración de límites en torno a quién puede reclamar el derecho a qué espacio (Eom, 2015). El lugar de enterramiento se piensa frecuentemente como signo de lealtad: enterrarse en el lugar de residencia o repatriar el cadáver para llevarse a enterrar al lugar de origen, dando lugar a una migración de ataúdes. El primer caso llama a cuestiones sobre los derechos funerarios de las personas migradas, así como a la ineludible necesidad de manejar la diversidad en los cementerios. El segundo caso permite interesantes exploraciones sobre cuestiones de pertenencia, lealtad e identidades territorializadas, ya que las repatriaciones, ese volver a la patria, se leen en clave de patriotismo póstumo.

La literatura antropológica recoge casos de personas que, tras muchos años viviendo en otro país, a su muerte son llevados a enterrar a su lugar de origen. La lista de casos es extensa. Por mencionar sólo algunos, Katy Gardner (2002) analiza los rituales funerarios para el caso de las personas de Bangladesh en Londres y cómo se encuentran fuertemente marcados por el género. Yassine Chaïb (2000) y Jordi Moreras (2004) trabajan el tema de la repatriación de personas magrebíes desde Francia y España, respectivamente. Entre 1830 y 1930, dinero y huesos eran los principales envíos hechos por personas chinas en el exterior, ya que para estas personas el envío de remesas y la repatriación de los huesos de las personas muertas en el exterior para ser renterradas, eran dos de las prácticas más significativas que les permitían mantener los lazos con sus lugares de origen (Sinn, 2011). Las prácticas de envío tras la muerte se

encuentran presentes, como vemos, en una multitud de tiempos y lugares. Actualmente, estas prácticas son complejas y caras, lo que genera un nicho de negocio altamente lucrativo, el de las funerarias transnacionales, empresas que existen para el caso de México (Lestage, 2012). Esta necro-movilidad también está presente en el caso de Zacualpan, como cuenta Marisol:

> Muchas veces hay personas que te están casi diez, quince años por allá, y mueren, y ya quieren regresar a su país, pero pues ¿para qué? Apenas enterraron a un señor, tendrá, este, como un mes, mes y medio que murió, el 24 de diciembre, y lo trajieron [sic] hasta enero. Pues es triste, ¿no? Ver un papá así, en vez de que lo veas vivo, verlo en su caja (Marisol, mujer, 36 años).

El mito del retorno se cumple de manera postrera. Esta demostración de lazos emocionales hacia el suelo nacional es un acto de patriotismo póstumo, una prueba de lealtad a la nación (Malkki, 1992, p. 27). Polvo eres y en polvo te convertirás, pero también en la muerte, la nacionalidad del polvo que nos cubre tiene importancia. No inhumar bajo la tierra que es cuna de hombres cabales, como reza la ranchera, es marcar una ruptura simbólica al no permitir que el cuerpo pase a formar parte y nutra el suelo del país, y con ello, simbólicamente, el espíritu nacional. No olvidemos que la palabra inhumar proviene del latín *humus*, tierra fértil, para sembrar, y no de la otra acepción de tierra, *terrae*. En sentido contrario podemos entender las llamadas a repatriar los cuerpos de personajes célebres para que por fin reposen donde deben estarlo, para que en una apropiación burda de sus méritos nutran la tierra nacional con sus gestas. Y de la misma manera en que existen jerarquías de derechos que asignan a los vivos distintos derechos a la movilidad y la inmovilidad —regímenes institucionales que deciden quién puede moverse, quién no y bajo qué condiciones—, también en la muerte se establece una jerarquía. No todas las personas tienen el derecho a reposar para siempre donde les gustaría. El régimen de (in)movilidad extiende sus efectos a los muertos.

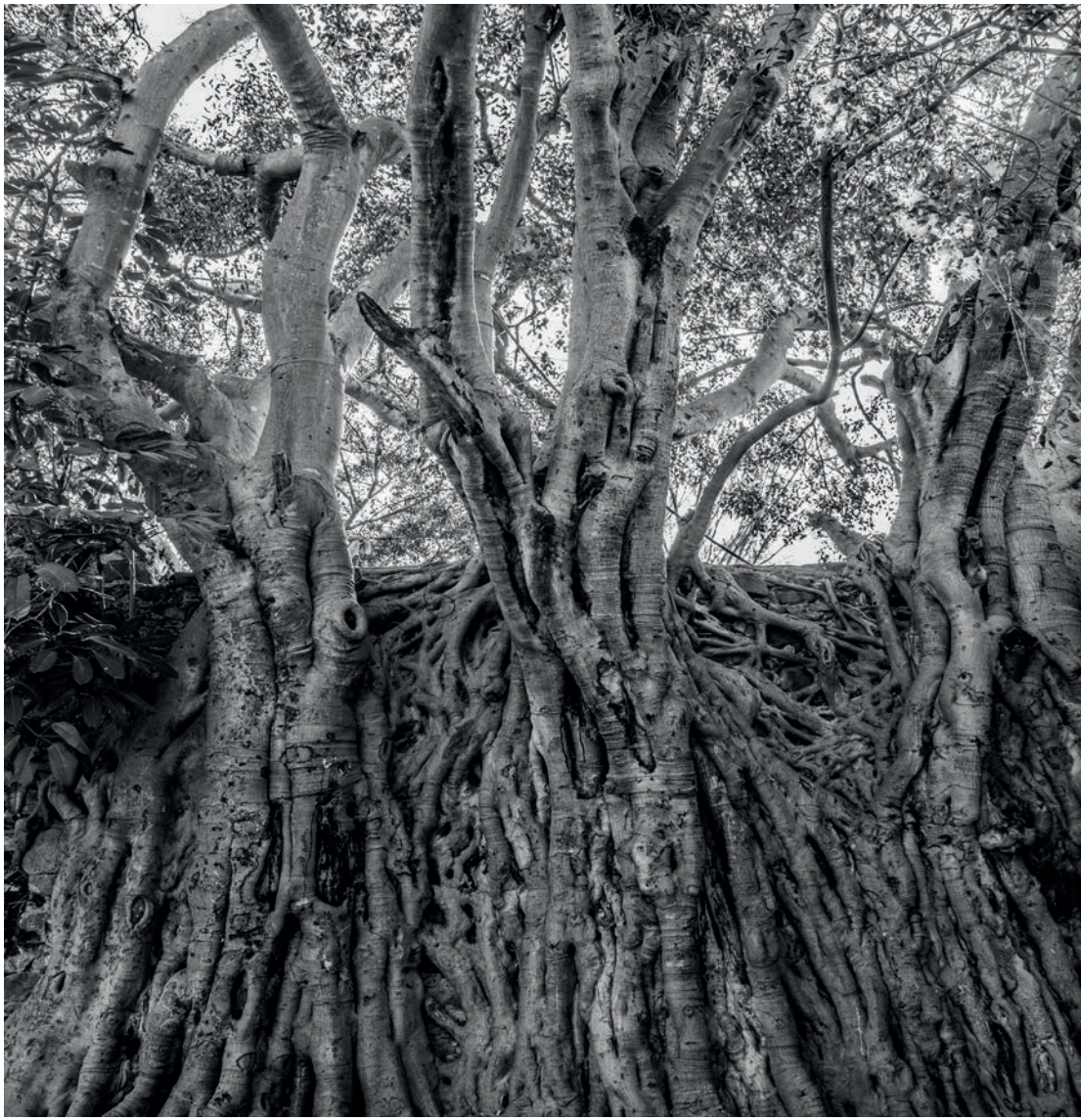
Siempre llevé mi raíz

Decía Úrsula Iguarán, esposa del primer Buendía en *Cien años de soledad,* que haber tenido un hijo es motivo para permanecer en un lugar. Juan Arcadio Buendía, su esposo, era de la opinión contraria: no son los hijos, sino los muertos bajo tierra los que nos hacen de alguna parte. Víctor, maestro de Zacualpan, comparte la visión de Buendía, orgulloso de que "como los elefantes, no podremos ir al cementerio de todos los huesos de todos los abuelitos y tatarabuelitos, y estamos aquí todos, todos metidos". ¿Uno es de dónde ha tenido un hijo, como sostenía Úrsula?, o por el contrario, como opinan Juan Arcadio y Víctor, ¿de donde tiene enterrado a sus muertos? No tengo, por supuesto, una única respuesta a una pregunta que es totalmente dependiente de espacios-tiempos concretos. Pero sí es de notar que, de hecho, aunque pueda parecer lo contrario, ambos hablan de lo mismo porque ambas posturas remiten a una continuidad genealógica, dos maneras de entender la pertenencia, hacia el pasado o hacia el futuro. Morir lejos rompe esa continuidad, por eso, aunque el retorno sea póstumo, son tan habituales las prácticas de traerse a enterrar. Que nuestro cuerpo no quede en cementerios ajenos, entre muertos extraños, donde nadie pueda ir a visitarlo y cumplir con los ritos que se esperan para una buena muerte (Thomas, 1983). Saber dónde está la tumba de los tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y padres para saber dónde estará la nuestra, es pertenecer socialmente en un espacio geográficamente delimitado. Que las raíces queden ya para siempre en Zacualpan. Las hojas caídas vuelven a su raíz. El desarraigo de la migración en forma de ausencia física se compensa con la presencia física del cadáver tras la muerte, en un intento por retardar la ausencia social, el olvido. La muerte en contextos migratorios llama, por lo tanto, a cuestiones de continuidad a varios niveles: continuidad genealógica, física y geográfica; sin embargo, el análisis de las articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad al nivel de la familia muestra cómo la discontinuidad geográfica no lleva necesariamente a una discontinuidad social o genealógica.

Nos movemos, pero no todos nuestros movimientos son socialmente significativos, ni lo son de igual manera para mujeres y hombres.

La movilidad se organiza y se imbuye de significado en y a través de jerarquías y espacialidades de poder existentes (Silvey, 2005). Existen procesos diferenciados de asignación de significados que derivan de marcos ideológicos sedentaristas y patriarcales. De ahí que investiguemos las migraciones pero no las permanencias, y de que ambos conceptos —que son en realidad procesos no dicotómicos— se hayan naturalizado de manera diferente con base en una ideología de género que asocia la movilidad con lo masculino y la permanencia con lo femenino.

Las imágenes asociadas a la inmovilidad, que como hemos visto, están fuertemente relacionadas con el género y el ciclo de vida, nos permiten avanzar en el estudio sobre la construcción social de la inmovilidad y poner de manifiesto los sesgos o supuestos que subyacen a muchas de nuestras ideas. La respuesta a la pregunta de quién se percibe como móvil no corresponde tanto con la respuesta a la pregunta de quién es móvil, sino más bien con la de quién se desea que permanezca. Como se ha visto, la inmovilidad ha sido fuertemente asociada con las mujeres. En la construcción de la inmovilidad como objeto de estudio válido para las ciencias sociales, y en especial para la subdisciplina de los estudios sobre migraciones, necesitamos llevar a cabo un simultáneo proceso de desfeminización que permita desarrollar estudios sobre articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad con una verdadera visión de género. Tal proceso pasa por poner de manifiesto las imágenes subyacentes que ideologías de género patriarcales continúan asociando con la mujer.



Árboles sobre los muros de la exhacienda de Cuautepec
Fotografía: © Arnau Ruiz de Villa

Maneras de permanecer

Pues yo no me iría; si estoy bien aquí,
¿para qué me voy a ir a otro lado?
¿Pero nunca se ha querido ir a vivir a otro sitio?
Pues no porque ni lo he pensado. Sí me gusta, porque si no, ya
hubiera pensado, ¿no?, en irme a otro lado, y no.
Estoy muy bien acá.
Lupe, mujer, 37 años

El árbol extiende sus raíces impertinentes sobre las paredes ya en plena decadencia de la antigua hacienda de Cuautepec. Rugosas pero nutridas por savia joven, las raíces del árbol se han apoderado de gran parte de la pared derecha del patio como en claro desafío a la piedra con la que ésta había sido construida. "Aquí estoy", parece decir, "frente a todo pronóstico, brotando de la seca piedra". Como dijo Aldo el día que visitamos la escuela secundaria a la que ahora pertenecen las ruinas de la vieja hacienda: "me quedo porque me quedo".

Existen infinidad de maneras de migrar, así como existen infinidad de maneras de permanecer. La etiqueta inmovilidad se aplica sobre una gran variedad de permanencias, homogeneizando y, por lo tanto, invisibilizando maneras muy distintas de hacerlo. Este capítulo muestra cómo la inmovilidad es una categoría tan compleja como la movilidad. La universalidad del hecho de irse o quedarse se encarna y adquiere volumen en experiencias concretas vividas por personas concretas. Las historias de Alondra, Dulce, Liliana, Víctor, Xóchitl o Aldo muestran que, del mismo modo en que existen muchas maneras de migrar, existen igualmente muchas maneras distintas de permanecer. Una variable central en la clasificación de tales experiencias —que son, sin embargo, únicas en su cotidiana complejidad— es el grado de involuntariedad.

La construcción social de la inmovilidad es, como hemos visto, diferente de acuerdo con variables como el género, la clase social o la edad.

Este imaginario social se traduce en experiencias encarnadas concretas. La permanencia puede ser vivida como una sensación de frustración y encarcelamiento o como una de seguridad y apego. Aunque nada es blanco o negro, ni todo ni nada, ni completamente fácil ni del todo difícil. Como la vida, todo matizado, las respuestas a la pregunta de si es más fácil irse o quedarse no son unívocas. La última parte de este capítulo se centra en el paso de la inmovilidad social a la inmovilidad corporal para poner de manifiesto cómo se relacionan procesos de construcción social con experiencias concretas encarnadas.

Retazo etnográfico III: tianguis dominical

La adoquinada calle central de Zacualpan une al Arbolito con la plaza central. En esa misma plaza, frente al edificio de la municipalidad, cada domingo tiene lugar el tianguis o mercado semanal. El emplazamiento es arquitectónicamente privilegiado al estar rodeado de edificios como el palacio municipal o las casas más antiguas del pueblo, con sus sombreadas arquerías bajo las que Silvia vende diariamente sus quesadillas. La visión más impresionante es, sin lugar a dudas, la del exconvento de la Inmaculada Concepción. Este edificio, fundado en el siglo XVI por frailes agustinos, forma parte en la actualidad de la Ruta de los conventos de Morelos, un recorrido turístico por once conventos del siglo XVI situados en la parte alta del estado de Morelos. Además de utilizar como reclamo turístico la imponente edificación pintada de blanco y rojo del antiguo convento, en su afán por posicionarse como lugar turístico, las autoridades locales también promocionan de manera muy entusiasta el mercado dominical por ser uno de los pocos tianguis en donde aún se practica el trueque o intercambio de productos.

Espero con ilusión que llegue el primer domingo de mi estancia en Zacualpan para poder disfrutar del trueque, esa práctica calificada como costumbre prehispánica superviviente por varias personas con las que había hablado desde mi llegada. El mercado ocupa toda la plaza central de Zacualpan desbordándose por algunas calles adyacentes.

En el centro, bajo coloridas carpas que dan sombra, hay multitud de surtidos puestos de comida, verduras, ropa y un sinfín de objetos de plástico. Al pie del edificio de la municipalidad, extendiéndose por una calle aledaña, hay un espacio donde, junto a artesanos del barro del cercano pueblo de San Marcos Acteopan que exponen aperos de labranza y distintos objetos de cerámica, mujeres y hombres mayores apilan aquello que llevan para intercambiar en pequeñas montañitas inestables de aguacates y otras frutas.

Aprovechando que viven en una de las calles del centro del pueblo, cada domingo Alondra y su hermana Dulce colocan un puesto a la puerta de su casa donde venden pequeños paquetes de café. El producto proviene de las ovaladas bayas rojas recogidas de los ahora descuidados arbustos de café de la huerta de su casa, secadas al sol, tostadas y molidas. Es una ardua tarea, como pude comprobar el día que inocentemente se me ocurrió recoger las bolitas rojas de la huerta de la casa-taller donde vivía. En la habitación que da a la calle, uno de los hijos de Alondra montó un pequeño negocio de venta de películas pirata que ahora mismo regenta su madre, mujer de una energía incombustible. "Siempre he sido pata de perro", me dice en medio de una conversación muy larga acompañada de un café y una torta frita en la cocina de la casa de su mamá. Al final, entre risas, le digo: "¿Ve cómo he preguntado mal? Tenía que haber preguntado dónde no ha estado usted". Me contesta "Me faltan pocos estados de la República, en realidad", y estalla en una carcajada. Alondra es un caso atípico en Zacualpan, pues a lo largo de sus 62 años de vida ha activado complejas trayectorias de movilidad tanto a éste como al otro lado de la frontera entre México y Estados Unidos, empezando por una muy temprana migración al estado de Puebla. La atipicidad del caso se intensifica por el hecho de ser mujer.

> Nací aquí y desde chica salí. Me mandaron con monjas a estudiar. […] A mi papá le interesaba mucho la educación, que nos preparáramos. Para él fue muy importantísimo que fuéramos muy decentes, muy… pues con una educación, ¿no?

El internado en la ciudad de Puebla que fue su primera residencia fuera de Zacualpan inicia una larga lista de otros domicilios. Lugares que incluyen ciudades como Tampico, Ciudad Juárez, Toluca o Atlanta. En claro contraste, la madre de Alondra ha vivido toda su vida en Zacualpan. En el momento de nuestra conversación, Alondra llevaba cinco años viviendo en el pueblo: "Ya mi mamá requiere del cuidado, y ya la estoy cuidando".

Tras la fachada y el techo desvencijados de la casa familiar donde vive ahora Alondra junto a su madre y su hermana —quien también regresó a cuidar a su madre— apenas se vislumbran los esplendores de tiempos pasados. En 2014, del estatus social y los ingresos que habían pagado la educación privada de ambas hermanas apenas queda nada. La vida dio muchas vueltas para esas hermanas, también ellas le dieron muchas vueltas a la vida, hasta volver de nuevo a Zacualpan.

Aunque el mercado dominical no acaba de animar el centro de Zacualpan más allá de las calles que conforman la cuadrícula central del barrio de San Pedro, sí permite, además del aprovisionamiento de productos básicos para la semana, transmitir información. La función informativa de los mercados queda de manifiesto al día siguiente en la escuela primaria cuando el maestro Víctor me comenta que ya sabía de mi presencia en Zacualpan porque me había visto en el mercado. Víctor, como Alondra, presenta otra trayectoria de (in)movilidad muy interesante. En los cuarenta minutos que duró nuestra conversación, y con un marcado discurso político, desgrana sus motivos y las estrategias seguidas para conseguir quedarse en Zacualpan. Hay mucho de reivindicación en su narración, desde su lucha por conseguir graduarse en la universidad, hasta conseguir su plaza como maestro de educación especial en la escuela primaria más antigua de Zacualpan, pasando por su negativa a irse a Estados Unidos en momentos de dificultad, como hacían muchos de sus compañeros:

> Hubo un tiempo, como de un año aproximadamente, pues, sin trabajo. Me ofrecieron irme algunos conocidos del pueblo a Estados Unidos y sí, ahí sí rotundamente dije que no, porque la mayoría de aquí de mi generación,

> los que no estudiaban se iban al Norte. Pero dije yo ya estoy estudiado, yo tengo que buscar mi… crecer aquí. Y sí es difícil estar en Morelos trabajando como maestro, pues quiero Morelos, ya fue una especie como de necedad mía. Quiero Morelos y quiero Morelos. Y quiero México, pues, antes de irme a Estados Unidos. No faltaron las "yo te pago el coyotero" aquí y cosas de ese tipo. Entonces no acepté irme cuando estaba a mis veinte años, no, como veintidós años que salí de la escuela, veintitrés años, aunque me apretaba que no había trabajo, no quise dejar México.

Los dos hijos mayores de Xóchitl comparten generación con Víctor. No comparten, sin embargo, trayectorias de (in)movilidad. A Xóchitl la conocí en el taller de pintura textil el primer día que llegué al local de la comparsa, donde pintaba un caleidoscopio junto a un pequeño grupo de mujeres del pueblo. Desde el primer momento me atrajo su risa explosiva y su vitalidad. A sus casi setenta años derrochaba energía. Hablando de irse o quedarse, me confiesa que sus hijos: "Me dicen que en un año más, si la cosa no mejora [en Estados Unidos], se regresan". Mientras tanto, Xóchitl sigue esperando, y hace ya 16 y 21 años respectivamente que los espera. Recuerdo que el día que salí de Zacualpan era domingo porque de camino al mercado Xóchitl llamó al gran portón de la casa-taller para despedirse. Entre mochilas, ella fue una de las últimas personas con las que hablé antes de salir de Zacualpan.

¿Es más fácil irse o quedarse?

En todas las conversaciones-entrevistas que mantuve en Zacualpan siempre hacía la misma pregunta: ¿Es más fácil irse o quedarse? La pregunta de si consideraban más fácil irse o quedarse en Zacualpan permite indagar acerca de las construcciones sociales y personales sobre la (in)movilidad. Opté por no mencionar explícitamente en la pregunta ni el lugar de destino ni el tipo concreto de movilidad para permitir a las personas entrevistadas que definieran por ellas mismas lo que consideraban irse o no, es decir, migración o permanencia. Las distintas respuestas muestran

un patrón muy interesante respecto a las perspectivas de vida de personas provenientes del centro y las provenientes de las colonias. Esos patrones se encuentran, por supuesto, moldeados en segunda instancia por las trayectorias personales de cada uno. Alguien que decidió quedarse siempre sabrá mejor las dificultades que implica esa opción frente a la de irse, porque nunca, de hecho, pasó por ello, y al revés, alguien que pasó por las tensiones y ventajas de cambiar de residencia sabrá de primera mano lo que ello conlleva.

Enfrentando la pregunta a bocajarro de si consideraban más fácil irse o quedarse, algunas personas entrevistadas dudaban. Para mi sorpresa, sin embargo, no tardaban en elaborar su respuesta. Había quien tenía muy claro que quedarse es la opción fácil. "Les falta osadía", me diría Cecilia, que veía muy claro que ese era el principal motivo por el que la gente no salía de Zacualpan. Para otras personas irse era la opción fácil porque sabían por experiencia propia que permanecer requiere esfuerzo. Incluso había quien pensaba que en muchos casos la decisión personal no era tal. Como diría el maestro Emiliano:

> Pues a veces pienso que el quedarse o el irse no es una decisión muy consciente que digamos. A veces como que nos lleva y ya, los que se fueron, pues, a lo mejor nunca decidieron irse. Es muy complicado. O igual muchos que nos hemos quedado aquí, pues, a lo mejor alguien habrá querido irse también pero que no se fue (Emiliano, varón, 47 años).

En general, se repetía un patrón de respuesta más reflexiva entre quienes habían experimentado procesos migratorios propios o de familiares cercanos. Sus respuestas son menos celebratorias —tanto respecto a irse como a quedarse— y con más matices. Sirva de ejemplo la respuesta de Agustín, 47 años, retornado por partida doble de Estados Unidos y actualmente trabajando en Zacualpan: "Uno no decide irse, la vida lo decide por uno […] Cada uno tiene que hacer su vida, y cada vida es diferente. A algunos les va bien allá y a otros no".

Las respuestas o aclaraciones a la pregunta pusieron de manifiesto varios elementos importantes para el análisis. En primer lugar, y de

manera muy clara, que necesitamos situar la movilidad y la inmovilidad en el ciclo de vida. Como mencioné en el capítulo anterior, la construcción social de la movilidad, que asocia ésta a la etapa adulta de la vida, genera una imagen en espejo de la inmovilidad asociada a la infancia y a la tercera edad. Habitualmente, las personas entrevistadas tenían una respuesta diferente a la pregunta si se refería a los jóvenes o a las personas adultas:

> Bueno, las personas que se quedan aquí, pues, son las que, este… digamos que las personas mayores, porque ya tienen hechas sus raíces, tienen un patrimonio, bien o mal elaborado. Y bueno, también por la edad, pues, no les pueden contratar en ningún lado. También es más seguro estar aquí por ellos mismos, porque conocen a la gente que les rodea, saben en quien pueden apoyarse. Normalmente, la gente de mayor edad, pues, que están aquí (Isabel, mujer, 47 años).

> Los que se van de aquí, pues, de Zacualpan, son más los jóvenes, que se les meten más las ideas y son más ellos. Por lo que yo he visto. Son más los jóvenes que se han ido. Ahorita ya le piensan más porque, le vuelvo a repetir, ya el coyote cobra más caro. Me estaban contando están entre treinta mil y cuarenta mil pesos [más de 2 000 euros] para que te lleven. Entonces, antes, le estoy hablando del 2000 le cobraban quince mil, dieciocho mil pesos [menos de 1 000 euros] para que te fueras, era menos. Ya no, ahorita son cerca de cuarenta mil pesos. Ya los señores como que le piensan. Por ejemplo, padres de familia, como que ya le piensan. ¿Me voy o no me voy? Le piensan. Pero los más arriesgados son los jóvenes en irse, y si tienen la posibilidad de irse, que es el dinero. Y si ya el coyote lo conocen, pues se van, y ya trabajando allá, les pagan a los coyotes (Marisol, mujer, 36 años).

La respuesta de Marisol, además de dejar clara la temporalidad de la movilidad —en su caso respecto a la migración hacia Estados Unidos—, expresa también el marco de lo posible: la factibilidad de esa línea de fuga concreta, la que llega hasta localidades de estados como Nueva York, Minnesota o California. Hace falta dinero pero también conocer a un

coyote, es decir, recursos materiales y además relacionales. Estos recursos se encuentran distribuidos en Zacualpan de manera desigual, ya que, como vimos en el capítulo tres, la accesibilidad a los mismos viene dada por el subgrupo de pertenencia: las redes de apoyo para moverse dentro o fuera de México son diferentes según el grupo al que se pertenezca. Vemos cómo de nuevo aparece el tema de las diferentes redes en las que se inscriben y de las que pueden disponer los habitantes del centro y los de las colonias. La joven Zoe, sin saberlo, lo expresó con meridiana claridad. Para esta joven de apenas 18 años, a pesar de que su padre había estado en Estados Unidos, se le hacía más difícil irse que quedarse, por cuanto tenía más información sobre oportunidades de trabajo en Zacualpan que sobre maneras de llegar a Estados Unidos y encontrar un trabajo allá. Sus redes de apoyo le permitían conseguir financiación para poner un pequeño negocio pero no para pagar el viaje de "mojada" al Norte:

> *¿Entonces, tú crees que es más fácil irse o quedarse?*
> Yo diría que quedarse.
> *¿Más fácil?*
> Sí. Porque aparte de que no gastas tanto dinero, pues ese dinero lo puedes invertir en un negocio o en cualquier otra… bueno, un negocio sí, dependiendo lo que sea, y ya vas invirtiendo, pues, no gastas tanto tiempo. Porque de aquí a que llegas, consigues un trabajo y de aquí a que te pagan y lo mandas a tus familiares, pues es mucho, y ha de ser muy duro. Hay personas que se vienen de Estados Unidos porque no aguantan, y ya cuando se vienen, siguen igual. Bueno, cuando llegan, siguen igual como antes estaban. O peor. Porque hay personas que sacan muchos créditos y se endeudan mucho, y entonces, pues, pierden más (Zoe, mujer, 18 años).

La pertenencia de clase, de acuerdo con el sistema de clasificación local que se describía en el capítulo tres —que concreta en procesos clasificatorios locales dinámicas diferenciadoras más amplias—, interactúa con la (in)movilidad a muchos niveles. Además de facilitar los recursos materiales, informacionales y relacionales para llevar a cabo uno u otro

tipo de (in)movilidad, la pertenencia grupal o de clase actúa también en la fase de creación de expectativas. Los deseos, expectativas y aspiraciones a la movilidad empiezan a recibir cada vez más atención. En un reciente trabajo con vocación de síntesis sobre el tema de las aspiraciones en la migración, Jørgen Carling lista las distintas preguntas formuladas en entrevistas y formularios al respecto (2014, p. 5). Según este autor, estas preguntas se pueden agrupar en tres grandes categorías:

- Las que hacen referencia a los deseos, aspiraciones o preferencias. Es decir, preguntas que tratan de capturar la evaluación de las personas encuestadas sobre si migrar sería mejor que permanecer.
- Un segundo grupo de preguntas que hace referencia a las intenciones o planes. Sería un segundo nivel de elaboración con mayor capacidad de predicción, ya que un plan es una concreción más elaborada de un deseo que se genera dentro del marco de las opciones que se consideran posibles.
- Un tercer grupo de tipo misceláneo en el que las preguntas hacen referencia a cuestiones de necesidad o probabilidad de la migración.

Las entrevistas en Zacualpan se sitúan dentro del primer grupo, al tratar de calibrar la deseabilidad de migrar y la de permanecer de manera comparativa. Lo que surge de manera muy clara de las respuestas es que la migración no tiene valor intrínseco: ninguna de las personas entrevistadas consideraba que migrar como acción fuera preferible a permanecer. Incluso, como algunas personas decían, irse es más difícil que quedarse:

> Pero irse a otro lado, incluso aquí dentro de México, a otro estado, es difícil, porque hay que aprender otras formas, otra comida, el idioma en Estados Unidos. Es difícil irse a otros lados, no es como en el lugar de uno (Agustín, varón, 47 años).

No hay, pues, valor intrínseco en el acto de migrar, ya que requiere de un proceso posterior de adaptación social, cultural, laboral, etc. que se considera trabajoso. Por el contrario, a permanecer se le asignan ven-

tajas claras, que pasan por conocer las costumbres, "conocerse todos", "no faltar para comer porque un jitomate o una cebolla cualquiera te los da", "tener la familia cerca", "estar los antepasados en el cementerio", y que incluye un espacio de tranquilidad en un entorno estatal y nacional terriblemente convulso:

> Me gusta que… pues nos conocemos prácticamente toda la gente. Y luego, pues me gusta porque es muy seguro, en otro lado como que no sé, me daría como miedo. Y acá no porque todo está tranquilo y pues nunca nos ha faltado, o sea, que diga que no tenemos para comer un día, pues no. Tampoco tenemos riquezas pero estamos contentos, estamos tranquilos. Bueno, para mí eso es más importante que todo y por eso me gusta, pues. Y porque mi familia toda está acá, a la hora que quiero voy a visitarla, aunque sea en la noche o así, está seguro (Lupe, mujer, 37 años).

> Lo que a mí me gusta de este lugar es que aquí descansan mis abuelos, aquí descansa mi madre, aquí nací, aquí viví mi infancia, aquí he vivido, creo yo, la mejor parte de mi vida. Y más ahora, en esta época, creo que fue una elección muy afortunada por mi parte, pues sí es lamentable el estado tan triste que se encuentra el país, las ciudades, cada vez más inseguridad, mayor violencia. Y afortunadamente en esta comunidad podemos decir que estamos tranquilos. Creo que ha sido una buena elección de mi parte (Emiliano, varón, 47 años).

En el México de 2014 la inseguridad afecta a grandes áreas del país. En ese año el estado de Morelos encabeza el listado hecho por el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal como la entidad federativa más violenta del país (2015, p. 82). Según el informe de este organismo, la capital, Cuernavaca, era la ciudad de más de cien mil habitantes más violenta de todo México (2015, p. 17). Cuautla, la ciudad más cercana a Zacualpan y nodo central en las comunicaciones, compras, estudios y negocios para las personas que habitan Zacualpan, estaba situada en el puesto catorce. No es de extrañar que en el oasis de tranquilidad que todavía era Zacualpan, donde recientemente no se había

producido ningún tipo de hecho violento, el elemento de la seguridad apareciera repetidamente en las conversaciones como una característica que desincentivaba migrar a otros lugares de México, así como emprender viaje a Estados Unidos de manera irregular, pues este viaje implicaba pasar por espacios de frontera altamente violentos.

A pesar de que la migración, tanto dentro como fuera de México, carece de valor intrínseco, sí posee un alto valor instrumental como medio para obtener otros fines. Uno de esos objetivos deseables es, en no pocas ocasiones, permanecer en Zacualpan. Pero no el permanecer de cualquier manera, sino con unos niveles mínimos de seguridad de ingresos y comodidad material. Esos niveles vienen marcados en gran medida por el grupo local de referencia. Los niveles de buena vida aceptable en términos materiales afectan fuertemente la creación de las expectativas de migrar. Las expectativas o deseos de migrar parecen surgir cuando: 1) no existen unos mínimos cubiertos localmente, y 2) se percibe la movilidad como el único o mejor medio para conseguir aumentar el nivel de vida material. El nivel aceptable de medios necesarios para el sustento y mínimos materiales de comodidad no es el mismo para todas las personas en Zacualpan. Aunque los estándares tienden a ser menores para las personas que menos tienen —es decir, las personas de las colonias—, el hecho de que se comparta espacio geográfico implica que, aunque las redes sociales de pertenencia no sean las mismas, se produzca un efecto imitación, ya que ambos grupos conocen mutuamente las condiciones materiales respectivas, lo que genera procesos de creación de expectativas al alza.

> *¿Y por qué decidió usted irse?*
> Porque desgraciadamente al campo [sic] en México está muy abandonado. No lo apoyan mucho el gobierno, se puede decir, como en otros países y no alcanza para abarcar mucho de lo que muchos quisiéramos tener ¿no? O lo que otras personas con lo suyo tienen. Entonces, pues yo necesitaba tener mis cosas mías y no encontré otra forma más que irme para el otro lado.
> *¿Cuándo dice sus cosas…?*

> Mi tierra, mi casa, mi carro. Pues sí lo que pues toda la gente anhela tener ¿no? Pues un hogar. Algo en qué pasearse. Tener un poco más de comodidad para ir pasando el tiempo (Julio, varón, 31 años).

La tríada tierra, casa y carro forma el listado de motivos más mencionado para irse. La migración, bien a Estados Unidos, bien a otros lugares de México, permite conseguir los recursos para adquirir esos tres bienes:

> Me voy para que yo haga mi casa. Cuando me case ya tengo mi casa. Entonces, este, hay muchachos que conozco que ya hicieron su casa, ya construyeron, pero ya le estoy hablando que ya tienen como diez años o quince años en Estados Unidos. Entonces, este… más que nada por esto. Tienen esa idea de que van a hacer casa o van a traer más dinero (Marisol, mujer, 36 años).

> Cuando las personas, por ejemplo, no tienen ninguna parcela, no tienen ni una tierra, no tienen ni casa, pues creo que se les hace más fácil irse. Porque de otra manera, pues, es que no tengo nada aquí, aunque tengan aquí sus recuerdos, tengan aquí sus ancestros, su todo, pero bueno, también el cuerpo necesita comer, y pues deciden irse y andan consiguiendo, yo sé que les pagan a los coyotes, a los que pasan a la gente les pagan buenas cantidades de dinero. Entonces, pues sí, es más fácil irse. Con todo y lo difícil que es (Emiliano, varón, 47 años).

Los mínimos aceptables no sólo hacen referencia al nivel de comodidad material y fuentes de ingreso en Zacualpan. Esos mínimos también modulan las expectativas en relación con el lugar de destino y las posibles inserciones sociolaborales y familiares que ofrece ese lugar, y las referentes a las condiciones concretas bajo las cuales realizar el viaje. Ambas variables se encuentran entrelazadas, ya que el dónde irse y el cómo irse se perciben de manera conjunta. Como vimos en el capítulo tres con la diferencia entre quienes se consideraban producto de México y quienes se definían como campesinos, viajar de manera irregular

a Estados Unidos no es una opción plausible para un grupo creciente de personas zacualpenses, mientras que para otro grupo es el único camino percibido como posible. Tanto para quienes tenían o estaban dando estudios universitarios a sus hijos e hijas, como para quienes habían ya estado de manera irregular en Estados Unidos o tenían familiares cercanos allí, los riesgos asociados a viajar de manera irregular y las limitaciones posteriores que el estatus irregular impone en la inserción sociolaboral se constituían en un incentivo para activar movilidades alternativas dentro de México:

> Nosotros le decimos que sí, pero que siempre y cuando tengo [sic] su documentación para irse, porque es muy delicado irse de inmigrante (Ximena, mujer, 42 años).

Trabajar en Estados Unidos durante algún tiempo es, por el contrario, la única opción que considera viable un grupo importante de personas, por lo general, habitantes de las colonias, quienes poseen los contactos para entrar de manera irregular a Estados Unidos, así como las redes de apoyo una vez en el lugar de destino que les posibilitan encontrar alojamiento, trabajo y aprender a navegar la vida como migrantes irregulares. El ahorro conseguido durante algunos años de trabajo en Estados Unidos es considerado una vía rápida —aunque no cómoda ni exenta de riesgo— para adquirir las propiedades básicas en Zacualpan y poder reiniciar una vida con mejores condiciones y perspectivas de futuro:

> No porque yo… bueno, dentro de vivir en una ciudad aquí en México, yo creo que sí se me hace más difícil. Allá [en una ciudad de Estados Unidos] la diferencia es de que, pues, usted sabe, el dólar pues sí aumenta un buen (Julio, varón, 31 años).

Vemos, por lo tanto, cómo las expectativas se construyen tanto en relación con el destino, con cómo irse, así como con lo que se considera un umbral aceptable de buena vida local, y es esta tercera esfera la que

desencadena la creación de las expectativas a la migración. Las tres esferas están relacionadas y profundamente influenciadas por el grupo de pertenencia.

Maneras de permanecer

Así como la categoría migrante es compleja y agrupa realidades muy dispares, la etiqueta inmóvil se impone sobre situaciones que presentan una gran disparidad interna: es un espectro, un *continuum* donde distintas personas se sitúan, dado que nadie es completamente inmóvil ni completamente móvil. De la misma forma en que nadie permanece total y absolutamente de la manera en que hubiera deseado, nadie permanece con todas las variables en contra de sus deseos. Existen maneras concretas de permanecer, por lo que hay que mirar las expresiones determinadas y particulares de hacerlo (Mallimaci, 2012). Para buscar patrones o guías que nos permitan aprehender tal complejidad resulta útil el modelo de aspiración/habilidad desarrollado por Jørgen Carling (2001). La propuesta de este autor de separar analíticamente la aspiración a migrar de la habilidad para hacerlo sigue siendo útil más de una década después (Carling, 2002).

La esencia del modelo reside en que la migración implica, primero, una aspiración a migrar y después, la realización de ese deseo (Carling, 2002, p. 5). Esta separación analítica permitió dar cuenta de una realidad extendida pero para la que los modelos anteriores no tenían capacidad explicativa: la inmovilidad involuntaria de todas aquellas personas que en la denominada era de la migración enfrentaban procesos de inmovilización que les impedían migrar internacionalmente a pesar de querer hacerlo. Esta separación permitió a Carling analizar, por un lado, las variables que influenciaban la creación de la aspiración a migrar a Europa en el contexto concreto de Cabo Verde, y por otro, las barreras actuales a la migración que enfrentaban esas personas y entre las que destacan las políticas migratorias restrictivas de los países europeos de destino. Esas barreras son rizomáticas, ya que "no son un muro uniforme

e infranqueable sino más bien una densa jungla con distintos senderos cada uno de ellos asociado con obstáculos, costes y riesgos específicos" (Carling, 2002, p. 26). Esta interfaz de la inmigración —*immigration interface,* como Carling la denominó— constituye "el marco estructural de oportunidades y barreras dentro del cual los potenciales migrantes pueden moverse" (Carling, 2002, p. 26).

El modelo, desarrollado inicialmente a partir de la realidad migratoria en Cabo Verde, ha sido aplicado posteriormente a otros contextos regionales. Por mencionar algunos trabajos, Kerilyn Schewel (2015) lo ha aplicado en su estudio en Senegal; Jónsson (2008), en la región de Kayes en Mali, así como yo misma, en la sierra sur ecuatoriana (Mata-Codesal, 2015). Además el modelo también ha sido ampliado para mejorar su capacidad explicativa. El refinamiento conceptual de las variables clasificatorias ha permitido añadir categorías no contempladas inicialmente que permiten ampliar el rango de situaciones explicables. Para dar mejor cuenta de la situación que se enfrenta en contextos de crisis y movilidades forzadas, Richard Black y Michael Collyer (2014, p. 294) proponen añadir a las variables aspiración y habilidad la variable necesidad. Schewel (2015, p. 6), por su parte, sustituye el concepto de habilidad propuesto por Carling por el más rico teoréticamente de capacidad humana desarrollado por Amartya Sen e introducido en los estudios sobre migraciones por Hein de Haas (2003). Este término "está relacionado con la habilidad de los seres humanos para vivir vidas que tienen razones para valorar así como con aumentar las opciones sustantivas que poseen. El supuesto básico es que la expansión de las capacidades humanas añade calidad a la vida de las personas" (De Haas, 2003, p. 61). Aplicado al caso concreto de la movilidad, utilizar el concepto de capacidades permite destacar el papel de las habilidades o recursos no sólo materiales, sino también sociales, políticos y humanos necesarios para que ocurra la migración, así como la naturaleza dinámica de los mismos (Schewel, 2015, p. 6).

La flexibilidad de este modelo permite adaptar los ejes de análisis básicos (aspiración-habilidad) tanto a las situaciones concretas que se busca entender como a los procesos específicos que se analizan. Mi adaptación del modelo sustituye el concepto de aspiración por el de deseo.

En primer lugar, responde a una razón lingüística, ya que el término aspiración en español no tiene la misma capacidad explicativa que su equivalente inglés. En segundo lugar, responde a los intereses concretos de la investigación. Esta sugerencia es consistente con las posteriores reflexiones de Carling (2014) en su revisión de las preguntas que se utilizan en distintas encuestas para capturar la posibilidad de migrar a otro país. Como el fin de este trabajo no es indagar acerca de la probabilidad de migrar o no, como tampoco es predecir movimientos migratorios, sino analizar cómo la movilidad y la permanencia forman parte de los procesos de construcción de estrategias para conseguir buenas vidas, el concepto de deseo, en oposición al de aspiración o intención, resulta más conveniente, ya que su naturaleza más etérea nos permite capturar mejor la variabilidad de la experiencia humana. Comparto con Carling (2014, p. 5) la visión en gradiente del deseo, la aspiración y la intención, que nos lleva a concebirlos como una cuestión de intensidades y no como términos cualitativamente diferentes.

A pesar de la validez explicativa del modelo de aspiración/habilidad —o en su versión modificada, deseo/capacidad—, existen ciertos supuestos sobre los que descansa y que parece adecuado poner de manifiesto. El primer supuesto sobre el que se construye el modelo, y que se hace evidente tras una lectura crítica del mismo, es que deseo y capacidad son variables independientes. Las historias recogidas en Zacualpan sugieren que en realidad esto no es así, sino que ambas variables se influencian mutuamente. Por un lado, ante la falta de capacidades para migrar se generan mecanismos de adaptación que inhiben o modifican el deseo. Como decía Alondra:

> Pues yo soy adaptable. Me gusta aquí. Me gusta en cualquier lugar. No me afecta, no me ha afectado en los lugares que yo he estado. Yo soy… feliz. Así es que no, no me afecta, pero pues mi mamá necesita. Y yo lo puedo hacer […] Mira, yo como soy inquieta, te repito, me gustan todo. Me gusta aquí, pero si hay oportunidad, o sea, todavía puedo, si hay oportunidad, por decir, ahorita, de irme a Tampico a cuidar una amistad que necesita, me iba. […] Me llaman pata de perro [risas] (Alondra, mujer, 62 años).

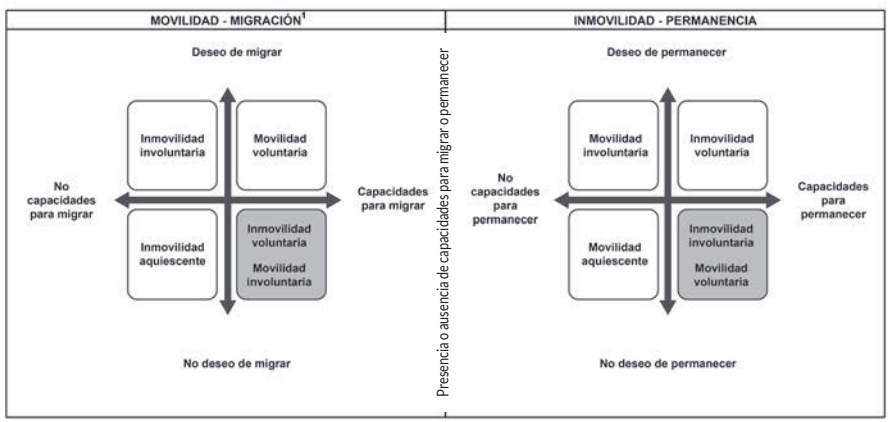
Por otro lado, la intensidad del deseo también afecta a las capacidades. La intensidad del deseo de Aldo por hacer su vida en Zacualpan ("me quedo porque me quedo") fomenta estrategias que generan las capacidades necesarias para llevar a cabo su deseo de permanecer. Vemos, pues, como a mayor intensidad del deseo mayor probabilidad de conseguir las capacidades necesarias para convertirlo en realidad. Las entrevistas en Zacualpan muestran una tercera estrategia que se activa cuando existe una falta de coincidencia entre el deseo y la capacidad: modificar las condiciones bajo las que resulta aceptable llevar a cabo el deseo de quedarse o migrar. Esta estrategia nos remite al segundo supuesto del modelo: que el deseo de migrar o permanecer es independiente de las condiciones bajo las que se puede lograr. No se trata únicamente de permanecer o migrar, sino de hacerlo bajo ciertas condiciones. El cómo, entendido como la suma de condiciones bajo las cuales se desea tanto permanecer como migrar, se convierte en central en la toma de decisión y la generación de deseos y expectativas.

El tercer supuesto implícito sobre el que se asienta el modelo es, a la vez, el más profundo y el que mayor alcance epistemológico tiene. El modelo trabaja sobre la idea de que lo contrario del deseo de migrar es el deseo de permanecer. Dicho de otro modo, lo contrario de migrar es permanecer. Resuenan de nuevo visiones dicotómicas estrictas que, como defendí en el capítulo dos, necesitamos cuestionar, ya que la migración y la permanencia no son sino dos caras de una misma moneda, realidades mutuamente constitutivas y socialmente significadas.

El siguiente gráfico resume de manera esquemática el modelo ampliado. En su parte izquierda se encuentra el modelo de Carling (2002) ampliado por Schewel (2015): ambos ejes, el del deseo y el de las capacidades hacen referencia al deseo o no de migrar y la existencia o no de las capacidades necesarias para convertir en realidad tal deseo; incluye la categoría de inmovilidad aquiescente, propuesta por Schewel (2015, p. 6), que complejiza el modelo inicial para incluir a "quienes no tienen ni la capacidad de migrar ni el deseo de hacerlo". Esta inclusión permite incorporar, aunque de manera limitada, las preferencias a la no migración independientemente de la habilidad para migrar. El modelo inicial es una

propuesta explicativa de la movilidad humana, y aunque es igualmente aplicable a situaciones de inmovilidad deseada, no fue inicialmente desarrollado bajo este prisma. He incluido además la visión en espejo del gráfico a la derecha, la que utiliza el deseo y las capacidades de permanecer en lugar de las de migrar en sus dos ejes. Vemos cómo el modelo se enriquece si incorporamos la imagen en espejo, para lo cual es necesario incorporar los epígrafes de la inmovilidad con igual importancia que los de la movilidad. Permite, de este modo, dar cuenta de situaciones de movilidad involuntaria y aquiescente (categorías resaltadas con línea de contorno negra). Así como la inmovilidad aquiescente recogería en gran medida la inmovilidad por defecto, al pensar la movilidad aquiescente abrimos la puerta a pensar en la posibilidad de que sea moverse la opción por defecto. Por otro lado, las categorías que están sombreadas indican que el resultado no es clasificable únicamente con la información contenida en el gráfico, ya que depende de otras variables cuya información no recoge el diagrama.

Diagrama 1
Categorías con base en las variables deseo/capacidad



[1] En las categorías sombreadas es necesaria más información para poder llevar a cabo la clasificación. En este primer cuadrante se requiere la respuesta a la pregunta de si se tiene la capacidad para permanecer. En el cuadrante del diagrama de la derecha la pregunta sería si se tiene la capacidad para migrar.

Fuente: elaboración propia con base en el modelo de Carling (2002)

La imagen en espejo nos permite empezar a pensar en una manera ligeramente distinta de trabajar con ambas variables clasificatorias, ya que, más allá de mejoras conceptuales, la capacidad explicativa del modelo se enriquece si atendemos a la confluencia o no de ambas variables; es decir, si se tiene la capacidad para llevar a cabo aquello que se desea. No está de más recordar que no sólo es importante el qué, sino también el cómo: no se trata sólo del deseo de migrar o permanecer, sino también de bajo qué condiciones se desea y si se tienen las capacidades para hacerlo. Los cruces relevantes serían, por lo tanto:

- se tiene el deseo y la capacidad: (in)movilidades deseadas o voluntarias
- se tiene el deseo pero no la capacidad: (in)movilidades forzadas o involuntarias
- no se tiene el deseo, independientemente de si se tiene la capacidad: (in)movilidades aquiescentes.

Esta reconfiguración del modelo nos permite mostrar, como ya lo había hecho Carling, que el grado de (in)voluntariedad es central en el análisis de las maneras de permanecer, y nos permite poner de manifiesto la importancia de los procesos de (in)movilización forzada que se encuentran en juego. Estas fuerzas (in)movilizadoras derivan, como hemos visto, de marcos globales amplios, el llamado régimen de (in) movilidad (Glick-Schiller y Salazar, 2013). Ese régimen impide migrar a quienes lo desean, inmovilizándolos en contra de sus deseos, o forzando a otras personas a moverse de maneras distintas de como les hubiera gustado. El grado de involuntariedad está, como pasamos a ver, muy relacionado con la experiencia vivida de la inmovilidad.

La experiencia vivida de la inmovilidad

La movilidad humana es una experiencia irreductiblemente encarnada. Lo percibamos o no, nos movemos constantemente, nuestros cuerpos, o

parte de ellos, se encuentran casi de manera permanente en movimiento. Hasta Ninel, tras el accidente de tráfico en el que perdió la movilidad de sus piernas, se mueve, empujada por su madre sobre las adoquinadas piedras de Zacualpan sobre su silla de ruedas. Existen aún pocos estudios que apliquen una visión de la migración como un fenómeno corporal y encarnado. Las excepciones provienen en su mayoría de investigaciones feministas sobre la migración, donde se ha criticado la descorporalización de los estudios sobre la experiencia humana. Gracias a sus aportaciones, desde mediados de la década de 1990, el cuerpo ha pasado a ser considerado una escala relevante de análisis (Silvey, 2005, p. 142), dirección que ha sido posteriormente seguida por el enfoque del Nuevo Paradigma de la Movilidad (Cresswell, 2010).

Aún falta interés e investigaciones sobre distintos aspectos de la sensorialidad de la vida humana, en particular, respecto a cómo ésta construye y simboliza corporalmente situaciones de movilidad e inmovilidad. Sin embargo, trabajando sobre indicios —ya que esta investigación no fue específicamente concebida para centrarse en el cuerpo— y a falta de investigaciones más específicas, podemos empezar a intuir la riqueza de corporalizar la experiencia vivida tanto de la movilidad como de la inmovilidad. Esa corporalización no puede, sin embargo, seguir los diseños de conceptualizaciones dicotómicas cuerpo-mente. Como la de moverse o quedarse, nos enfrentamos de nuevo a otra dicotomía estricta que ha guiado mucho del proceder científico occidental: la separación entre mente y cuerpo. La modernidad ha generado un individuo separado de los demás, de la naturaleza y hasta de su propio cuerpo (Le Breton, 1990). El *cogito* de Descartes cristalizó una falsa dicotomía entre mente y cuerpo (Le Breton, 1990, p. 69). Por eso, cuando nos preguntamos qué es lo que en realidad se mueve, la respuesta no es siempre evidente. En contextos de migración transnacional, por ejemplo, en familias cercanas se comparte un espacio de cotidianeidad en el que la movilidad física no es requisito para la movilidad mental que permite la exposición a "otros lugares" (Mata Codesal, 2015). Consecuencia de que el movimiento físico no siempre coincida con el mental, da lugar a que Mateo

pueda afirmar que aunque "en momentos estuve [físicamente] en otros sitios" mentalmente "[…] veía mi vida aquí".

La inmovilidad, al igual que la movilidad, tiene una traducción corporalizada, se vive en el cuerpo. Tanto Erika como su pareja son ejemplos prototípicos de inmovilidad involuntaria. Erika, nacida y criada en la Ciudad de México, hacía apenas unos años que se había mudado a Zacualpan. Vive su estancia en el pueblo como un impás mientras busca rutas para conseguir avances personales que no acaban de llegar. Con pocas relaciones sociales y familiares en el lugar, se siente atrapada en un espacio en el que no quiere estar pero que en su evaluación de lugares para posibles vidas vivibles seguía siendo el lugar más racional para estar: "No es tan fácil salirse de aquí. Aunque hay menos oportunidades de trabajo, también es más barato", me diría. Su novio retornado de Estados Unidos también experimenta un estado de segunda inmovilidad, en un limbo temporal a la espera de cambios en la política migratoria en el vecino país del norte. Nacido en el estado de Veracruz, a los 17 años migró tras sus padres a Estados Unidos. Veinte años después, obligado a retornar de Estados Unidos mientras toda su familia cercana permanece al otro lado, tuvo que elegir entre las dos únicas relaciones familiares que le quedaban en México: una tía en Iguala, estado de Guerrero, y otra en Zacualpan. Optó por venirse con esta segunda tía, maestra que se había mudado al lugar de origen de su esposo. Desde que Heidi Haugen (2012) identificó lo que denominó inmovilidades secundarias de personas nigerianas en China, han sido detectadas inmovilidades secundarias en tránsito en muchos corredores migratorios: personas centroamericanas en México (Díaz y Kuhner, 2007), mujeres africanas en Marruecos (Stock, 2012) o personas subsaharianas en Estambul (Suter, 2013). También existen inmovilidades una vez en destino, debido sobre todo a cuestiones de irregularidad legal y deportabilidad (Nuñez y Heyman, 2007), así como tras el regreso (Schuster y Majidi, 2013; Miller, 2012; Mata-Codesal, 2015). Después del retorno o deportación, personas como el novio de Erika se encuentran suspendidos en un limbo, forzados a retornar a espacios sociogeográficos que nunca fueron los suyos. Esta inmovilidad

asociada con elementos de desconexión social con el espacio físico al que se regresa es más fuerte cuantos más años se han pasado en el exterior.

No es, pues, el movimiento *per se* el aspecto más relevante, ni su intensidad o distancia, sino los procesos diferenciados a partir de los cuales se construyen, con significados variables, un conjunto de fronteras significativas. Esa normatividad social que inyecta con significado de manera diferencial a las fronteras significativas establece en el proceso los límites externos de espacios de pertenencia social, que traducen clasificaciones sociales y frecuentemente poseen una traslación geográfica. Para quienes quieren permanecer en Zacualpan los límites geográficos municipales no atrapan, sino que protegen, recogen un contexto social al que se pertenece, que arropa y cuida. De manera contraria, para quienes se encuentran obligados a permanecer en contra de su voluntad, esos límites encierran y separan. Las fronteras significativas —cuya significación, como hemos visto, no se extiende de manera homogénea, sino que está marcada por los motivos tras la movilidad así como por las características del sujeto que efectúa el cruce— no sólo imbuyen de significado a ciertos tipos de movimientos, sino que también construyen espacios significativos al crear escalas.

La escala de pertenencia de los sujetos es significativa en el análisis de los procesos de (des)territorialización. Como hemos visto a lo largo del libro, los lazos de adscripción/significativos —y por lo tanto, la escala de referencia— son distintos para los dos grupos en los que hemos dividido a la población de Zacualpan de acuerdo con sus trayectorias de (in)movilidad: personas con estudios superiores que migran dentro de México y personas que migran de manera irregular a Estados Unidos. México, como espacio político-geográfico pero sobre todo como espacio social de mexicanidad, es la escala significativa que contiene las vivencias y experiencias de las personas zacualpenses profesionistas, quienes recurren a la migración interna como parte habitual de sus estrategias por vivir buenas vidas. Aunque la territorialización concreta —la que literalmente posa los pies sobre una tierra literal, polvorienta, que mancha— se produzca físicamente en Zacualpan, las fronteras significativas se delimitan a nivel estatal/nacional. Por el contrario,

para quienes se definen como campesinos, su escala geográfica de referencia es altamente localista; sin embargo, incluye a un mayor número de personas, ya que no se estructura sobre la familia nuclear, sino sobre la familia extensa. La creación de localidad —definida como el entramado de relaciones sociales estables a las que se siente pertenecer— territorializa pertenencias a redes distintas.

¿Inmovilidad por defecto?

Una persona originaria de la Ciudad de México con mucho mundo recorrido, tanto por trabajo como por placer o relaciones familiares, residiendo o en vacaciones dentro de México, en el continente americano y fuera de él, y que había decidido irse a vivir a Zacualpan cuando se jubiló, me preguntaba con genuino interés cada vez que nos encontrábamos: "¿Ya sabes por qué no se marcha la gente de aquí?". "Pues me temo que aún no", respondía yo con honestidad. "Además creo que estoy más interesada en descubrir las distintas maneras de permanecer que en el por qué se quedan, ya que dudo mucho que exista una sola razón". Inconforme con mi respuesta, una de las últimas veces que coincidimos me dijo "Mira, quien nunca se ha ido es porque no tuvo la osadía". "Pues no lo sé", respondí yo, "podría ser una opción". En ese momento yo aún no descartaba que en ciertas ocasiones permanecer fuera el resultado de una falta de osadía, una especie de consecuencia de no tomar decisiones. Es decir, que fuera una situación por defecto, lo que ocurre si no se hace nada por cambiarlo. A medida que hablaba con más gente de Zacualpan se iba haciendo evidente que, muy al contrario, quedarse era, en la gran mayoría de los casos, una decisión consciente y costosa. Permanecer requería planificación y coraje, como muestran claramente las palabras de Víctor. Este maestro ondea el estandarte de la permanencia construyendo la inmovilidad en una opción casi política:

> Al tomar la decisión es más fácil irse. Al final de cuentas te desarraigas culturalmente pero enfrentar la situación aquí es más complicado que allá.

> Allá vas, te ganas los dólares, luego vienes, los cambias y haces, te compras una casa, te compras un terreno, pero jamás vuelves, ¿no? Entonces cambias cultura, cambias raíces por dinero. Entonces es más difícil, creo, salir adelante y ganar dinero, y también sacar adelante tus raíces. Creo que es lo más difícil. […] ¿Por qué creo que se van? Porque la cultura no está tan fuerte. Una cultura que te arraigue y que te diga "aquí quédate. Pase lo que pase, quédate. No te quedes a rascarte la panza, quédate a trabajar" (Víctor, varón, 37 años).

Superando visiones que entienden la inmovilidad como la opción por defecto, muchas de las historias de vida recogidas en Zacualpan muestran claramente cómo permanecer es, en no pocas ocasiones, la expresión de la conjunción del deseo y la capacidad para llevarlo a cabo, y no como sugieren muchas investigaciones, el resultado de falta de decisión o la consecuencia de procesos de inmovilización. Se puede permanecer de manera voluntaria, existe la inmovilidad deseada. Frente a la idea de que "algunas personas en los lugares de origen tienen la aspiración a migrar, definida como la creencia de que la migración es preferible a la no migración" (Carling, 2002, p. 12), las historias de las personas en Zacualpan nos muestran que la aspiración a migrar puede venir dada por la creencia de que migrar es la única manera de realizar el deseo de permanecer. Tenemos así que la movilidad carece de valor intrínseco, sino que es únicamente instrumental, encontrándonos, por ejemplo, con procesos migratorios que permiten la propia permanencia en el futuro, así como la permanencia actual de la familia.

No es únicamente relevante el deseo de permanecer, sino permanecer bajo ciertas circunstancias. Esto en ocasiones implica la necesidad de pasar por procesos migratorios previos para conseguir niveles materiales que se consideran mínimos necesarios —que en Zacualpan de 2014 incluían frecuentemente la triada tierra, casa y carro— o para establecer estrategias de permanencia, bien a través de pequeñas inversiones en negocios, como zapaterías o cafeterías, bien por medio de estudios superiores que faciliten trabajos estables y bien remunerados. Tanto el deseo como la capacidad para permanecer vienen fuertemente marcados por la

clase de pertenencia, ya que las aspiraciones se generan dentro del marco de lo que se percibe como posible, y este marco, como hemos visto, es diferente para las personas del centro y para las de la colonia. La factibilidad está muy relacionada con los recursos materiales y relacionales de los que se puede disponer y que están moldeados en gran medida por el grupo al que se pertenece.

Si en el capítulo anterior dialogamos con Lupe y Aldo, dos personas que permanecen queriendo además hacerlo, en este capítulo lo hacemos con personas como Alondra o Erika, quienes se encuentran inmovilizadas en contra de su voluntad, o bajo condiciones distintas de las que desearían. Los procesos de (in)movilización en juego, que derivan de la matriz de lo que se permite o se niega con base en un régimen global de movilidad, hacen referencia tanto al hecho de no poder moverse como a no poder hacerlo de la manera en que se desearía. En el contexto etnográfico concreto de esta investigación destaca la posibilidad de realizar la migración de manera legal o no. Como decía Xóchitl en el retazo etnográfico de este capítulo, la decisión de migrar o no es diferente si se puede migrar con papeles o si, por el contrario, la única alternativa que se tiene es viajar como indocumentada.

Finalmente, hemos visto cómo la construcción social de la inmovilidad tiene consecuencias en el cuerpo, que además son diferentes de acuerdo con el imaginario social del que deriva. La construcción social de la inmovilidad asocia ésta con determinadas características, frecuentemente con ser mujer y con las edades no productivas —infancia y vejez—, fruto a su vez de simbologías más profundas que reducen la movilidad a migraciones laborales remuneradas. Estas asociaciones tienen consecuencias en la experiencia concreta vivida de la inmovilidad.

Rama sobre el cielo estrellado de Zacualpan
Fotografía: ©Arnau Ruiz de Villa

Raíces-ramas

Siempre me vi aquí.
En momentos estuve en otros sitios
por distintos motivos,
pero yo veía mi vida aquí.
Y ahora, pues vine y encontré trabajo.
Mateo, varón, 25 años

Aunque lleven allá los años, pero también yo creo esa gente
que se va y que a lo mejor ya nunca regresa,
sus muy propias formas de vida deciden o no pueden regresar,
pero yo creo que también en el corazón, que esa es la mejor memoria,
la memoria del corazón, siempre van a seguir siendo zacualpenses.
Y aquí van a andar con nosotros aunque no estén. […]
Pero siento que sí nos une algo. Nos sigue uniendo algo.
¿Forman parte?
Sí, claro que sí. Porque ellos, cuando vemos venir alguno,
¡ah! Mira, ya vino aquél, mira.
Y él tenía quién sabe cuántos años que no lo veíamos.
Y nos ven y se acuerdan.
¿Por qué? Porque no se perdió él.
Nos dejamos de ver, pero no [se] perdieron del todo, no lo dejaron del todo.
Emiliano, varón, 47 años

Llegamos al capítulo final, espacio de síntesis de todo lo que se ha explorado hasta aquí. Empiezo exponiendo un resumen de lo tratado en cada uno de los cinco capítulos anteriores. El objetivo es que la senda trazada permita explicitar en esta última sección las líneas que han guiado la argumentación. Es en este capítulo donde la especificidad de las narrativas etnográficas adquiere perspectiva y nos permite indagar acerca de lo que de más amplio subyace en esas experiencias concretas.

La imagen del árbol nos ha acompañado a lo largo de todo el libro: desde la cita inicial del corrido de los Tigres del Norte hasta las ramas contra un cielo estrellado de la fotografía que abre este capítulo. Convencida de que es una imagen que ilustra adecuadamente el tema de la investigación, la metáfora arbórea continúa también en este último capítulo. Aquí el árbol ya es concebido explícitamente como un rizoma de raíces-ramas convirtiéndose en un continuo que supera procesos de clasificación binarios. Raíces-ramas que se necesitan mutuamente, una no existe sin la otra, son interdependientes. Raíces *y* ramas; nunca más *o*. Gracias a la metáfora visual del árbol rizomático podemos examinar las posibilidades y retos, tanto conceptuales como metodológicos, que se abren al tratar de superar las dicotomías irse o quedarse, movilidad versus inmovilidad.

A vista de pájaro

Un recorrido a vista de pájaro sobre lo que el libro contiene hasta aquí nos ayuda a establecer las líneas centrales del análisis. El primer capítulo comienza destripando las entrañas de la investigación: sus objetivos, el contexto etnográfico y la construcción ético-metodológica de la misma.[6]

[6] A medida que avanza mi práctica etnográfica encuentro más problemático separar lo ético de lo metodológico en cualquier aproximación antropológica que empleemos, aunque esa unión no esté exenta de tensiones. Aun sin haber encontrado en todos los casos acomodos definitivos, he tratado de reflejar algunas de esas tensiones en diversas partes del texto.

La pregunta central que ha guiado toda la investigación ha sido: ¿cómo se vive la inmovilidad en espacios de alta movilidad? Para ello se buscó un espacio físico cruzado —y como se comprobó posteriormente, también estructurado— por múltiples movilidades (migraciones intra e interestatales, migraciones internacionales hacia y desde Estados Unidos, así como movilidades tanto diarias como semanales por motivo de trabajo, estudio, familia y ocio a destinos más o menos cercanos). Metodológicamente, la investigación se asienta sobre las reflexiones que accedieron a compartir conmigo cincuenta personas distintas que se reconocían como zacualpenses. Estas reflexiones surgieron de conversaciones semiestructuradas acerca de sus experiencias vividas de movilidad e inmovilidad, así como sus percepciones acerca de las decisiones de otras personas.

Del marco descriptivo que sitúa la investigación del capítulo primero pasamos, en el capítulo dos, a poner el andamiaje teórico de la misma. Éste se sustenta sobre dos pilares centrales: el primer pilar alude a las maneras por defecto en las que estructuramos el conocimiento con base en categorías binarias, habitualmente excluyentes y opuestas. En el caso concreto de las investigaciones sobre movilidad humana, esto se cristaliza en los binomios sedentario-nómada y movilidad-inmovilidad, a partir de los cuales generamos nuestras preguntas de investigación. El segundo pilar es un enfoque de poder que concibe los procesos de clasificación social dentro de un marco de relaciones asimétricas de poder. Para el caso concreto de esta investigación, son relevantes los que utilizan la movilidad y la inmovilidad como variables clave en procesos de jerarquización. Los mecanismos de atribución o negación de derechos a la (in)movilidad derivan de lógicas globales íntimamente relacionadas con el capitalismo y el poder de los Estados-nación. Esos mecanismos inmovilizan o movilizan de maneras no deseadas, obligando a activar estrategias de articulación entre situaciones de movilidad e inmovilidad a distintos niveles para conseguir buenas vidas. En las secciones que vienen leeremos los datos etnográficos de Zacualpan a la luz de estas dos guías.

El capítulo tres ha desentrañado y expuesto los procesos vinculados con la movilidad y la inmovilidad a lo largo de los cuales se encuentra segmentada la población de Zacualpan en un momento concreto, y

que dan forma a las teselas de ese mosaico geosocial que es en realidad este pueblo. Los conceptos de líneas de corte y fuga han ayudado a capturar la organización social de este espacio. Las líneas de corte se forman con base en la inserción laboral, mientras que las líneas de fuga abren o extienden esas líneas de corte relacionándolas con espacios físicos distintos de Zacualpan, tanto dentro como fuera de México. Ambas líneas divisorias se encuentran, pues, interrelacionadas. El principal proceso de segmentación local pivota en torno al nivel de educación formal, y no hace sino localizar lógicas clasificatorias más amplias. Con base en esa variable se configuran los dos grandes grupos de pertenencia social local: las personas profesionistas y quienes se reconocen como campesinos. Ambos grupos —que no son cerrados, sino permeables— están relacionados con pautas distintas de localización residencial, distintos niveles de ingresos y regularidad de los mismos, así como con distintas trayectorias de movilidad que vienen dadas por la pertenencia a redes distintas de apoyo que facilitan diferentes tipos de movilidad, tanto dentro como fuera de México. El objetivo del capítulo ha sido hacer una postal marco de Zacualpan analizando las articulaciones y retroalimentaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad a nivel meso o de pueblo.

El capítulo cuarto enfoca las (in)movilidades o articulaciones entre situaciones de movilidad e inmovilidad en la familia, mostrando cambiantes trayectorias de (in)movilidad a lo largo del ciclo de vida en relación con los miembros de la familia cercana. Este capítulo presenta las historias de dos personas que permanecen en Zacualpan queriendo además hacerlo. Esas historias concretas muestran cómo las historias personales adquieren toda su complejidad y volumen sólo si las entendemos formando parte de marañas familiares que exceden lo individual. Utilizar la familia como unidad de análisis permite una segunda apertura de la caja negra de la inmovilidad al permitirnos analizar las articulaciones —no siempre fáciles ni fluidas— que se producen entre diferentes deseos y motivaciones a la movilidad y la permanencia de las distintas personas que conforman la unidad familiar. Se hace necesario entender esos deseos y motivaciones íntimamente relacionados con procesos de creación social de la inmovilidad que la asocian con determinadas carac-

terísticas, las cuales están fuertemente vinculadas con procesos de categorización social con base en género y la edad.

Dado que el ciclo de vida es una variable fundamental en el estudio de la movilidad, y por ende, de la inmovilidad, el capítulo cierra incorporando reflexiones sobre la muerte, entendida como epítome de la inmovilidad corporal. Las prácticas mortuorias más habituales, así como concepciones extendidas sobre la muerte, derivan de una lógica sedentaria que nos enraíza en un espacio físico concreto, incluso después de la muerte. El intento de lectura corporizada de la movilidad y la inmovilidad que se inicia aquí, continúa en el capítulo quinto constituyendo, más que un análisis, una llamada a la incorporación del cuerpo y los sentidos en los estudios sobre (in)movilidades humanas.

El capítulo cinco expone distintas maneras de permanecer y cómo éstas son experimentadas al nivel personal. Las fricciones entre el deseo de permanecer o migrar bajo ciertas condiciones, y las capacidades para convertir en realidad ese deseo, muestran la importancia que tiene el nivel de voluntariedad en el análisis de situaciones de permanencia. Podemos, así, hablar de (in)movilidades voluntarias o deseadas, involuntarias o forzadas y aquiescentes. El reconocimiento de que existen movilidades aquiescentes, de la misma manera en que habían sido definidas las inmovilidades aquiescentes, es un avance conceptual en el proceso de superar concepciones de la inmovilidad como un estado por defecto que abre la posibilidad de identificar y analizar situaciones donde pueda existir una "cultura de la migración" —que a estas alturas ha sido relativamente bien teorizada, sobre todo en lugares rurales de México con una larga tradición migratoria a Estados Unidos— vis a vis de contextos donde pueda existir una "cultura de la permanencia". En este último caso, el recurso valioso es la habilidad para permanecer, ya que es a través de la permanencia que se alcanzaría la adultez social. Planteado de esta manera, podemos empezar a vislumbrar cómo en multitud de contextos —geográficos pero sobre todo sociales, como muestra el caso etnográfico de Zacualpan— se encuentra presente una cultura de la permanencia. Sólo el cambio de foco y la superación de visiones sedentarias permiten construir esta situación en un objeto de análisis. Finalmente, en este

quinto capítulo se ha tratado de avanzar en la construcción de la experiencia encarnada de la inmovilidad mostrando su íntima relación con las construcciones sociales de la misma y los imaginarios asociados.

Existen también retos que han surgido en el trabajo y de los que considero adecuado dejar constancia en la mirada reflexiva sobre la investigación que es en realidad este capítulo final. El primer y más acuciante reto no es nuevo, sino que ya hace tiempo que se menciona por investigaciones que aspiran a aplicar metodologías que permitan capturar la movilidad: la dificultad para cubrir en toda su extensión redes —o ramas, de acuerdo con la terminología arborescente de este libro— que se territorializan o enraízan en distintos emplazamientos físicos (Marcus, 1995). Esto se complica aún más dado que los procesos de territorialización son, en ocasiones, dinámicos, donde tanto el alcance como los nodos físicos de anclaje pueden cambiar a lo largo del tiempo. Los enfoques etnográficos multi-situados presentan complejidades tanto a nivel conceptual —definición del campo, riesgo de estrategias *hit and run* o con falta de profundidad— como logístico —necesidad de tiempos y fondos de investigación mayores en un contexto de presión para publicar y reducción de la financiación para la investigación—. Dadas tales dificultades, he optado por limitar geográficamente el trabajo al espacio de Zacualpan, accediendo a esos otros espacios físicos, pero sobre todo sociales, donde se encuentran trabadas las personas que residen en Zacualpan, a través de las narrativas de las personas que accedieron a hablar conmigo. Esta estrategia resultaba adecuada debido a que el interés residía en conocer las concepciones y experiencias sobre la movilidad de personas inmóviles, y no tanto la correspondencia entre sus concepciones y las realidades materiales.

En consecuencia, el "campo" en esta investigación estaba formado por personas que en un momento concreto se encontraban residiendo en el espacio físico de un pueblo y que se definían como "de Zacualpan". Esa autodefinición no excluía a personas nacidas en otros lugares siempre que ellas mismas se consideraran de Zacualpan. Se hizo evidente desde los inicios de la investigación que la opción más operativa y coherente era no tomar todo el municipio como espacio físico en el que situar a las personas que permanecían, sino limitarse al pueblo de Zacualpan. De

esta manera, la investigación esquivaba caer por defecto en un nacionalismo metodológico al no asociarse a los límites político-administrativos que marcaban el municipio, sobre todo cuando resultaba claro que las redes que surgían del centro y del pueblo no se superponían, sino que seguían trayectorias diferentes. La contraparte negativa de esta elección ha sido el hecho de que los datos cuantitativos sólo se encuentran disponibles para el nivel municipal.

La reflexión anterior entronca con el siguiente reto, el de la necesaria indefinición previa de conceptos centrales para el estudio y las tensiones que ello genera. Definiciones claras de lo que es migrar o no migrar facilitan el posterior desarrollo de la investigación; sin embargo, trabajar sobre categorías cerradas también impide capturar las construcciones significativas y con las que operan las personas concretas con las que trabajamos. Por otro lado, marcar *a priori* conceptos cerrados, especialmente en relación con la delimitación o definición del "campo", aumenta los riesgos de generar metodologías nacionalistas.

La elección terminológica ha representado un tercer reto. Las palabras que utilizamos son importantes porque contribuyen a crear, visibilizar, ocultar o convertir en irrelevantes partes de la realidad a estudiar; así, pues, la preocupación por los términos utilizados en la investigación ha sido una constante. La tensión entre los términos permanencia e inmovilidad permanece irresoluta; por eso ambos aparecen a lo largo del texto. Permanencia e inmovilidad son en realidad dos etiquetas igualmente válidas que derivan de entornos explicativos diferentes: la permanencia se sitúa en un marco temporal, mientras que la inmovilidad lo hace en un marco espacial. La predilección por el término inmovilidad responde a intereses más logísticos, pues permite el juego tipográfico de la (in)movilidad, que, como he defendido, creo que avanza en el camino de superar concepciones dicotómicas estrictas entre situaciones de movilidad e inmovilidad.

De ningún modo puede considerarse esta investigación como un intento de desarrollar posibles modelos predictivos de quién podemos esperar que permanezca y quién que migre. No tiene, en este sentido, aplicación directa para políticas de control migratorio, aunque el cam-

bio de percepción propuesto hacia maneras más inclusivas de entender situaciones de movilidad e inmovilidad puede ayudar en el desarrollo de medidas de corte económico —en relación con el envío de remesas, por ejemplo, o la reincorporación de personas retornadas— o demográfico —por ejemplo, en cuestiones de gestión urbanística o medidas para corregir pautas de desarrollo territorial no equilibrado—. A la luz de todo lo anterior, esta investigación ha de ser considerada experimental y exploratoria, y entenderse más como una propuesta de cambio de prisma para pensar futuras investigaciones sobre (in)movilidad humana que como una aportación al uso de resultados concretos citables.

El recorrido a vista de pájaro presentado hasta aquí sobre los cinco capítulos del libro permite identificar temas principales y recurrentes que ahora expongo con mayor profundidad.

Sedentarismos que (des)enfocan nuestra visión. El reto de desterritorializar la pertenencia social

Decía en las primeras páginas del libro que me daría por plenamente satisfecha si al final llegaba a conseguir que quede claro que la pregunta no es ¿por qué migrar?, como tampoco lo es ¿por qué quedarse? Las preguntas con las que iniciamos nuestras investigaciones son en ocasiones más interesantes por sí mismas que por las respuestas que suscitan. Las preguntas, al igual que las elecciones terminológicas, no son asépticas, sino que derivan y se inscriben en marcos normativos más amplios que construyen lo que es relevante y establecen sobre qué es adecuado hacernos preguntas y sobre qué no. Esos marcos operan como gafas que a la vez que enfocan ciertas partes de la realidad convierten otras en extremadamente borrosas, llegando incluso a hacerlas completamente invisibles. La movilidad, en especial las migraciones internacionales, han recibido mucha atención académica porque en la lógica de los Estados-nación que ansían inmovilizar a sus poblaciones dentro de fronteras estatales nítidamente construidas, la movilidad atenta contra el principio básico de territorialidad-pertenencia sobre el que se basan.

En paralelo al proceso de construcción de la movilidad como problema, se da un proceso de construcción de la misma como situación excepcional, lo que refuerza su carácter anómalo. Las situaciones problemáticas necesitan ser solventadas; las excepcionales, explicadas. La construcción de la movilidad como una situación excepcional, tanto a lo largo de la historia como en el presente, se consigue gracias a procesos de invisibilización de la movilidad promovidos por la ideología sedentaria del Estado-nación. Apunto aquí tres procesos, sin por ello afirmar ni que se den siempre ni que no existan otros en juego.

El primero es la invisibilización de movilidades a lo largo de la historia. Se asume de manera acrítica, repitiéndolo hasta la saciedad, que cada vez somos más móviles. Por lo general, este incremento hace referencia a las migraciones internacionales, pero no existen estudios que traten de establecer qué incremento de esa movilidad se debe al desarrollo de mejores mecanismos estadísticos y de conteo. Ante un mayor interés por saber cuántos somos y dónde estamos se generan más y mejores de estos mecanismos. El ejemplo del origen de los censos es ilustrativo. Los censos fueron inicialmente creados con fines fiscales y militares: saber qué población se encuentra en un territorio para extraer recursos habitualmente para la guerra en forma de impuestos y brazos (Graeber, 2014). Extrapolar la lógica actual, basada en gran medida en el Estado-nación, es un error conceptual grave. Bajo lógicas que no entiendan la pertenencia de una manera territorializada ni conciban el mundo dividido en unidades territoriales discretas sin solapamiento, como ocurre en la actualidad, carecen de sentido las medidas destinadas a medir o controlar la movilidad, entendida como el paso de una a otra de esas unidades territoriales. Ante otro marco normativo, las preguntas que se formulan cambian. La ausencia de respuestas —en forma de número o referencias— no implica necesariamente que la movilidad en el pasado (antes del establecimiento de los Estados-nación y sus conteos) fuera menor. También podríamos encontrarnos ante el caso de que hacerse preguntas sobre la movilidad no fuera relevante, ya que podría ser ésta una realidad autoevidente y no problemática, sin necesidad de explicación, de manera análoga a lo que pasa en la actualidad con la inmovilidad. Por poner un

ejemplo, cuando se trasmite la imagen de la Edad Media europea como un tiempo de estasis absoluta, donde las personas estaban ancladas a la tierra, se está obviando el evidente trasegar de distintos grupos de personas (por ejemplo, en la figura de los buhoneros, constructores de catedrales, comerciantes, soldados, etc.), lo que unido a que es un momento en el que aún no se ha producido el proceso de individuación, se hace imposible seguir rastros individuales (Le Breton, 1990, p. 43). Este proceso crea una apariencia de excepción histórica de la movilidad que refuerza el carácter excepcional y diferente que se le atribuye a la movilidad en la actualidad.

El segundo proceso corresponde con la negación o no cómputo de infinidad de movilidades como consecuencia de procesos de invisibilización selectiva del movimiento. Estos procesos de invisibilización están fuertemente relacionados con los mecanismos de asignación y no asignación de significado al movimiento**.** Los procesos de asignación de significado a las fronteras son selectivos. La significación se activa de manera diferencial en función de variables como el género o la clase social, dando lugar a distintas concepciones de la movilidad. Las fronteras significativas —es decir, aquellos espacios no necesariamente geográficos cuyo cruce produce movimiento con significado— no tienen efectos universales, sino que se activan de manera diferencial en función de las características del sujeto y las del movimiento. Los procesos de asignación de significado al movimiento no operan de manera neutral ni homogénea a lo largo de toda la jerarquía social, sino que están fuertemente afectados por las características del sujeto que se mueve, especialmente su género y edad. Como vimos, la movilidad de las mujeres tras el matrimonio por pautas de residencia virilocal, aun cuando ésta implique el cruce de una frontera estatal y un cambio de residencia permanente, no son consideradas migraciones incluso por las personas involucradas en el cruce. Además, independientemente de las características del sujeto, las movilidades por motivos distintos al laboral tienden a no recibir la atención académica que reciben las consideradas migraciones económicas, obviando el hecho de que en muchas ocasiones existe más de un motivo para moverse.

El tercer proceso de invisibilización está constituido por la presencia de fuertes incentivos al enraizamiento. Esta fuerza gravitatoria deriva de una de las naturalizaciones producidas por la visión sedentaria que asocia pertenencia y territorio. El cierre territorial de la pertenencia social nos lleva a preguntar en nuestros encuentros iniciales con otras personas ¿de dónde se es? En lugar de ¿con quién se es? En nuestro afán clasificatorio, el código que nos permite dar sentido y decodificar a nuestro interlocutor proviene en gran medida de la adscripción territorial. Los Estados-nación modernos, en aras del control de sus poblaciones, han generado discursos que establecen la pertenencia cerrada en el espacio, lo que produce incentivos para que las personas se presenten como enraizadas en un lugar. Esto lleva a quitar importancia o evitar mencionar movilidades pasadas. Este proceso aparece de manera clara en la importancia que se otorga al lugar de nacimiento o lugar de origen, congelando así una adscripción que puede tener poco de relevante para la persona involucrada pero que condiciona en gran medida cómo será clasificada posteriormente.

La globalización parecía haber disuelto el poder de la geografía en los procesos de definición de la pertenencia y la membresía, haciendo que los espacios físicos afectaran menos el cómo las personas construyen su identidad y pertenencia (Bauman, 1998). El tan anunciado fin del Estado-nación no ha sido tal. Su poder se basa en mecanismos de control político-económicos pero también discursivo-ideológicos, habiendo llegado a ser capaz de presentar el orden nacional de las cosas como el orden normal o natural de las mismas (Malkki, 1992, p. 26). Los Estados-nación se valen del sedentarismo para territorializar y encerrar a sus poblaciones tras sus aparentemente nítidos y monolíticos límites político-administrativos. Han conseguido enclaustrar la pertenencia social en espacios geográficos que frecuentemente se superponen sobre delimitaciones político-administrativas, en las que, como toda la crítica del nacionalismo metodológico lleva poniendo de manifiesto desde hace tiempo, la frontera del Estado-nación se establece como una delimitación natural tomada por defecto en muchos de los trabajos sobre migraciones (Wimmer y Glick Schiller, 2003).

Tenemos el reto de desterritorializar los vínculos sociales, dejar de entenderlos como encajados en una unidad geográfica, cuyos límites además corresponden con límites político-administrativos. El caso de Zacualpan así lo muestra. La aparente unidad geosocial del centro municipal se rompe tras la mirada atenta en la cercanía en un mosaico de líneas de corte. Igualmente, la supuesta compresión espacial se rompe con las líneas de fuga que conectan a Zacualpan con espacios sociales geográficamente alejados. La pertenencia social es geográficamente móvil en redes con eslabones móviles e inmóviles.

En paralelo a la construcción de situaciones como problemáticas, en necesidad de ser explicadas —la movilidad en este caso—, se da un proceso simultáneo de construcción de realidades autoevidentes —la inmovilidad— que se sitúan fuera del alcance de cualquier pregunta. Para ocultar aspectos concretos y dificultar la formulación de ciertas preguntas se construyen, pues, ciertas realidades como obvias y evidentes: preguntar sobre ellas aparece, así, como un disparate. Como decía Malkki (1992), hay cuestiones que de tan naturalizadas escapan al radar de nuestras pesquisas. La permanencia es una de esas naturalizaciones, y es por ello por lo que, a diferencia de la movilidad humana, no ha sido construida como objeto de estudio y no ha recibido suficiente atención académica.

La imagen de la inmovilidad como realidad evidente o situación sin necesidad de explicación se resquebraja cuando nos permitimos hacerle preguntas: ¿quién permanece? ¿Cómo se permanece? ¿Quién se percibe como inmóvil? ¿Por qué ciertas inmovilidades se construyen como más naturales? Y, sobre todo, ¿cómo se articulan situaciones de movilidad e inmovilidad? Como muestran las historias de personas que permanecen en Zacualpan, recogidas en este libro, existen muchas maneras distintas de permanecer. La etiqueta inmovilidad, al igual que la de movilidad, subsume y homogeneiza lo que en realidad es una gran heterogeneidad de situaciones. Al explorar distintas maneras de permanecer, tanto a nivel grupal o de pueblo, como a nivel de la familia o de la experiencia personal encarnada, se desvanece la idea de que la inmovilidad es una situación por defecto ante la que no es necesaria ninguna toma de decisión ni estrategia de consecución. De manera contraria a las imágenes

imperantes, quedarse en realidad cuesta y no es una situación por defecto, de la misma manera en que moverse es más habitual de lo que las imágenes en circulación transmiten.

Sistemas de clasificación y su relación con la (in)movilidad

Ni la deseabilidad de la inmovilidad ni las capacidades para llevarla a cabo son universales, sino fruto de procesos localizados. La deseabilidad se construye en la interacción entre marcos económicos y socioculturales locales y características personales, mientras que las capacidades derivan de lógicas de asignación de derechos globales creadas en el marco de la actual fase capitalista. Los marcos socioculturales y económicos locales convierten en deseables o indeseables ciertos tipos de inmovilidad. El régimen de poder, que es más global, hace que la (in)movilidad —o mejor dicho, tipos específicos de maneras de moverse o quedarse— sea posible o no. En la interacción entre ambos procesos clasificatorios —el local como proceso de concreción de clasificaciones en torno a la clase social, y el global, fuertemente marcado por la nacionalidad— es donde hay que entender las distintas trayectorias de (in)movilidad que recogen las narrativas etnográficas presentadas.

Como muestra el caso de Zacualpan, las (in)movilidades juegan un papel destacado en los procesos locales de estratificación social. Centrarnos en la (in)movilidad nos permite entender la clase social como un proceso de posicionamiento en una jerarquía basada en el acceso diferencial a distintos tipos de recursos o capitales, tanto materiales como no materiales. Parte de ese posicionamiento viene dado por pertenencias a redes diferentes, que hemos de entender como recursos relacionales que tienen la capacidad de convertirse en capital material o informacional que dirige y posibilita distintos tipos de movilidades, y éstos, como hemos visto, forman parte de estrategias para conseguir permanecer.

El proceso de construcción de la movilidad y la inmovilidad como recursos valiosos se da con base en lógicas locales. La deseabilidad de la permanencia atribuye a esta situación valor intrínseco, mientras que

dota a la movilidad de valor instrumental como medio para conseguir permanecer. Es por eso que las permanencias se encuentran trabadas en relaciones complejas con situaciones de movilidad. Esas articulaciones se concretan tanto en articulaciones movilidad-inmovilidad entre distintas personas como en una misma persona a lo largo del tiempo.

La aseveración de que la movilidad tiene carácter instrumental frente a la inmovilidad que posee un valor intrínseco, tiene que ser contextualizada. Por un lado, es evidente que esta asignación de valores diferentes a la movilidad y la inmovilidad se encuentra presente no sólo en Zacualpan, sino en muchos otros lugares. Sin embargo, debemos abstenernos de establecer la validez universal de esta atribución de valores dejando abierta la puerta a la existencia de situaciones en las que la asignación sea exactamente la contraria; es decir, que sea la movilidad la que posea valor intrínseco positivo y la inmovilidad solo un valor instrumental. La identificación y análisis de estas situaciones es un interesante posible punto de análisis futuro, sobre todo porque nos permitiría analizar la presencia de marcos ideológicos subyacentes no sedentarios.

En nuestras sociedades jerárquicas y categorizantes, los procesos de creación de sentido no son ajenos a estructuras de poder y desigualdad. Las estructuras de control patriarcal y adultocéntricas extienden sus efectos en los procesos de atribución de deseabilidad a la inmovilidad. Así, la deseabilidad de la movilidad o la inmovilidad no se asigna de manera homogénea entre todas las personas de un grupo, sino que es asignada de manera diferenciada, sobre todo en función del género y la edad.

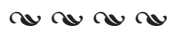
La habilidad de moverse ha sido tradicionalmente considerada como un recurso sólo disponible para los grupos en la parte superior de la jerarquía social. Sirva recordar la tantas veces mencionada expresión de que no son las personas más pobres las que migran; sin embargo, la capacidad de permanecer es también un recurso altamente apreciado no al alcance de cualquiera. Es importante enfatizar que no sólo se trata de moverse o quedarse, sino, y sobre todo, bajo qué condiciones se puede y se desea hacerlo. Debemos incorporar esos *cómos* en el modelo de deseo/habilidad, primeramente desarrollado por Carling (2002), para poner de manifiesto la existencia de un alto número de

personas que son involuntariamente inmóviles, así como las categorías de inmovilidad deseada, transnacional (Mata-Codesal, 2015) o aquiescente (Schewel, 2015).

Es evidente que los recursos que se pueden movilizar, sean materiales o inmateriales, y que vienen dados por la clase socioeconómica a la que se pertenece, generan el campo de movimientos o permanencias posibles. También las expectativas, tanto a moverse como a quedarse y bajo qué condiciones hacerlo, se encuentran afectadas por la clase a la que se pertenece. Como mostraron las líneas de corte que se extendían de manera no aleatoria en líneas de fuga de distinto alcance geográfico del capítulo tres, la pertenencia a ciertas redes —o si se prefiere, en un lenguaje más economicista, el capital relacional que se posee— posibilita y dirige las (in)movilidades. El capital relacional deriva de, y a la vez refuerza, sistemas de clasificación globales que tienen expresiones altamente locales.

Los derechos a la (in)movilidad no se encuentran repartidos de manera homogénea, puesto que las capacidades y recursos necesarios que posibilitan convertir en realidad el deseo a moverse o permanecer están fuertemente marcados por el grupo nacional, y sobre todo social, de pertenencia. Los derechos a la (in)movilidad no sólo dependen de la nacionalidad, sino que se encuentran fuertemente marcados por la clase social. Los derechos a la (in)movilidad se enmarcan, pues, en un doble proceso de segmentación. Por un lado, una segmentación que podemos denominar horizontal, basada en la nacionalidad. Esta clasificación horizontal se complementa con una segunda segmentación que podemos visualizar como vertical, que deriva de una lógica capitalista globalizada y que utiliza la clase socioeconómica como la variable clasificadora clave (Alonso, 2015). Esas lógicas clasificatorias más globales se ocultan o expresan tras sistemas de clasificación locales muy concretos. El ejemplo etnográfico de Zacualpan es muy ilustrativo al respecto. En este pequeño pueblo la variable "nivel de educación formal" se constituye como la principal variable clasificatoria. Esta variable y el consiguiente sistema de diferenciación social local al que da lugar traducen lógicas de poder más amplias.

Como hemos visto a lo largo de todo el libro, quedarse cuesta tanto como, en ocasiones, irse. La inmovilidad se convierte, por lo tanto, en un recurso altamente deseado al que, sin embargo, no todas las personas tienen acceso, y que obliga a activar estrategias en las que la movilidad forma parte importante. Esas estrategias, para personas con una inserción precaria en el régimen de movilidad (Glick Schiller y Salazar, 2013), implican la necesidad de migrar de maneras no deseadas, en general altamente precarias y hasta peligrosas. Asistimos, por lo tanto, a graves procesos de precarización a través del movimiento. El capitalismo global y la movilidad humana están estrechamente vinculados, aunque de manera compleja. Al mismo tiempo que el modo de producción capitalista fomenta la libre circulación de capitales y mercancías, también establece mecanismos de filtrado para seleccionar, controlar y disciplinar la movilidad de cierto tipo de trabajadores (Aquino y Varela, 2013, p. 7). Al arrancar los derechos de ciudadanía de muchas personas forzadas a migrar de manera irregular como estrategia para sostener la permanencia de familiares y la propia en el futuro, los países de destino evitan los costes de reproducción de una parte de su mano de obra. Esta precarización también ocurre a nivel nacional, aunque no derive del no reconocimiento de derechos de ciudadanía. La discriminación no sólo ocurre respecto a la nacionalidad, sino también, y sobre todo, con base en la clase social. Dentro de un mismo país se inmoviliza a parte de la población para permitir la reproducción de poblaciones móviles o flotantes, o viceversa, se moviliza a parte de la población para permitir la permanencia de otra parte.



Los árboles genealógicos de niveles jerárquicos en una sola dirección tienen poco que ver con el Arbolito a la entrada de Zacualpan, el árbol sobre las ruinas de la hacienda de Cuautepec o la maraña de árboles y arbustos de las huertas que sombrean el centro de este pueblo. Árboles con gruesas raíces, y ramas que mimbrean al viento, que se doblan y alejan del tronco, ramas que crecen en muchas direcciones para que la

raíz siga, para que el árbol continúe. Árboles rizomáticos, por encima y por debajo del suelo, sin que la frontera de tierra quede clara, con múltiples entradas y salidas: raíces que se convierten en ramas, ramas que devienen raíces; inexorablemente unidas, interdependientes. Las ramas parecen continuar las raíces que emergen naturalmente de la línea difusa de la tierra. Raíces que se convierten en ramas, ramas que penetran en la tierra, sin un límite claro y definido, con múltiples entradas que son a la vez salidas, profundamente rizomáticas. Por tanto centrarnos en las raíces, hemos olvidado las ramas, y más grave aún, hemos pasado por alto que ambas se necesitan mutuamente para que el árbol siga vivo. Las ramas flexibles, que se doblan y alargan, permiten que en situaciones de viento las raíces no sean arrancadas. Como quien se va para que la familia permanezca. Como quien permanece para que otras personas puedan irse. Las raíces siguen nutriendo de sustrato social a esas ramas flexibles, recordándoles que forman parte de un algo que está físicamente en otra parte. Al quedarnos, nutrimos imágenes de otras vidas que ya no serán la nuestra. Al irnos, nos llevamos parte de dónde y con quienes fuimos. Pero en realidad nadie se queda del todo, ni nadie se va del todo. Como dice Emiliano: "Nos sigue uniendo algo".

Referencias

Aguilar Barajas, I. (1995), "Población y economía en el estado de Quintana Roo: algunas consideraciones de la experiencia reciente", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 10, núm. 1, pp. 5-33.

Aguirre Vidal, G. (2009), "Cuidado y lazos familiares en torno a la (in) movilidad de adolescentes en familias transnacionales", en G. Camacho Zambrano y K. Hernández Basante (eds.), *Miradas transnacionales. Visiones de la migración ecuatoriana desde España y Ecuador,* Quito, Centro de Planificación y Estudios Sociales [Ceplaes] y Secretaría Nacional del Migrante [Senami], pp. 17-52.

Alarcón, R. y W. Becerra (2012), "¿Criminales o víctimas? La deportación de migrantes mexicanos de Estados Unidos a Tijuana, Baja California", *Norteamérica,* vol. 7, núm. 1, pp. 125-148.

Albo, A. (2012), *Anuario de migración y remesas, México 2013*, México, Fundación BBVA Bancomer-Consejo Nacional de Población [Conapo].

Aldea, E. (2014), "Nomads and Migrants: Deleuze, Braidotti and the European Union in 2014", *Forum for European Philosophy Public Lecture*, Londres.

Ali, S. (2007), "'Go West Young Man': The Culture of Migration among Muslims in Hyderabad, India", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 33, núm. 1, pp. 37-58.

Alonso, M. (2015), "*No tenemos sueños baratos". Una historia cultural de la crisis*, Barcelona, Anthropos.

Anderson, B., M. Ruhs, B. Rogaly y S. Spencer (2006), *Fair enough? Central and East European Migrants in Low-Wage Employment in the UK*, Oxford, COMPAS.

Anzaldo Gómez, C., J. C. Hernández Esquivel y A. Rivera Vázquez (2008), "Migración interna, distribución territorial de la población y desa-

rrollo sustentable", en Conapo, *La situación demográfica de México,* México, Conapo, pp. 129-141.

Aquino, A. y A. Varela (2013), "Introducción. Pensar la migración en el contexto capitalista actual", en A. Aquino, A. Varela y F. Décosse (eds.), *Desafiando fronteras: control de la movilidad y experiencias migratorias en el contexto capitalista* México, Sur + Ediciones-Frontera Press, pp. 7-21.

Arias, P. (2013), "Migración, economía campesina y ciclo de desarrollo doméstico. Discusiones y estudios recientes", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 28, núm. 1, pp. 93-121.

——————— (2012), "Herencia familia y migración en el campo mexicano", *Trace*, núm. 61, pp. 76-90.

Ariza, M. (2004), "Miradas masculinas y femeninas de la migración en Ciudad Juárez", en M. Ariza y O. de Oliveira (eds.), *lmágenes de la familia en el cambio de siglo,* México, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México [IIS-UNAM], pp. 387-428.

——————— y M. E. D'Aubeterre (2009), "Contigo en la distancia… Dimensiones de la conyugalidad en migrantes mexicanos internos e internacionales". en C. Rabell (ed.), *Tramas familiares en el México contemporáneo: una perspectiva sociodemográfica,* México, IIS-UNAM-El Colegio de México, pp. 225-266.

——————— y O. de Oliveira (2004), "Universo familiar y procesos demográficos", en M. Ariza y O. de Oliveira (eds.), *lmágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, IIS/UNAM, pp. 9-45.

Arizpe, L. (1985), *Campesinado y migración,* México, Secretaría de Educación Pública [SEP].

——————— (1983), "El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos", *Estudios Sociológicos*, vol. 1, núm. 1, pp. 9-33.

——————— (1980), *La migración por relevos y la reproducción social del campesinado*, México, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.

Arizpe, L. (1975), *Indígenas en la ciudad: el caso de las Marías*, México, SEP.

Bakewell, O., H. de Haas y A. Kubal (2011), Migration Systems, Pioneers and the Role of Agency, *IMI Working Paper Series*, núm. 48, pp. 1-26.

Banco Central de México [Banxico] (2016), *La balanza de pagos en 2015*, México, Banxico.

——————— (2015), *La balanza de pagos en 2014*, México, Banxico.

Barrera, D. y M. C. Oehmichen (eds.) (2004), *Migración y relaciones de género en México*, México, Grupo Multidisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza-UNAM.

Barrón, M. A. (2007), "Jornaleros migrantes. Cuántos son y dónde están", en A. Durán González (ed.), *Mujeres afectadas por el fenómeno migratorio en México. Una aproximación desde la perspectiva de género*, México, Instituto Nacional de las Mujeres [Inmujeres].

Basch, L., N. Glick Schiller y C. S. Blanc (1994), *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Londres, Routledge.

Bastia, T. (2009), "Women's Migration and the Crisis of Care: Grandmothers Caring for Grandchildren in Urban Bolivia, *Gender and Development*, vol. 17, núm. 1, pp. 389-401.

Bauman, Z. (1998), *Globalization*, Nueva York, Columbia University Press.

Behar, R. (2009), *Cuéntame algo aunque sea una mentira: las historias de la comadre Esperanza*, México, Fondo de Cultura Económica [FCE].

Besserer, F. (2004), *Topografías transnacionales*, Mexico, Universidad Autónoma Metropolitana [UAM]-Plaza y Valdés.

Bissell, D. y G. Fuller (eds.) (2011), *Stillness in a Mobile World*, Londres, Routledge.

Black, R. y M. Collyer (2014), "'Trapped' Populations. Limits on Mobility at Times of Crisis", en S. F. Martin, S. Weerasinghe y A. Taylor (eds.), *Humanitarian Crises and Migration: Causes, Consequences and Responses,* Nueva York, Routledge, pp. 287-305.

Bobes, V. C. (2011), *Los tecuanes danzan en la nieve. Contactos transnacionales entre Axochiapan y Minnesota*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales [Flacso].

Botterill, K. (2008), "Transnationalism and the Social Mobility of Migrant Workers from the Post-socialist World", CRESR *Working Paper,* Sheffield, Hallam University.

Brettell, C. B. (2000), "Theorizing Migration in Anthropology. The Social Construction of Networks, Identities, Communities, and Globalscapes", en C. B. Brettell y J. F. Hollifield (eds.), *Migration Theory: Talking across Disciplines,* Nueva York, Routledge, pp. 97-135.

——————— y J. F. Hollifield (eds.) (2000), *Migration Theory: Talking across Disciplines*, Nueva York, Routledge.

Bryceson, D. F. y U. Vuorela (2002), "Transnational Families in the Twenty-first Century", en D. F. Bryceson y U. Vuorela (eds.), *The Transnational Family. New European Frontiers and Global Networks,* Oxford, Berg, pp. 97-135.

Cabildo de Zacualpan de Amilpas (2010), *Plan municipal de desarrollo 2009-2012 del municipio de Zacualpan de Amilpas, Morelos*, Cuernavaca, Periódico Oficial "Tierra y Libertad".

Cadena, M., de la (2005), "The Production of Other Knowledges and Its Tensions: From Andeanist Anthropology to Interculturalidad?", *Journal of the World Anthropology Network*, núm. 1, pp. 13-33.

Canales, A. (2008), "Vivir del Norte: perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas en una región de alta emigración", en M. Ariza y O. de Oliveira (eds.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, IIS-UNAM, pp. 321-356.

——————— (2005), "El papel de las remesas en la configuración de relaciones familiares transnacionales", *Papeles de Población*, vol. 11, núm. 44, pp. 149-171.

Carling, J. (2014), "The Role of Aspirations in Migration", en *Determinants of International Migration*, Oxford, International Migration Institute-University of Oxford.

Carling, J. (2002), "Migration in the Age of Involuntary Immobility: Theoretical Reflections and Cape Verdean Experiences", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 28, núm. 1, pp. 5-42.

———— (2001), *Aspiration and Ability in International Migration. Cape Verdean Experiences of Mobility and Immobility,* Oslo, University of Oslo.

————, C. Menjívar y L. Schmalzbauer (2012), "Central Themes in the Study of Transnational Parenthood", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 38, núm. 2, pp. 191-217.

Carroll, L. (2004), *A través del espejo*, Córdoba, Ediciones del Sur.

Castles, S. y M. J. Miller (1993), *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*, Londres, Macmillan.

Clifford, J. (1997), *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge y Londres, Harvard University Press.

———— (1983), "On Ethnographic Authority", *Representations*, núm. 2, pp. 118-146.

Cohen, J. H. (2004), *The Culture of Migration in Southern Mexico*, Austin, University of Texas Press.

Cohen, R. (ed.) (1995), *The Cambridge Survey of World Migration*, Cambridge, Cambridge University Press.

Collyer, M. y H. de Haas (2012), "Developing Dynamic Categorisations of Transit Migration", *Population, Space and Place*, vol. 18, núm. 4, pp. 468-481.

Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal (2015), *La violencia en los municipios y entidades federativas en 2014*, <www.seguridadjusticiaypaz.org.mx/biblioteca/prensa/send/6-prensa/205-la-violencia-en-los-municipios-y-en-las-entidades-federativas-de-mexico-2014>, Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal.

Consejo Nacional de Población [Conapo] (2012), *Índice de intensidad migratoria México-Estados Unidos, 2010*, México, Conapo.

———— y Fundación BBVA Bancomer (2014), *Anuario de migración y remesas. México 2015*, Ciudad de México, Fundación BBVA Bancomer-Conapo.

Cortés, R. (2007), *Remittances and Children's Rights: An Overview of Academic and Policy Literature,* Unicef, Working Paper.

Cresswell, T. (2012), "Mobilities II: Still", *Progress in Human Geography*, vol. 36, núm. 5, pp. 645-653.

——————— (2011), "Mobilities I: Catching Up", *Progress in Human Geography*, vol. 35, núm. 4, pp. 550-558.

Cresswell, T. (2010), "Towards a Politics of Mobility", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 28, núm. 1, pp. 17-31.

——————— (2006), *On the Move: Mobility in the Modern Western World*, Nueva York, Routledge.

Chaïb, Y. (2000), *L'émigré et la mort: la mort musulmane en France*, Aix en Provence, Edisud.

D'Aubeterre, M. E. (2000), *El pago de la novia. Matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuexcomac*, Puebla, El Colegio de Michoacán-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Debry, J. (2006), "Honor and Virtue: Mexican Parenting in the Translocal Context", *Gender & Society*, vol. 20, núm. 1, pp. 32-59.

Deleuze, G. F. y Guattari (2002), *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, PreTextos.

Díaz, G. y G. Kuhner (2007), "Mujeres migrantes en tránsito y detenidas en México", *Migration Information Source*, Migration Policy Institute, <http://migrationpolicy.org/article/mujeres-migrantes-en-tr°/₀c3°/₀a1sito-y-detenidas-en-m°/₀c3°/₀axico>.

Dinerman, I. (1983), "El impacto agrario de la migración en Huecorio", *Relaciones*, vol. 4, núm. 15, pp. 29-52.

Dobson, M. E. (2009), "Unpacking Children in Migration Research", *Children's Geographies*, vol. 7, núm. 3, pp. 355-360.

Durand, J. (2013), "Nueva fase migratoria", *Papeles de Población*, vol. 19, núm. 77, pp. 83-113.

——————— (2000), "Origen es destino: redes sociales, desarrollo histórico y escenarios contemporáneos", en R. Tuirán (ed.), *Migración México-Estados Unidos: opciones de política,* México, Secretaría de Gobernación-Secretaría de Relaciones Exteriores, pp. 249-262.

Durand, J. (1988), "Circuitos migratorios", en T. Calvo y G. López (eds.), *Movimientos de población en el occidente de México,* México, Centre d'Études Mexicaines et Centroamericaines-El Colegio de Michoacán, pp. 25-49.

——————— (1986), "Circuitos migratorios en el occidente de México", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 2, núm. 2, pp. 49-67.

Düvell, F. (2012), "Transit Migration: A Blurred and Politicised Concept, *Population, Space and Place*, vol. 18, núm. 4, pp. 415-427.

Eom, S. (2015), "Migrating the Dead: Cemeteries and Contested Belonging in the Chinese Diaspora", ponencia presentada en el *I Congreso Internacional de Antropología AIBR*, Madrid.

Faist, T. (1997), "The Crucial Meso-level", en T. Hammar, G. Brochmann, K. Tamas y T. Faist (eds.), *International Migration, Immobility and Development. Multidisciplinary Perspectives,* Oxford, Berg, pp. 187-218.

Franquesa, J. (2011), "'We've Lost our Bearings': Tourism, Place, and the Limits of the Mobility Turn", *Antipode. A Radical Journal of Geography*, vol. 43, núm. 4, pp. 1012-1033.

Freeman, C. (2001), "Is Local:Global as Feminine:Masculine? Rethinking the Gender of Globalization", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 26, núm. 4, pp. 1007-1037.

García, M. (2008), "Rituales de paso y categorías sociales en la migración internacional nahua del alto Balsas, Guerrero", *Cuicuilco*, vol. 15, núm. 42, pp. 77-96.

Gardner, K. (2002a), *Age, Narrative and Migration: The Life Course and Life Histories of Bengali Elders in London*, Oxford, Berg.

——————— (2002b), "Death of a Migrant: Transnational Death Rituals and Gender among British Sylhetis", *Global Networks*, vol. 2, núm. 3, pp. 191-204.

Garrocho, C. (2011), *Población flotante, población en movimiento: conceptos clave y métodos de análisis exitosos,* México, Conapo.

Garza, R., de la (2010), *Migration, Development and Children Left Behind. A multidimensional Perspective*, Nueva York, Unicef.

Gaspar, A. L. (2006), "Rehacer el tejido de Penélope: mujeres y reproducción de la emigración", en M. A. Rebeil (ed.), *XIII Anuario de la investigación de la comunicación* CONEICC, México, Universidad Anáhuac del Norte-Universidad Iberoamericana León, pp. 401-425.

Glick Schiller, N. y N. B. Salazar (2013), "Regimes of Mobility across the Globe", *Journal of Ethnic and Migration Studies,* vol. 39, núm. 2, pp. 183-200.

Graeber, D. (2014), *En deuda*, Barcelona, Ariel.

Gregorio Gil, C. (2014), "Traspasando las fronteras dentro-fuera. Reflexiones desde una etnografía feminista", *AIBR-Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 9, núm. 3, pp. 297-322.

Grammont, H., S. Lara y M. J. Sanchez (2004), "Migración rural temporal y configuraciones familiares (los casos de Sinaloa, Mexico; Napa y Sonoma, EE.UU.), en M. Ariza y O. de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo,* México, IIS/UNAM, pp. 357-385.

Guzmán Gómez, E. y A. León López (2005), "Multiactividad y migración campesina en el poniente de Morelos, México", *Política y Cultura*, núm. 23, pp. 103-120.

Haas, H., de (2010), "The Internal Dynamics of Migration Processes: A Theoretical Inquiry", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 36, núm. 10, pp. 1587-1617.

———— (2003), *Migration and Development in Southern Morocco: The Disparate Socio-Economic Impactsof Out-Migration on the Todgha Oasis Valley,* Amsterdam, Katholieke Universiteit Nijmegen.

Hammar, T., G. Brochmann, K. Tamas y T. Faist (eds.) (1997), *International Migration, Immobility and Development. Multidisciplinary Perspectives*, Oxford, Berg.

Hannam, K., M. Sheller y J. Urry (2006), [editorial] "Mobilities, Immobilities and Moorings", *Mobilities*, vol. 1, núm. 1, pp. 1-22.

Haugen, H. (2012), "Nigerians in China: A Second State of Immobility", *International Migration,* vol. 50, núm. 2, pp. 65-80.

Hear, N., van (2014), "Reconsidering Migration and Class", *International Migration Review*, vol. 48, núm. 1, pp. 100-121.

Henley y Partners (2014), *The Henley & Partners Visa Restrictions Index 2014. Global Travel Freedom at a Glance*, [recurso en línea].

Hernández-Carretero, M. y J. Carling (2012), Beyond "Kamikaze Migrants": Risk Taking in West African Boat Migration to Europe", *Human Organization*, vol. 71, núm. 4, pp. 407-416.

Hondagneu-Sotelo, P., y E. Ávila (1997), "I'm Here, but I'm There" The Meanings of Latina Transnational Motherhood, *Gender y Society*, vol. 11, núm. 5, pp. 548-571.

Horvath, I. (2008), "The Culture of Migration of Rural Romanian Youth", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 34, núm. 5, pp. 771-786.

Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal [Inafed] (2010), *Enciclopedia de los municipios y delegaciones de México. Estado de Morelos*, México, Inafed-H. Ayuntamiento de Zacualpan de Amilpas.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía [Inegi] (2010). *Censo de Población y Vivienda*.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática [INEGI] (2007), *Censo Agropecuario 2007. Panorama Agropecuario en Morelos*, México, Inegi.

Jónsson, G. (2011), *Non-migrant, Sedentary, Immobile, or 'Left behind'? Reflections on the Absence of Migration*, Oxford, International Migration Institute, Working Papers 39.

——————— (2008), *Migration Aspirations and Immobility in a Malian Soninke Village*, Oxford, International Migration Institute, University of Oxford.

Kandel, W. y G. Kao (2001), The Impact of Temporary Labor Migration on Mexican Children's Educational Aspirations and Performance, *International Migration Review*, vol. 35, núm. 4, pp. 1205-1231.

——————— y D. S. Massey (2002), "The Culture of Mexican Migration: a Theoretical and Empirical Analysis", *Social Forces*, vol. 80, núm. 3, pp. 981-1004.

King, R. (2012), "Theories and Typologies of Migration: An Overview and a Primer", *Willy Brandt Series of Working Papers in International Migration and Ethnic Relations*, vol. 12, núm. 3, pp. 1-43.

King, R. y R. Skeldon (2010), "Mind the Gap! Integrating Approaches to Internal and International Migration", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 36, núm. 10, pp. 1619-1646.

————————, M. Thomson y T. Fielding (2004), *Gender, Age and Generations. State of the art report IMISCOE Cluster C8*, Sussex, Centre for Migration Research, University of Sussex.

————————— y J. Vullnetari (2006), "Orphan Pensioners and Migrating Grandparents: The Impact of Mass Migration on Older People in Rural Albania", *Ageing & Society*, vol. 26, pp. 783-816.

Lagomarsino, F. y S. Castellani (2011), "The Invisible Protagonists. An Analysis on the Role of Ecuadorians' Daughters in Southern Europe and in the Origin Localities, *The Migration-Development Nexus Revisited: State of the Art and Ways Ahead*, University of Trento.

Lara, S. (2010), "Los 'encadenamientos migratorios' en regiones de agricultura intensiva de exportación en México", en S. M. Lara (ed.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 251-279.

Le Breton, D. (1990), *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Léonard, É., A. Quesnel y A. del Rey (2004), "De la comunidad territorial al archipiélago familiar: movilidad, contractualización de las relaciones intergeneracionales y desarrollo local en el sur del estado de Veracruz", *Estudios Sociológicos*, vol. XXII, núm. 3, pp. 557-589.

Lestage, F. (2012), [editorial] "La mort en migration", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 28, núm. 3, pp. 7-12.

Lizárraga Morales, O. (2013), "Transmigración placentera: cambio demográfico y nueva movilidad global", *Migraciones Internacionales*, vol. 7, núm. 1, pp. 131-160.

————————— (2008), "Immigration and Transnational Practices of U.S. Retirees in Mexico. A Case Study in Mazatlán, Sinaloa and Cabo San Lucas, Baja California Sur", *Migración y Desarrollo*, núm. 11, pp. 93-110.

Lomnitz, L. A. D. (1973), "Supervivencia en una barriada en la Ciudad de México", *Demografía y Economía*, vol. VII, núm. 1, pp. 58-85.

Lozano, F. (2002), "Interrelación entre la migración internacional y la migración interna en México", *Papeles de Población*, vol. 8, núm. 33, pp. 81-100.

———— y L. Gandini (2010), *Migrantes calificados de América Latina y el Caribe. ¿Capacidades desaprovechadas?,* Cuernavaca, CRIM/UNAM.

Lüthi, B. (2010), "Migration and Migration History", versión 1.0 en *Docupedia-Zeitgeschichte,* vol. 6, núm. 5 <http://docupedia.de/Zg/Migration_and_Migration_History>.

Malkki, L. (1992), "National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees", *Cultural Anthropology*, vol. 7, núm. 1, pp. 24-44.

Mallimaci, A. I. (2012), "Movilidades y permanencias. Repensando la figura del movimiento en las migraciones", *Temas de Antropología y Migración*, núm. 3, pp. 77-92.

Marcus, G. (1995), "Ethnography in/of the World-System. The Emergence of Multi-Sited Ethnography", *Annual Review of Anthropology*, núm. 24, pp. 95-117.

Márquez Covarrubias, H. (2013), "El redoble de la migración forzada: inseguridad, criminalización y destierro", *Migración y Desarrollo*, núm. 21, pp. 159-175.

Martínez, P. (2002), "Las comunidades de la cuenca del río Amatzinac", en P. Ávila (ed.), *Agua, cultura y sociedad en México,* Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 337-352.

Massey, D. S., J. Durand y N. J. Malone (2002), *Beyond Smoke and Mirrors: Mexican Immigration in an Era of Economic Integration*, Nueva York, Fundación Rusell Sage.

————, J. Durand, H. González y R. Alarcón (1990), *Return to Aztlan. The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, University of California Press.

————, J. Arango, G. Hugo, A. Kouaouci y J. E. Taylor (1998), *Worlds in Motion. Understanding International Migration at the End of the Millennium*, Oxford, Clarendon Press.

Mata-Codesal, D. (2015), "Ways of Staying Put in Ecuador. Social and Embodied Experiences of Mobility-immobility Interactions", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 41, núm. 14, pp. 2274-2290.

———— (2014), "Inmovilidad transnacional", XIII Congreso de Antropología de la FAAEE, Tarragona.

———— (2013), "Towards a Gender Sensitive Approach to Remittances in Ecuador", en L. Oso y N. Ribas-Mateos (eds.), *The International Handbook on Gender, Migration and Transnationalism: Global and Development Perspectives,* Cheltenham y Northampton, Edward Elgar Publishing, pp. 642-668.

———— (2012), *Material and Social Remittances in Highland Ecuador,* Tesis doctoral, University of Sussex.

McKenzie, D. J. y H. Rapoport (2006), *Can Migration Reduce Educational Attainment? Evidence from Mexico,* Washington, World Bank (World Bank Policy Research Working Paper 3952).

Mediavilla, H. (2013), "Penélopes mexicanas" [proyecto fotográfico], México.

Meza, L. y C. Pederzini (2009), "Migración internacional y escolaridad como medios alternativos de movilidad social. El caso de México", *Estudios económicos, migración internacional y escolaridad*, pp. 163-206.

Miller, O. A. (2012), "Deportation as a Process of Irreversible Transformation", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 38, núm. 1, pp. 131-146.

Mines, R. (1981), *Developing a Community Tradition of Migration: a Field Study in Rural Zacatecas, Mexico and California Settlement Areas*, La Jolla, University of California at San Diego.

Moreras, J. (2004), "Morir lejos de casa: la muerte en contexto migratorio", en B. López García y M. Berriane (eds.), *Atlas de la inmigración marroquí en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, pp. 427-429.

Morokvasic, M. (1984), "Birds of Passage are also Women", *International Migration Review*, vol. 18, núm. 4, pp. 886-907.

Mummert, G. (2005), "Transnational Parenting in Mexican Migrant Communities: Redefining Fatherhood, Motherhood and Care-

giving", ponencia presentada en *The Mexican International Family Strengths Conference*, Cuernavaca.

Mummert, G. (1988), "Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y las que se van", en T. Calvo y G. López (eds.), *Movimientos de población en el occidente de México,* México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos [Cemca], pp. 281-297.

Nair, S. (1999), "Homing Instincts: Immigrant Nostalgia and Gender Politics in Brown Girl, Brownstones", en B. Edmondson (ed.), *Caribbean Romances: The Politics of Regional Representation*, Charlottesville, The University of Virginia Press, pp. 183-198.

Negrete, M. E. (1980), *La migración en una localidad campesina: Zacualpan de Amilpas, Morelos,* México, El Colegio de México.

Nowicka, M. (2012), "Deskilling in Migration in Transnational Perspective. The Case of Recent Polish Migration to the UK", *COMCAD Arbeitspapiere,* núm. 112, pp. 3-29.

Nuñez, G. G. y J. M. Heyman (2007), "Entrapment Processes and Immigrant Communities in a Time of Heightened Border Vigilance", *Human Organization*, vol. 66, núm. 4, pp. 354-365.

Odgers, O., L. Rivera y A. Hernández (2014), "Believe, Migrate, Circulate: A Methodological Proposal for Analyzing Migratory Experience and Religious Change from Localities of Origin", *Migraciones Internacionales*, vol. 8, núm. 2, pp. 73-101.

Oficina Estatal de Información para el Desarrollo Rural Sustentable, Morelos (2012), *Compendio estadístico para un desarrollo integral y sustentable del sector agropecuario y rural: Zacualpan*, Cuernavaca, Oficina Estatal de Información para el Desarrollo Rural Sustentable-Secretaría de Desarrollo Agropecuario.

Orellana, M. F., B. Thorne, A. Chee y W. S. E. Lam (2001), "Transnational Childhoods: The Participation of Children in Processes of Family Migration, *Social Problems*, núm. 48, pp. 572-591.

Oso, L. y N. Ribas-Mateos (2013), "An Introduction to a Global and Development Perspective: a Focus on Gender, Migration and Transnationalism", en L. Oso y N. Ribas-Mateos (eds.), *Gender, Migration*

and Transnationalism: Global and Development Perspectives, Cheltenham, Edward Elgar Publishing, pp. 1-41.

Papademetriou, D. (2006), *America's Emigrants, US Retirement Migration to Mexico and Panama*, Washington, Migration Policy Institute.

Pedone, C. (2008), "'Varones aventureros' *vs.* 'Madres que abandonan'. Reconstrucción de las relaciones familiares a partir de la migración ecuatoriana", *REMHU-Revista Insterdisciplinar da Mobilidade Humana*, vol. 16, núm. 30, pp. 45-64.

Pérez, R. (2012), "Crossing the Border from Boyhood to Manhood: Male Youth Experiences of Crossing, Loss, and Structural Violence as Unaccompanied Minors", *International Journal of Adolescence and Youth*, vol. 19, núm. 1, pp. 1-17.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2009), *Informe sobre desarrollo humano 2009. Superando barreras: movilidad y desarrollo humanos*, Nueva York, PNUD .

Pribilsky, J. (2004), "'Aprendemos a convivir'. Conjugal Relations, Co-parenting, and Family Life among Ecuadorian Transnational Migrants in New York City and the Ecuadorian Andes", *Global Networks*, vol. 4, núm. 3, pp. 313-334.

Pries, L. (2002), "La migración transnacional y la perforación de los contenedores de Estados-nación", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 51, pp. 571-597.

Ramírez Melgarejo, R. (1974), "La bola chiquita. Un movimiento campesino", en A. Warman (ed.), *Los campesinos de la tierra de Zapata. Adaptación, cambio y rebelión* (vol. I), México, SEP-Instituto Nacional de Antropología e Historia [INAH].

Ravenstein, E. G. (1889), "The Laws of Migration", *Journal of the Statistical Society*, vol. 42, núm. 2, pp. 241-305.

——————— (1885), "The Laws of Migration", *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 48, núm. 2, pp. 167-235.

Rey, A., del y A. Quesnel (2005), "Migración interna y migración internacional en las estrategias familiares de reproducción. El caso de las poblaciones rurales del sur del estado de Veracruz, México", *Papeles de Demografia*, vol. 259, núm. 1.

Rivera, L. (2004), "Transformaciones comunitarias y remesas socioculturales de los migrantes mixtecos poblanos", *Migración y Desarrollo*, núm. 2, abril, pp. 62-81.

———— y F. Lozano (2006), "Los contextos de salida urbanos y rurales y la organización social de la migración", *Migración y Desarrollo,* primer trimestre, pp. 45-78.

Rivoal, I. y N. B. Salazar (2013), "Contemporary Ethnographic Practice and the Value of Serendipity", *Social Anthropology*, vol. 21, núm. 2, pp. 178-185.

Rosaldo, R. (2000), "Grief and a Headhunter's Rage", en R. J. McGee y R. L. Warms (eds.), *Anthropological Theory an Introductory History,* Mountain View, Mayfield Publishing, pp. 521-535.

Rose, G. (1997), "Situating Knowledges: Positionality, Reflexivities and Other Tactics", *Progress in Human Geography*, vol. 21, núm. 3, pp. 305-320.

Rulfo, J. C. y C. .Hagerman (2009), "Los que se quedan", México, Fundación BBVA Bancomer.

Salazar, N. B. y A. Smart (2011), "Anthropological Takes on (Im)Mobility Introduction", *Identities*, vol. 18, núm. 6, pp. i-ix.

Sawyer, A. (2010), En Mexico, *Mother's Education and Remittances Matter in School Outcomes*, Washington, Migration Information Policy.

Schewel, K. (2015), "Understanding the Aspiration to Stay. A Case Study of Young Adults in Senegal", *Oxford International Migration Institute Working Papers*, núm. 107, pp. 1-37.

Schielke, S. (2014), "Social Anthropology of and for Revolutions", ponencia presentada en el *XIII EASA Congreso Bienal*, Tallinn, Estonia.

Schuster, L. y N. Majidi (2015), "Deportation Stigma and Re-migration", *Journal of Ethnic and Migration Studies,* vol. 41, núm. 4, pp. 635-652.

Serrano, C. C. (2014), *Anuario de migración y remesas México 2014*, Mexico, Fundación BBVA Bancomer-Conapo.

Sharma, U. (1985), "Migration as a Household Process", *Journal of Indian Sociological Studies*, vol. 36, núm. 2, pp. 61-81.

Sheller, M. y J. Urry (2006), "The New Mobilities Paradigm", *Environment and Planning A*, vol. 38, núm. 2, pp. 207-226.

Silvey, R. (2005), "Borders, Embodiment, and Mobility: Feminist Migration Studies in Geography", en L. Nelson y J. Seager (eds.), *A Companion to Feminist Geography*, Oxford, Blackwell, pp. 138-149.

Sinn, E. (2011), "Hong Kong as an In-between Place in the Chinese Diaspora, 1849-1939", en D. R. Gabaccia y D. Hoerder (eds.), *Connecting Seas and Connected Ocean Rims: Indian, Atlantic, and Pacific Oceans and China Seas Migrations from the 1830s to the 1930s,* Leiden, Brill, pp. 225-248.

Skeldon, R. (2006), "Interlinkages between Internal and International Migration and Development in the Asian Region", *Population Space Place*, vol. 12, núm. 1, pp. 15-30.

Stock, I. (2012), "Gender and the Dynamics of Mobility: Reflections on African Migrant Mothers and 'Transit Migration' in Morocco", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 35, núm. 9, pp. 1577-1595.

Suter, B. (2013), "Untangling Immobility in Transit: Sub-saharan Migrants in Istambul", en A. Triulzi y R. L. McKenzie (eds.), *Long Journeys. African Migrants on the Road,* Leiden, Koninklijke Brill.

Thomas, L. V. (1983), *Antropología de la muerte*, México, FCE.

Todaro, M. (1980), "Internal Migration in Developing Countries: A Survey", en R. A. Easterlin (ed.), *Population and Economic Change in Developing Countries,* Chicago, University of Chicago Press, pp. 361-402.

US Census Bureau (2010), *United States Census 2010*, Washington <www.census.gov/2010census>.

Velasco, L. (2007), "Migraciones indígenas a las ciudades de México y Tijuana", *Papeles de Población*, núm. 52, pp. 183-209.

Vera Pérez, F. (2012), *Diagnóstico participativo sobre la situación del derecho humano al agua en tres municipios del oriente de Morelos*, México, Centro de Estudios Sociales y Culturales Antonio de Montesinos.

Warman, A. (1976) (ed.), *Los campesinos de la tierra de Zapata. III. Política y conflicto*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH-SEP.

Warman, A. (1974) (ed.), *Los campesinos de la tierra de Zapata. II. Subsistencia y explotación*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH-SEP.

———— (1974) (ed.), *Los campesinos de la tierra de Zapata. I. Adaptación, cambio y rebelión*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH-SEP.

Whitehead, A. e I. Hashim (2005), *Children and Migration*, documento de referencia para el equipo de trabajo del Department for International Development [DFID], Londres, DFID.

Wilson, T. D. (2010), "The Culture of Mexican Migration", *Critique of Anthropology*, vol. 30, núm. 4, pp. 399-420.

Wimmer, A. y N. Glick Schiller (2003), "Methodological Nationalism, the Social Sciences, and the Study of Migration: An Essay in Historical Epistemology", *International Migration Review*, vol. 37, núm. 3, pp. 576-610.

Zenteno, R. M. (2000), "Redes migratorias: ¿acceso y oportunidades para los migrantes?", en R. Tuirán (ed.), *Migración México-Estados Unidos: opciones de política*, México, Secretaría de Gobernación-Secretaría de Relaciones Exteriores.

Anexos

I. Listado de entrevistas

Caso	Género	Edad
1	Hombre	47
2	Hombre	58
3	Mujer	37
4	Mujer	47
5	Hombre	47
6	Hombre	37
7	Mujer	36
8	Mujer	55
9	Hombre	40
10	Mujer	42
11	Mujer	46
12	Hombre	47
13	Hombre	50
14	Hombre	76
15	Mujer	37
16	Hombre	55
17	Mujer	62
18	Mujer	61
19	Hombre	25
20	Mujer	53
21	Hombre	26
22	Mujer	48
23	Mujer	18
24	Mujer	47
25	Mujer	35

Caso	Género	Edad
26	Mujer	57
27	Hombre	29
28	Hombre	31
29	Mujer	60
30	Mujer	25
31	Mujer	66
32	Mujer	38
33	Hombre	61
34	Hombre	43
35	Hombre	31
36	Hombre	82
37	Mujer	70
38	Mujer	43
39	Hombre	28
40	Hombre	48
41	Hombre	52
42	Mujer	80
43	Hombre	23
44	Hombre	45
45	Hombre	30
46	Mujer	66
47	Mujer	29
48	Mujer	38
49	Hombre	31
50	Mujer	26

II. Resumen de variables sociodemográficas de las personas entrevistadas

Edad y género

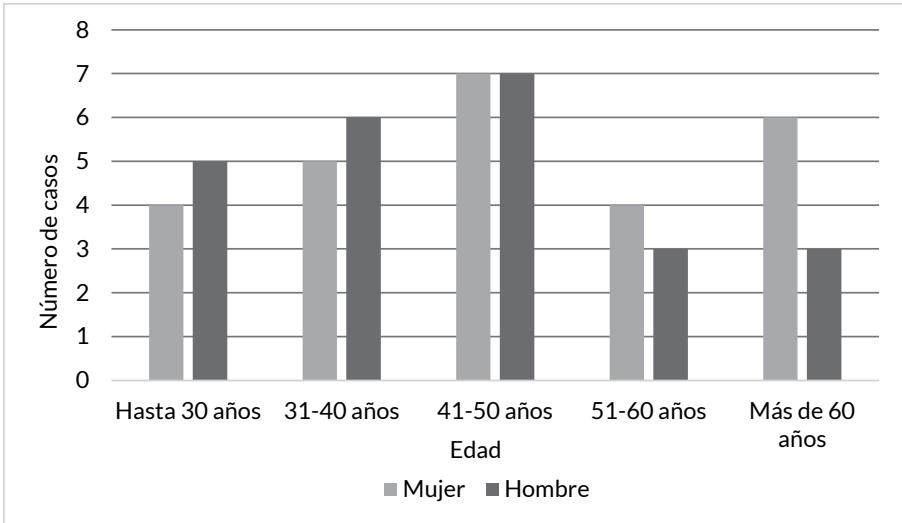
Edad	Género		Total
	M	H	
-30	4	5	9
31-40	5	6	11
41-50	7	7	14
51-60	4	3	7
más de 60	6	3	9
Total	**26**	**24**	**50**

Edad	Género		Total
	M	H	
18-25[a]	2	2	4
26-30	2	4	6
31-35	2	3	5
36-40	4	2	6
41-45	2	2	4
46-50	4	5	9
51-55	2	2	4
56-60	2	1	3
61-65	2	1	3
más de 65[b]	4	2	6
Total	**26**	**24**	**50**

[a] El Instituto Mexicano del Seguro Social establece que la edad mínima para que alguien pueda trabajar es desde14 años, con autorización de los padres por escrito y en una jornada máxima de cinco horas; esto aplica hasta los 16. Cuando se cumplen 18 años de edad no hay límite de horas de trabajo, aunque la Ley Federal de Trabajo recomienda como jornada máxima la de nueve horas, ocho laboradas y una de comida.

[b] La edad oficial de retiro en México es de 65 años. Es diferente de la edad efectiva, que es de 72 para hombres y 69 para mujeres.

Variables sociodemográficas



Ocupaciones

Ocupaciones	Entrevistados
Sector primario: agricultura y ganadería	6
Sector secundario: industria y construcción	2
Sector terciario/servicios públicos (municipalidad, educación, sanidad) y no públicos (limpieza, venta, albañilería, etc.)	27
Población no activa	15

Ocupaciones destacadas	Entrevistados
Sector educación (pública o privada)	8
Sector público (no educación)	3
Estudiantes	2
Pensionados	5

III. Guía de entrevista

Las siguientes preguntas deben leerse más como un grupo de áreas acerca de las que se pretendía conseguir información, que como un listado cerrado de preguntas. Ni la formulación ni las palabras concretas fueron siempre las mismas, pues se formularon de distinta manera, dependiendo de la persona con la que estuviera dialogando. Todas las entrevistas, salvo cinco, fueron grabadas y posteriormente transcritas textualmente y tratando de aproximarme lo máximo posible con la puntuación a la manera específica de hablar de cada persona.

Por supuesto, todas las personas fueron informadas antes de la entrevista sobre quién era yo, cuáles eran mis afiliaciones académicas, qué estaba haciendo en Zacualpan y sobre qué versaba el trabajo concreto que realizaba. Asimismo, expliqué el propósito de las entrevistas, el proceso de anonimización y la no aparición de información privada. Aunque he optado por no cambiar el nombre del pueblo por considerar que nada de lo que aparece en este texto puede ser causa de problemas, sí he sido muy cuidadosa cambiando el nombre de las personas entrevistadas y eliminando la información que pudiera hacerlas reconocibles.

Cuestionario para la entrevista

1. ¿En qué año nació usted? (edad)
2. ¿Nació en Zacualpan?
3. ¿Y sus padres y abuelos?
4. ¿De qué trabajaban sus papás? ¿Y sus abuelos?
5. ¿Cuál es su profesión? ¿De qué trabaja?

Historia de movilidades

6. ¿Siempre ha vivido en Zacualpan? (lugares, fechas, motivos)
7. Si siempre ha vivido aquí: ¿Ha querido irse alguna vez?
   No: ¿Por qué? Si: ¿Adónde? ¿Por qué no se fue?
8. ¿Por qué ha decidido vivir aquí y no en otro sitio?
9. ¿Cómo es vivir en Zacualpan?
10. ¿Cuáles son las cosas que más le gustan de vivir aquí?
11. ¿Cuáles son las cosas que menos le gustan de vivir aquí?
12. ¿A qué lugares va la gente de aquí?
13. ¿Por qué cree que se van?
14. ¿Cree que es más fácil irse o quedarse?
15. ¿Usted quién cree que se queda? (características)
16. ¿Y quién cree que se va?
17. ¿De qué vive la gente aquí?
18. ¿Cree que la educación (ser profesionista) permite quedarse?
19. ¿Se tiene alguna idea, en general, aquí de las personas que deciden irse?
20. ¿Si sus hijos le dicen que se quieren ir a Estados Unidos, qué les diría usted?

La primera edición de *(In)movilidades en un pueblo del centro de México,* de Diana Mata Codesal, editada por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México se terminó de imprimir el 28 de septiembre de 2016 en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V., ubicados en Naranjo 96 bis, colonia Santa María La Ribera, delegación Cuauhtémoc, 06400, Ciudad de México.
El tiraje consta de 200 ejemplares en papel cream de 60 g los interiores, y en cartulina sulfatada de 14 puntos los forros; tipo de impresión: offset; encuadernación en rústica, cosida y pegada.
En la composición se utilizaron las familias tipográficas Minion Pro de 9, 10 y 11 pts. y Lato de 10, 12 y 16 pts.
Corrección de originales: Mario Alberto Islas Flores; lectura de primeras pruebas: Perla A. Martín Laguerenne; diseño tipográfico, diagramación y formación: Irma G. González Béjar.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de la autora con la colaboración de Mario Alberto Islas Flores.

Esta obra fue impresa empleando criterios amigables con el ambiente, utilizando materiales con fibras recicladas, naturales no derivadas de madera, libres de cloro, barnices y laminados plásticos, y con ahorro de tintas.

9 786070 283284

Los estudios sobre migraciones llevan muchos años investigando a las personas migrantes. Por el contrario, las personas que no migran no han recibido la misma atención académica. ¿Por qué quedarse? Es la pregunta que da inicio a la investigación que recoge este libro.

La necesidad de explicar cómo o por qué las personas se mueven, sobre todo cuando este movimiento implica un cambio de residencia, hay largas distancias involucradas o se cruza una frontera internacional, se encuentra en la base de muchas y muy variadas investigaciones sociales. Sin embargo, por qué, cómo o para qué permanecer no han sido preguntas que hayan atraído tanta atención, por cuanto implícitamente permanecer aparece como una opción por defecto que no necesita explicación.

Muy al contrario, como demuestran las historias de vida recogidas en el pequeño pueblo morelense de Zacualpan de Amilpas, permanecer es, en muchas ocasiones, consecuencia de elecciones conscientes que derivan de complejas estrategias de vida. Conseguir quedarse es a veces tan difícil como conseguir migrar. La inmovilidad se convierte en un recurso altamente deseado al que no todas las personas tienen acceso y que con frecuencia obliga a activar estrategias en las que la movilidad (propia o ajena) tiene un papel importante.

UNAM
CRIM
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias